
Harlequin
Jazmín
Invoca al viento
Anne McAllister

Invoca al viento
Anne McAllister
Invoca al Viento (1993)
Título Original: Call up the wind
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 979
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Mitch DaSilva y Lacey Ferris
Argumento:

Lacey Ferris estaba atrapada en una isla remota con el hombre más insufrible de la tierra.

¡Mitch DaSilva la volvía loca! Pero no había manera de escapar, ni de la isla ni de él. Y aunque lograra fugarse, nada le garantizaba que quedaría totalmente libre, porque jamás podría huir de sí misma ni de lo que sentía por él…

Capítulo 1

Todas las cosas interesantes que Lacey Ferris había aprendido a lo largo de su vida, las había descubierto espiando por las cerraduras de las puertas.

Estaba segura de que aquella noche sería diferente.

De hecho, tenía la certeza después del alboroto que se había organizado durante la cena de la noche anterior cuando, bajo el interrogatorio del tío Warren, ella confesó que había pasado el último fin de semana con Danny Araujo. Pensaba que el tío Warren había convocado aquella reunión sólo para hablar de ella.

Abrió la puerta del Cuarto Azul para asomarse al largo pasillo que pasaba junto a la biblioteca, donde los miembros masculinos de la familia comenzaban a reunirse como nubes de tormenta.

El tío Warren ya estaba allí. El tío Wilbur y el tío Vincent se reunieron pronto con él. No los veía desde su posición, pero oyó al tío Wilbur suspirar y al tío Vincent carraspear. Así que ya estaban presentes los miembros mayores del Club para controlar a Lacey Ferris, pensó ella.

Sólo faltaba la delegación joven, es decir, sus primos Fred, Stuart y Karl. Estaba segura de que no tardarían. No lo hicieron. En aquel momento, Fred pasó frente al Cuarto Azul, precedido por su voluminoso abdomen. Tan pronto como entró en la biblioteca, la joven oyó pisadas en las escaleras posteriores. A los pocos segundos pasó Stuart, seguido por Karl.

Lacey no sabía por qué el tío Warren se había molestado en invitarlos, a menos que deseara que su decisión fuera unánime. Ni Stuart ni Karl habían dicho una sola palabra en ninguna reunión desde que en la de 1982 puso chicle en sus sillas.

Por supuesto, a ella no la había invitado. El tío Warren creía que ella ni siquiera estaba en casa. No vivía allí, sólo conservaba la habitación que había tenido durante la infancia. «Para que sepas que siempre serás bienvenida», le había dicho él.

Pero la joven sabía que él siempre contenía el aliento cuando estaba con ella, temeroso de que tirara la porcelana Limoges o estrellara el Sèvres. Ciertamente no desearía encontrarla allí aquella noche cuando quería decidir qué hacer con ella aquella vez. Por ello Lacey había dicho que tenía una reunión en el vecindario donde trabajaba. Luego, después de cenar, se había escabullido a la cocina para ocultarse allí y esperar.

Pero ya estaban todos reunidos y ya podía moverse.

Sin embargo, cuando empezó a abrir la puerta en silencio, sonaron otras pisadas firmes sobre el parquet. Lacey se ocultó y maldijo en silencio. Pensaba que Gretham, el mayordomo del tío Warren, ya les

había llevado brandy y oporto, las bebidas fortificantes que los hombres Ferris requerían para discutir sobre ella. Las pisadas se acercaron y Lacey dio un paso atrás, dejando la puerta entreabierta para ver pasar a Gretham. Sí logró ver, pero no era el mayordomo. Ni por casualidad.

Aquel hombre era cuando menos quince centímetros más alto que Gretham, quien medía como un metro setenta y dos. Tenía los hombros mucho más amplios y el traje a rayas azul marino hecho a medida le sentaba mucho mejor que el uniforme al mayordomo. El desconocido tenía más cabello del que Gretham hubiera soñado tener, negro, brillante y rebelde. Fuera quien fuera, no era un mayordomo.

Para Lacey, quien se entretenía etiquetando al tío Warren como morsa, a Stuart como comadreja y al tío Wilbur como conejo, aquel hombre era una pantera. Una pantera adinerada.

La joven hizo una mueca. No era costumbre del tío Warren discutir con extraños los problemas familiares. ¿Significaría que aquella discusión no iba a ser sobre ella? ¿Pero no habían sido sus respuestas acerca de Danny las que habían conducido a una reunión familiar? Cada vez que daba indicios de «interesarse» en el hombre equivocado, batallaban para disuadirla. Desconcertada, Lacey abrió la puerta un poco más para ver mejor.

Pero la puerta de la biblioteca ya estaba abierta. La pantera de traje azul entró y la puerta se cerró con un ruido ligero. Era hora de moverse.

—Tengo una propuesta para ti —decía el tío Warren con entusiasmo cuando ella se arrodilló para poner la oreja junto a la cerradura.

No hubo respuesta y Lacey reemplazó la oreja por un ojo para ver cómo estaban sentados. Luego, volvió a poner la oreja sobre la cerradura.

—Stuart dice que deseas el Bar F —prosiguió el tío Warren—. Es un muy buen rancho. Ha pertenecido a la familia durante mucho tiempo —hizo una pausa. No hubo respuesta de La Pantera. Lacey oyó un sonido enérgico y supuso que el tío Warren estaba restregándose las manos—. Me gustaría conservarlo, ¿sabes? Pero entiendo que ustedes los jóvenes aspiran a formar su propio imperio. Por ello estoy dispuesto a cederlo. Conoces el dicho, muchacho: tú me rascas la espalda y yo te rascaré la tuya. Creo que llegaremos a un acuerdo ventajoso para ambos. ¿Qué dices?

—Continúe —también tenía cierto tono felino en la voz. Era como un ronroneo.

Aquel hombre no era un farsante, y tampoco un «muchacho», como le había llamado el tío Warren. Lacey suspiró. Negocios.

—… mi sobrina, Lacey. ¿La conoces? —decía el tío Warren. Lacey

se detuvo de golpe. ¿Qué había dicho? ¡Maldición! ¿Por qué se había distraído?

—¿Lacey Ferris? —El ronroneo tenía indicios de humor—. Oh, sí, he oído hablar de ella. ¿Quién no?

Lacey se irritó y luego se controló. «Cálmate», se dijo. ¿Qué esperaba? ¿Que el formidable desconocido la tomara en serio y se percatara de que tenía algo más que serrín en el cerebro?

—Bonita chica —dijo el tío Warren con falso entusiasmo—. Todo un desafío.

Necia. Bien intencionada.

Oyó un resoplido apagado. ¿Stuart? O quizá Karl. La joven deseó haber puesto otra vez chicle en sus asientos.

—¿Por eso soltó una foca en la fiesta de los Basildon la primavera pasada? —

preguntó el desconocido—. Y por eso se pasó sentada una semana junto al asta de la bandera en el centro de New Haven?

Lacey también resopló. No esperaba que un hombre como él comprendiera por qué hacía las cosas. Probablemente no le importaban la matanza de animales en extinción ni los pobres y desamparados del mundo.

—Necia —masculló el tío Warren. El tío Vincent carraspeó.

—Pero tiene buenas intenciones —intercedió el tío Wilbur—. Se preocupa tanto por los demás que no tiene tiempo para preocuparse de sí misma. Nosotros debemos hacerlo por ella.

Bueno, era una manera extraña de decirlo. Lacey lo llamaría entrometimiento.

—Mmm —murmuró La Pantera. Era obvio que conservaba sus dudas. Ella rechinó los dientes.

—Y por eso estás aquí —prosiguió el tío Warren—. Estamos dispuestos a venderte el Bar F por una suma muy baja —mencionó un precio que Lacey consideró ínfimo. Tras una pausa, La Pantera habló.

—¿Cuál es la condición?

—Considéralo una muestra de nuestra admiración por tu astucia en los negocios, un saludo a tu buen sentido —indicó el tío Warren.

—¿Y?

—Y un trueque.

—¿Por qué?

—Por secuestrar a Lacey.

¿Cómo se atrevían? Aun después de varias horas y de caminar varios kilómetros dentro de los confines de su habitación, Lacey seguía furiosa.

No había vuelto al apartamento que compartía con Nora. Estaba demasiado enfadada. Sabía que haría algo desastroso, que les descubriera que estaba allí y no tenía intenciones de que se enteraran.

Aunque se moría porque así fuera.

Cuando era niña, la enviaban a su habitación. En su adolescencia, no la dejaban salir durante semanas. Incluso llegaron al extremo de enviarla a Suiza cuando dio muestras de estar enamorada del hijo del cocinero, y luego a aquella húmeda mazmorra inglesa que llamaban escuela cuando la expulsaron del Colegio de Sta.

Filomela por haber puesto peces en la pila de agua bendita.

Pero jamás, *jamás*, habían tratado de secuestrarla.

Reprimió el frenético impulso de salir para decirles que conocía sus malévolos planes; la detenía una pizca de sentido común.

Ellos estaban haciendo mal, no ella. Ellos se equivocaban. Y ella no deseaba que la señalaran con el dedo para acusarla de que los había escuchado furtivamente.

Aquella vez ella estaba en lo justo. ¡Se lo demostraría! También se lo demostraría a La Pantera, porque ¡había aceptado hacerlo!

Al principio no. Tenía que concederle aquello. El desconocido se mantuvo en silencio varios minutos.

—Nada demasiado brusco —añadió el tío Warren—. Sin maltratos. Sólo aléjala del escenario varios días. Como mucho una semana. Por su bien.

—¿Por qué?

—Porque... —parecía incapaz de explicar la última trasgresión de su sobrina.

—Lo ha hecho de nuevo —al fin la delató el primo Fred.

—Se ha enredado con alguien inadecuado —explicó el tío Wilbur.

—Cree que él la toma en serio —agregó el tío Vincent.

—Pero lo único que él quiere es su dinero —concluyó el tío Warren.

—De nuevo —sentenciaron Stuart y Karl a coro.

«Deben de sentirse muy valientes», pensó Lacey. Era increíble cómo se equivocaban. No sólo acerca de Danny, sino de todos los hombres que conocían.

Gordon Leacock, por ejemplo. El querido y pomposo Gordon, quien los emocionó cuando pidió su mano, pero lo único que realmente deseaba era el control de su fortuna. ¡Demonios! ¡Los hombres podían ser tan tontos!

—Creí que aprendería algo de Nora —comentó el tío Wilbur—. Es una buena influencia. Tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros.

La joven sofocó una carcajada. ¡Si supieran lo que tramaba la seria y sensata Nora! Bien, lo sabrían pronto. Se preguntaba qué dirían entonces.

—Lacey no ha hallado su posición en la vida todavía —observó el tío Warren cuando la pausa se alargó—. No comprende lo que le debe al apellido Ferris, a nosotros.

—Quizá no sea nada serio —dijo La Pantera.
—Habla de él todo el tiempo. Pasó el fin de semana con él —informó Fred—. Y
lleva su foto en la cartera.
«¿Cómo lo sabe?», se preguntó la joven. Sin duda porque husmea. Fue precisamente por eso que ella había guardado allí la fotografía. Sonrió. Pero su sonrisa se desvaneció cuando oyó el crujido del sillón. Se asomó por la cerradura. El desconocido se había puesto de pie; era alto y letal.
—¿Por qué no le piden que deje de verlo?
—¡No lo haría jamás! ¡Sería como animarla a seguir!
—Así es Lacey Ferris, ¿no? —comentó.
—Sabía que comprenderías —el tío Warren sonrió.
—Comprendo, y ustedes me agradan, pero no tengo tiempo para tonterías. Si desean discutir términos realistas para el Bar F, estaré dispuesto a hacerlo, pero no me haría cargo de una adolescente excéntrica ni en broma.
—No es una adolescente —replicó Fred.
—Tiene veintidós años —informó el tío Vincent.
Lacey notó que ninguno de los dos negó que fuera excéntrica. El visitante los desanimó encogiéndose de hombros.
—No necesito complicaciones en mi vida, sino un descanso, un cambio de ritmo.
—Lacey supondría un cambio de ritmo —comentó Fred con una risilla. La Pantera le dirigió una mirada ominosa que lo hizo palidecer —. Sólo bro... bromeaba
—tartamudeó el primo de Lacey.
El visitante no desperdició una respuesta; se volvió hacia el tío Warren.
—Realmente me agradan —dijo—. Las familias pueden ser... difíciles y lamento no ser de ayuda —prosiguió La Pantera—. Pero aún me interesa el Bar F. Me pondré en contacto con ustedes cuando vuelva —comenzó a caminar hacia la puerta.
El tío Warren, al ver que se desvanecía su último recurso, inquirió.
—¿A dónde vas?
—De vacaciones —respondió el visitante con tono aburrido—. A un lugar tranquilo, donde pueda recuperar la cordura. ¿Por casualidad no cuentan con una montaña desierta entre los bienes de la familia?
Hubo una reacción colectiva, un repentino brote de emoción reprimida.
—Tenemos una isla —informó el tío Vincent.
—Puffin Patch —añadió el tío Wilbur con entusiasmo—. Perfecto.
—Cerca de la costa de Maine —explicó el tío Warren—. No es muy grande, mide como doscientas cincuenta hectáreas. Y está desierta.

Oh, y hay una cabaña, por supuesto. Y un manantial.

—Ya he elegido un lugar —anunció La Pantera—. En Quebec.

—Lo nuestro está mucho más próximo —replicó el tío Wilbur—. Cerca de la bahía Boothbay. No está tan lejos en barco, pero lo suficiente para que nadie te moleste. Sólo tendrías que alquilar una lancha porque los transbordadores no pasan por allí.

—Tengo yate.

—Entonces no hay ningún problema —el tío Warren sonrió.

—No, ninguno —acordó el tío Wilbur.

—Podrías quedarte el tiempo que desees —aseguró el tío Vincent.

—¿Cuánto piden por una semana?

—Ni un centavo, muchacho —respondió el tío Warren, dándole una palmada el hombro—. Sólo llévate a Lacey.

—Espere un momento...

—Decías que te agradábamos —le recordó el tío Warren.

Los labios del hombre más joven se comprimieron para formar una línea severa.

—He dicho que deseo descansar.

—Entonces descansa —replicó el tío Warren—. Sólo entretén a Lacey en la isla una semana para darnos tiempo de hablar con el fulano con el que se ha enredado.

Luego iremos por ella y puedes quedarte allí solo. Es muy fácil. Lo único que debes hacer es posponer tus vacaciones una semana. Además, conseguirás el Bar F a un precio de ganga. ¿Qué te parece? —sonrió.

—¿Por qué no olvidamos sus problemas familiares y le hago otra oferta por el rancho? —mencionó una cantidad considerablemente mayor a la sugerida por el tío Warren. Pero ésta sacudió la cabeza.

—No hay trato.

La Pantera frunció el ceño e incrementó su ofrecimiento. El tío Warren volvió a sacudir la cabeza. Hubo una pausa. El visitante imperturbable se incomodó por primera vez.

—No puede pretender que secuestre...

—Piénsalo como un ajuste geográfico sensato, si lo prefieres. La Pantera titubeó sólo un instante; luego se encogió de hombros y mencionó una cifra que dejó a Lacey sin aliento. Al tío Warren se le cerró la garganta.

—Sólo hay un precio —se mantuvo firme—. Que te lleves a Lacey.

El hombre más joven dejó escapar lo que Lacey entendió como una maldición en voz baja.

—Es una locura.

—Todo lo relacionado con Lacey es una locura —comentó Fred. Stuart y Karl asintieron.

«Cerdos», pensó la joven.

—Tendré que pensarlo.

—No hay tiempo —dijo el tío Warren—. Debe hacerse ahora. Debemos alejarla de ese tipo antes de que se fugue con él. Lo ve todos los días en el trabajo.

—¿Trabaja?

Lacey se enfadó ante su asombro. El tío Warren carraspeó.

—Trabaja para CUIDADO, una organización de beneficencia.

—Como el cuerpo de Paz, pero privado y doméstico.

—¿Lo conoce? —el tío Warren parecía sorprendido.

—Si.

Probablemente hiciera donaciones, pensó Lacey, y considerara que así quedaba saldada su obligación hacia los menos afortunados. Un hombre como él no tenía idea de cómo era realmente la vida para los niños del centro comunitario donde ella trabajaba.

—Es la forma que tiene Lacey de hacer buenas obras.

—Cuando no está soltando focas en las fiestas —La Pantera sonrió de pronto y Lacey contuvo el aliento. Cuando se mostraba taciturno e indiferente era letal, pero no era nada comparado con su aspecto cuando sonreía. Un estremecimiento de aprensión se deslizó por la espalda de la joven.

—Y cuando no está conociendo hombres inadecuados —añadió el tío Warren—.

Como te digo, tiene un buen corazón, y por eso se aprovechan de ella con facilidad. Y

este hombre quiere aprovecharse de ella.

—¿Cómo lo sabe?

—Por Dios, lo conoció en un barrio bajo —el tío Warren aspiró con fuerza—.

¿Qué otra cosa puedo pensar?

—¿Que la ama?

—¿A Lacey? —el tío Warren lo miró pasmado.

Los primos se rieron y la joven se enfureció. ¡No era culpa suya que no pudiera ser la delicada señorita rubia que ellos querían que fuera!

Medía uno setenta y cinco; era tan alta como Fred y más fuerte. Tenía el cabello rojizo, por lo que Stuart le llamaba la Antorcha, hasta que creció lo suficiente para darle un puñetazo en la nariz. Y por si fuera poco, tenía pecas. No importaba que sus ojos fueran verdes, grandes y brillantes, y tampoco que tuviera una sonrisa encantadora.

En la historia de los Ferris nunca había existido una chica como ella, por lo que la discriminaban. Lacey se consolaba pensando que su padre, hermano de los tíos Warren, Wilbur y Vincent, había estado encantado con ella. Si él hubiera deseado tener hijos como ángeles de porcelana, no se habría casado con Sadie O’Reilly.

La joven sabía que sus padres la habían querido, pero su madre murió a las pocas semanas de haberla dado a luz y su padre cuando ella tenía siete años y nadie la había vuelto a querer como ellos. Miró detenidamente a La Pantera, preguntándose si amaría a alguien.

No era posible. Los hombres como él, semejantes a sus tíos, sólo pensaban en una cosa: los negocios. Todo, y todos los demás, era secundarios.

Aun así, estaba dispuesta a apostar que le agradaban las mujeres. Se preguntó cuál sería su tipo. Dudaba que le gustaran los ángeles delicados que sus tíos y primos preferían. Las delicadezas etéreas no eran para él. Pero le agradarían las rubias, decidió. Y tendrían que ser sofisticadas, sensuales, con la voz como la de Marlene Dietrich.

—Está bien —dijo él de pronto—. Trato hecho.

¿ *Qué*? Lacey estuvo a punto de gritar.

El tío Warren se frotó las manos. Luego sonrió y le dio una palmada a La Pantera en la espalda.

—Muchacho inteligente. Sabía que serías razonable. Haremos lo siguiente.

Lacey no pudo seguir espiando porque oyó que Gretham se acercaba por el pasillo. Corrió hacia la escalera, rechinando los dientes todo el camino.

Seguía rechinándolos, muchas horas después, mientras se paseaba por su habitación. Ella también tramaba algo. No tenía idea de cómo planeaba La Pantera convencerla de ir a la isla Puffin Patch, pero se aseguraría de que lo lamentara.

Debería sentirse satisfecha, se dijo. Danny lo estaría. También Nora. Se reirían cuando les contara todo al día siguiente. Estarían encantados de que hubiera resultado tan bien su plan.

Sin embargo, tuvo que admitir que no se sentía satisfecha. Esperaba salirse con la suya en beneficio de sus amigos y ganarse el respeto de sus tíos al mismo tiempo.

Por algo era hija de Robert Ferris, quien se había rebelado contra el tribunal familiar tan a menudo, que se había convertido en una leyenda. En el pasado, la leyenda le había sido de utilidad a la joven. Volvería a servirle.

¡Les enseñaría a aquellos hombres entrometidos a no interferir en su vida! Se lanzó sobre la cama frotándose las manos como lo había hecho su tío Warren.

También sonrió como él. Se vengaría. Pronto.

—Entonces, ¿quién es ese mercenario al que han contratado? —Nora se abrazó las rodillas y miró, asombrada a Lacey.

Esta se encogió de hombros y siguió cosiendo el disfraz que estaba haciendo para la obra teatral de los niños del vecindario.

—¿Quién sabe? Es alto, moreno, peligroso… bueno, eso parece. Es

muy rico, lo sé. Pero parece que ha trabajado mucho para conseguir cada centavo.

—Como mi hermano —intercaló Danny. Él también cosía, muy concentrado.

—Ah sí, el famoso Mitch —Nora bostezó y movió los dedos del pie —. ¿Cuándo nos lo vas a presentar?

—No lo haré —respondió él sin alzar la vista—. Te enamorarías de él.

Nora se deslizó por el sofá y lo abrazó.

—Jamás. Sólo tengo ojos para ti.

—Eso es lo que dicen todas —replicó él—. Y luego reciben el impacto de sus grandes ojos color café y de sus bien ganados millones, y caen a sus pies rendidas.

—Yo no. Eres mi único amor —Nora le alborotó el cabello.

—Serías más convincente si no pareciera que repites la letra de una comedia musical —Danny se rió, a su pesar.

Nora fingió inocencia.

—Pero eso es lo que hago, Danny querido. Es lo mejor que hago.

Lacey alzó los ojos. Pero su amiga tenía razón. Podía hacer cualquier papel perfectamente.

Habían crecido juntas, y, según sus tíos, Nora era el mejor ejemplo de lo que

«una chica debe ser».

Pero no sabían nada. Nora era, en primera instancia, actriz. Había estado en el escenario desde su nacimiento. Y el papel que Nora hacía mejor era el que se esperaba que hiciera. Para sus padres era la hija dulce y obediente; para sus profesores siempre fue la consentida encantadora; para los muchachos que conoció en su adolescencia era, por turnos, la deportista, la coqueta, la intelectual, la seductora. Lacey la miraba fascinada y con envidia.

A ella, que era incapaz de disimular, siempre la comparaban con la perfección de Nora Chalmers.

Lacey podía haberla odiado, pero Nora, que actuaba para todos, nunca lo hacía con Lacey. Con ésta era ella misma. Lacey sólo podía admirar su talento, aunque a veces le hacía la vida difícil.

Cuando Danny se fuera a vivir con Nora, todos sus familiares quedarían pasmados. Danny Araujo no era el tipo de hombre que los Chalmers y los Ferris consideraran respetable, lo que significaba que no era adinerado ni aristocrático.

Mientras Nora fue educada en escuelas privadas y montaba a caballo, Danny había ido a alguna escuela pública de por allí y andaba siempre en moto.

Mitch DaSilva, su medio hermano, al que Danny llamaba «Mitch el Magnífico», había salido de la pobreza por su propio esfuerzo y estaba

convencido de que no era el único capaz de lograrlo. Lo único que se necesitaba, le había dicho a Danny, era compromiso, determinación y mucho trabajo.

—Eres lo que logras hacer contigo mismo —citaba Danny con frecuencia, repitiendo las palabras de Mitch. Era lo único que Danny parecía tomar en serio.

Mitch DaSilva tuvo la fuerza suficiente como para animar a su medio hermano a trabajar y estudiar y cuando, título en mano, se mudó a New Haven para trabajar en el centro comunitario, mientras estudiaba un posgrado para conseguir su maestría en trabajo social, conoció a Lacey; y por medio de ésta, a Nora.

Nora Chalmers y Danny Araujo tenían todo y nada, en común. Sus antecedentes eran muy diferentes, pero los jóvenes estaban verdadera y profundamente enamorados.

Sin embargo, por primera vez, Nora no sabía cómo proceder. Ninguna actuación convertiría a Danny en alguien agradable para su familia. Estaba destinada a casarse con el hijo del socio de su padre casi desde el momento en que fue concebida.

—Quienes creen que los matrimonios arreglados son cosa del pasado, no conocen a los Chalmers —se quejó con Lacey alguna vez.

Lacey sabía que su amiga tenía razón. También sabía que el padre de Nora haría lo posible por destruir la vida de Danny si se enteraba que éste intentaba casarse con su hija. Si existía alguien más importante e influyente que sus propios tíos, era Anthony Chalmers. Por ello había accedido a fingir ser la novia de Danny hasta que él y Nora pudieran llevar a cabo sus planes.

A Lacey no le molestaba. No era la primera vez que sus tíos creían que se había enamorado del hombre equivocado. Le convenía. Si se preocupaban por su supuesta relación con Danny, perderían de vista sus otras actividades. Así, tal vez, no se enterarían de que estaba a punto de invertir su herencia en la compra de una isla próxima a Puffin Patch para erigir un campamento para niñas. Y después de la boda, estarían tan contentos de que ella no hubiera sido la novia que, en comparación, cualquier cosa que hiciera sería aceptable. Nunca se le ocurrió que no le permitirían llegar tan lejos.

—Entonces, qué harás? —Le preguntó Nora—. Me refiero al hombre alto, moreno y peligroso.

—Ya veré. Todavía no ha nacido el hombre que pueda vender a Lacey Ferris.

Al menos, esperaba que aquello fuera cierto, se dijo la joven cuando la noche siguiente, estando sola en el apartamento, llamaron a la puerta.

Era La Pantera. A pesar de que lo esperaba, se aturdió al verlo. Era más alto de lo que creía, más moreno. E incluso daba la impresión de

ser más peligroso de lo que le parecía por la cerradura.

—¿Lacey Ferris? —su voz era el mismo ronroneo suave.

—Sí —respiró hondo, tragó saliva, asintió y carraspeó.

—Soy Mitchell DaSilva —le tendió la mano.

Capítulo 2

¿Mitchell DaSilva? ¿Mitch el Magnífico? ¿El medio hermano de Danny? Lacey se esforzó por no mirarlo boquiabierta. ¿Por qué, de entre toda la gente que conocía, había decidido su tío Warren ponerse en contacto con Mitchell DaSilva? ¿Sabría que éste y su «inadecuado novio» eran medio hermanos? Por supuesto que no.

Pero si no lo sabía, el asunto tendría su lado divertido.

Sin embargo, por el momento, la joven no sintió ganas de reír.

—Me envía tu tío Warren —informó Mitchell.

Lacey asintió con lentitud para tranquilizarse y lo miró.

—Duro como el diamante —había dicho Danny—. Nunca querría ser como él.

No. Nunca lo sería. No había manera de que un gatito se convirtiera en una pantera. Y, aun de cerca, era aquello lo que Mitch DaSilva le recordaba.

Su mandíbula era fuerte, decidida y arrogante. Tenía ojos profundos, penetrantes, casi negros y duros como el acero. Su nariz, más prominente que la de Danny, había sufrido más de una fractura. Todo en él era más grande, más duro que en su hermano menor. Existía una cierta amenaza apenas disimulaba por el porte civilizado, un poder latente debajo del corte perfecto del traje color café.

Pero durante toda su vida Lacey se había enfrentado al poder. Su misión era defender a los que no podían hacerlo. Seguramente ella, mejor que nadie, podría enfrentarse a Mitchell DaSilva.

Él no sabía que ella había espiado por la cerradura la noche anterior. Seguro que pensaba que era una activista idiota, ociosa y superficial. No había razón para corregir su opinión. Todavía. Lacey sonrió con coquetería y agitó las pestañas.

—Has mejorado el gusto de mi tío Warren —comentó y abrió más la puerta—.

¿Quieres pasar?

Él entró con cautela al cuarto.

—Son negocios —indicó con brusquedad. Lacey ladeó la cabeza.

—¿Y te ha enviado a verme? Me asombra. Y al mismo tiempo me siento halagada. ¿Quieres algo? ¿Una cerveza? —pasó a su lado y él dio un paso atrás con rapidez.

—No, gracias.

—¿Refresco? ¿Whisky? —lo invitó a que tomara asiento, pero él permaneció de pie con las manos en los bolsillos del pantalón, aprensivo. Quizás el secuestro no le agradara. Tendría que preguntarle a Danny al día siguiente.

—Nada, gracias.

Lacey se sentó en el sofá y lo miró con las manos en el regazo.

—¿Puedo servirte en algo?

Hubo una pausa. Lacey, durante un instante, se preguntó si no había imaginado lo sucedido la noche anterior, si no se había imaginado su propio secuestro. Se preguntó si el tío Warren habría bromeado y si Mitch DaSilva tendría una razón perfectamente lógica y legítima para estar allí.

Él se acuclilló, y puso los antebrazos sobre los muslos y entrelazó los dedos. La miró a los ojos.

—Llévame a la isla Puffin Patch.

La suerte estaba echada. Después de un largo silencio, Lacey logró preguntar:

—¿Por qué?

—Tu tío dice que la conoces bien.

—Es verdad.

—Entonces, nadie mejor que tú para enseñármela.

—¿Por qué? —ella se encogió de hombros.

Él también se encogió de hombros.

—Es posible que la compre.

— *¿Qué?* —Había pánico en la voz de Lacey—. ¡No puedes hacerlo!

—¿Por qué no? —alzó una ceja oscura.

La joven carraspeó, se estrujó los dedos y lamentó su estallido. Seguramente no lo decía en serio. Sin duda era una treta para llevarla a la isla. Pero si alguien llegaba a comprar aquella propiedad, era ella. ¿Cómo se atrevía el tío Warren siquiera a considerar vendérsela a otro?

—Lo que quiero decir —habló con cautela—, es que no comprendo por qué deseas hacerlo. Es sólo un pequeño trozo de tierra, con algunos árboles y muchas piedras.

—No busco mucho.

Él no facilitaba las cosas. La miró con el mismo poder y seguridad con que su tío Warren la miraba siempre. Tenía su expresión de «trata de detenerme» en el rostro. Lacey rechinó los dientes y aspiró hondo para controlar su respiración.

—¿Cuándo te gustaría ir?

—Lo más pronto posible. Llévame. Si me gusta lo que vea, te traeré aquí y volveré para pasar algunos días allí, para ver cómo me siento antes de comprometerme —sonrió y extendió las manos—. Es fácil.

Y también fue fácil leer entre líneas. Lo que él quería decir era que ella lo llevaría y luego él buscaría la forma de impedirle volver durante una semana. Lacey hizo cálculos mentales rápidos. Si quedaba con él en Boothbay Harbor el sábado temprano, podría enseñarle la isla, regresar y llegar a Boston a tiempo para coger el vuelo a San Diego, donde asistiría el domingo a una conferencia sobre el trato a

delincuentes juveniles.

Era posible que funcionara. Sonrió al pensarlo. Si el tío Warren hubiese sabido que ella se iba una semana entera, habría descubierto una gran oportunidad para intimidar a Danny sin tener que secuestrarla.

Pero no se lo iba a decir.

—¿El sábado está bien? —preguntó.

DaSilva abrió mucho los ojos, como si su presteza y disposición le sorprendieran. Luego se encogió de hombros.

—Me parece bien.

—Podemos encontrarnos en Boothbay Harbor a las nueve. Tardaremos como tres o cuatro horas en llegar a la isla, pero tendremos tiempo para volver antes de que oscurezca. Alquilaré un barco.

—Podemos usar el mío. Está anclado en Portsmouth. Puedo traerlo mañana.

—Lo que sea —ella se puso de pie y se dirigió hacia la puerta—. Tú proporcionas el barco y yo seré tu guía.

Él entendió su insinuación y llegó a la puerta antes que ella.

—Está bien.

—Te veré entonces —Lacey se esforzó por sonreír.

Él titubeó un instante, con una mano en el pomo de la puerta, como queriendo decir algo más, pero lo pensó mejor y asintió.

—Hasta el sábado, entonces —dijo. Se volvió y se fue.

Lacey lo vio alejarse y corrió al teléfono.

—¡Danny! —gritó en cuanto el contestaron—. ¡No te lo vas a creer!

Lacey llegó a Boothbay Harbor poco antes de las nueve. Era un día soleado, el viento soplaba del suroeste. Un día perfecto para navegar.

Era una lástima que no estuviera allí para disfrutar. Había llamado al tío Warren el día anterior para averiguar más cerca de Mitchell DaSilva, deseando que le dijera que éste había cambiado de opinión. No lo hizo. De hecho, el tío Warren estaba lleno de halagos para él.

—Es un gran tipo ese DaSilva —gritó y Lacey se alejó el auricular de la oreja unos centímetros—. Agudo como un alfiler. Muy buen tipo.

—Dice que piensas vender Puffin Patch.

—¿Qué ha dicho...? Bien, no es eso lo que dije exactamente —fue evasivo—.

Buscaba un lugar para descansar. Le comenté que era un lugar muy tranquilo, tú lo sabes.

Lacey lo sabía, pero no creía que su tío pensara lo mismo. No había ido desde hacía muchos años.

—¿Pero venderla?

—No te preocupes, cariño. Sólo enséñasela. Desea quedarse unos días, si le agrada.

—Eso dice.

—No te molesta, ¿verdad? —preguntó el tío Warren—. ¿No es demasiada imposición? Podría pedírselo a Stuart. O a Karl.

«Mentiroso», pensó Lacey.

—No, por supuesto que no me molesta. Me gusta ir allí —aseguró —. Me encanta. Es una muestra de que confías en mí.

—Eh... sí, por supuesto —carraspeó.

—Gracias, tío Warren.

—De nada, querida. No es nada —carraspeó de nuevo.

Lacey emprendió su viaje al norte con la conciencia limpia. Al tío Warren y a Mitch DaSilva les había brindado la oportunidad de retractarse. Si ellos no lo hicieron, ella tampoco lo haría.

Había acordado encontrarse con DaSilva en el Ebb Tide, un pequeño restaurante cercano al puerto. Al llegar, inhaló el aire salado y húmedo y esbozó una sonrisa. Existía la posibilidad, se dijo, de que él no estuviera allí.

Pero al doblar la esquina de la calle, lo vio apoyado en la barandilla de la escalera del restaurante. Él se enderezó cuando la vio.

Las dos veces anteriores lo había visto vestido con traje. Si creía que era lo que le daba aquel aura de poder se había equivocado. Mitch DaSilva parecía igual de peligroso con unos vaqueros viejos y un polo verde esmeralda también gastado. Los músculos delineados por los vaqueros resultaban más evidentes que cuando se encontraban cubiertos con lana. Y una sola mirada a sus antebrazos desnudos, bronceados y llenos de vello oscuro, le indicó que durante el día hacía más cosas que sentarse ante un escritorio.

—Llegas a tiempo —aprobó algo reacio.

—Por supuesto —respondió ella—. ¿Preparado?

Él la guió al embarcadero y luego hacia una lancha que se mecía con lentitud.

—Sube.

La joven había etiquetado a Mitch DaSilva como el tipo de hombre que prefería lanchas potentes. Quedó sorprendida cuando él remó hacia un elegante velero blanco de madera.

Lo miró asombrada, segura de que cambiaría el rumbo. Pero él fijó la mirada en el velero cuando se aproximaron y sonrió.

Era la primera sonrisa de verdadero placer que ella veía en él, la única que no daba indicios de intenciones ocultas. De pronto, parecía más joven y humano. Lacey desechó la idea en el mismo instante. Era un velero precioso, admitió; se vio forzada a hacerle una pregunta.

—¿Es tuyo? —deseó que no lo fuera.

—No es mi velero —respondió él, y cuando ella se sintió justificada, añadió—: Es el amor de mi vida.

Aun sintiéndose aturdida, a Lacey no le fue difícil entender por

qué.

Cada centímetro del velero brillaba como recién barnizado. El nombre de *Esperanza* estaba escrito con letras doradas en la popa.

—¿Es nuevo?

—No lo es —negó él, ayudándola a subir a bordo después de atar la lancha a la popa—. Lo compré cuando lo iban a usar para leña. Mi padre trabajó en él cuando yo era niño. Decía que era una belleza —hizo una mueca—. Ya lo era cuando lo compré.

Pero lo he reconstruido; en estos últimos dos años he tallado, barnizado y raspado más de lo que puedes imaginar.

—¿Tú solo?

—Todo lo hago yo solo —eran inequívocas la autoridad de su voz y la dureza de sus ojos oscuros cuando se encontraron con los de ella.

«No lo olvides», se recordó Lacey y reforzó su decisión. De pronto, sintió un roce repentino de piel suave contra su pierna y miró hacia abajo; un gato grande de pelo largo se frotó contra ella antes de mirarla inquisitivo.

—¿Es el gato de la embarcación?

—Eso cree él.

—Es precioso. ¿Cómo se llama?

—Jethro —informó Mitch y bajó para guardar el equipaje.

Lacey se agachó para acariciar a Jethro, que ronroneó contento. Mitch subió, le lanzó una mirada de disgusto y pasó a su lado.

—¿Es un gato Maine Coon? —inquirió ella.

Mitch se encogió de hombros.

—Es un gato callejero. Apareció en el barco cuando lo compré y no desea irse.

—Parece un Maine Coon —comentó la joven—. Mi tío Vincent tuvo uno. Era grande y esponjado. Hay un viejo mito local que dice que los gatos Maine Coon llaman al viento.

—Entonces hoy ha cumplido con su deber —observó Mitch—. El viento está perfecto.

—Es precioso —murmuró Lacey, acariciando las orejas de Jethro otra vez antes de ponerse de pie.

—La mayor parte del tiempo es una molestia —el tono del hombre fue duro—.

¿Has navegado antes en veleros?

—Un poco —se había criado alrededor de los barcos; subía y bajaba de ellos desde que aprendió a caminar. Pero no iba a presumir de su destreza.

—Entonces serás de más utilidad que Jethro. Baja el gallardete mientras izo la vela principal.

Obediente, Lacey se encaminó a la proa, esperando su orden y mirando atrás para ver cómo izaba él la vela antes de mover el timón.

Cuando le indicó que bajara el gallardete, ella lo hizo y el velero se disparó con el viento, volviéndose hacia la boca del puerto. La brisa enredó el cabello rojizo de la joven, el sol le acarició las mejillas. Iba a disfrutar de aquel viaje, estuviera secuestrada o no.

—Sube la vela de amura —ordenó Mitch y ella se apresuró a obedecerlo.

Cuando terminó, se volvió y notó que la miraba. Sonreía de nuevo —. Funcionarás —

dijo. Su voz, combinada con su expresión, la hizo estremecerse.

«No», pensó ella. No quería que él la afectara de aquella manera. Era todo lo que detestaba en un hombre, otro tío Warren: dominante, obstinado, franco, indiferente a las necesidades de los demás.

—Coge lo que desea —había dicho Danny—. Ten cuidado con él.

Lacey se burló de su preocupación.

—A mí no me desea —afirmó—. Y yo no lo quiero a él.

—No conoces a Mitch. Le gustan las mujeres de todos los tamaños y formas. Ni siquiera es a la mujer a quien desea —añadió con amargura— sólo le atrae el desafío que representan.

—Bien, en esta ocasión perderá —aseguró Lacey, confiada—. Los hombres como él me dan mala espina.

Pero en realidad despertaba en ella una intensa excitación, la sensación de que algo iba a suceder. Era innegable que existía algún tipo de química entre ellos. Le alegraba saber que no estaría con él el tiempo suficiente para averiguar qué implicaciones tenía.

Desvió la mirada y entrecerró los ojos. Todavía no podría planear nada. Cuando descubriera cómo pensaba secuestrarla decidiría qué hacer para que él cayera víctima de su propio ardid. En aquel momento lo único que podía hacer era disfrutar.

Miró a Mitch. Lo vio sonreír cuando el viento le alborotó el cabello y le infló la camisa. No tenía la apariencia de un hombre que estuviera a punto de cometer un delito.

Tardaron casi una hora en llegar a la boca del puerto, donde Lacey aconsejó virar en dirección del viento. El velero se deslizó con mayor velocidad entonces.

Era un gran placer estar allí, navegando en un velero precioso bajo un sol acariciante y con la brisa fresca y salada, pensó Lacey. Lo sería, bajo otras circunstancias.

Miró a Mitch de nuevo, tratando de vislumbrar algo de Danny en él. Por supuesto, existía una gran diferencia de edades entre ellos. Danny tenía veinticuatro años. Mitch tenía ocho más, y también era más grande. Aparte de eso, Danny era un hombre suave, compasivo, protector. Lacey no encontró ninguno de esos atributos en su medio hermano. Se acercó a él con el fin de conversar.

—¿Cuánto tiempo piensa permanecer en la isla, señor DaSilva?

—Mitch la corrigió él y le brindó su mejor sonrisa—. He traído provisiones para una semana.

—¿Tanto tiempo?

—Nunca se sabe. Es posible que el tiempo no coopere.

—Es cierto —Lacey asintió—. Puede surgir una tormenta sin previo aviso. Una persona puede quedarse aislada por la neblina durante días.

—Espero que no —Mitch la miró con preocupación en los ojos. «Qué conmovedor», pensó la joven.

—O puedes caerte y romperte una pierna —le lanzó una sonrisa brillante. Él hizo una mueca.

—Eres muy optimista, ¿no?

—Realista —Lacey sólo sonrió.

—No me romperé una pierna —hizo una pausa y la miró—. ¿Te has herido allí alguna vez?

—Oh, alguna. Nada serio. Siempre tenía cerca a mis primos. Fred no era tan desagradable antes. No era tan pomposo ni juicioso. A veces incluso era divertido…

cuando era joven.

—Sólo tiene veinticinco años —protestó Mitch.

—Actúa como un viejo —replicó Lacey.

—Y tú sí eres joven de corazón, supongo.

—Oh, por supuesto —ella sonrió.

—¿Por eso haces todas esas tonterías? ¿Focas en las fiestas y cosas así? —

expresó su desaprobación, como lo hacía su tío Warren.

Lacey se puso a la defensiva.

—Lo hice como protesta contra la matanza absurda de fauna inocente.

¡Desperté la conciencia de algunas personas!

—Oh, sí —lanzó una carcajada.

—¿No lo apruebas?

Él miró el horizonte.

—Creo que seria mejor dar tu opinión con menos aspavientos y más sustancia.

Así la gente te tomaría en serio.

Lacey lo miró fijamente.

—¿Cómo mis tíos? —preguntó, incapaz de evitar el sarcasmo.

—Y otros.

—¿Quién más?

—Yo —la miró.

—¿Tú? —Lacey se mofó—. ¿Y a mí qué me importas tú? A ti no te interesa nada más que el dinero, los negocios y los desafíos.

Los profundos ojos color café la miraron con muestras de enfado.

—¿Tanto sabes de mí?
—Lo que he oído.
—¿A quién?
—Se corre la voz —no le diría nada acerca de Danny, todavía no.
—¿Qué has oído?
La joven se preguntó si debía cambiar de tema o no y decidió no hacerlo. Ya fuera inteligente o no, ir a lo seguro jamás había sido su estilo.
—He oído que el dinero te importa más que las personas, que te gustan los retos, que no importa si deseas una cosa o no porque vas tras ella sólo por el desafío que representa. He oído que coges lo que deseas cuando lo deseas y al diablo con todos los demás.
Él sonrió y un destello blanco cruzó su rostro bronceado. Parecía un pirata.
—Quien te dijo eso me conoce bastante bien.
¿Esperaba Lacey que él lo negara? Se estremeció. Luego se agachó para recoger a Jethro y se lo acomodó en los brazos.
—No sé cómo puedes permanecer en su barco —le dijo al gato. Mitch seguía sonriendo, en espera de más revelaciones acerca de su carácter. La joven no tenía nada que agregar. Le bastaba con saber que sus peores sospechas habían sido confirmadas.
—Tenemos que pasar entre esas dos islas —comentó para cambiar de tema—.
¿Quieres mover la vela principal?
Mitch asintió. Controlaba la embarcación con habilidad, sin desperdiciar un solo movimiento. Lacey no pudo más que apreciar su destreza. Sólo esperaba igualarla cuando tuviera que volver. El tramo entre la Isla Parker y Blueberry no era difícil a menos que el tiempo fuera malo. Pero, como en toda la costa de Maine, había arrecifes escondidos y piedras sumergidas que ocasionalmente dificultaban las cosas.
Sin embargo, Mitch parecía tener todo bajo control, y cuando pasaron por el canal, ella señaló la siguiente isla en el horizonte.
—¡Allá!
Siempre había querido a Puffin Patch, con su costa rocosa y sus colinas escarpadas, salpicadas con pinos y abedules. Esperaba que Mitch DaSilva sintiera lo mismo.
Mitch maniobró para conducir el velero hacia la costa de la isla. Poco después entraban a la ensenada que servía de puerto natural.
—Prepárate para lanzar el ancla —advirtió él.
Lacey se hizo hacia adelante cuando Mitch puso el velero de frente al viento.
—Ahora —indicó él y ella arrojó el ancla; soltó la cuerda hasta que notó resistencia. Mientras, Mitch bajó la vela de amura y destensó la

escota mayor.

—Ya está —le gritó Lacey a Mitch y él bajó la vela principal. Entonces un repentino vendaval golpeó el barco.

Mitch maldijo.

—¡Diablos! He perdido la driza.

Lacey alzó la vista. Quizá no fuera tan buen marinero como creía. O quizá... lo miró con intensidad. Él miraba el palo mayor. Once metros arriba de ellos el grillete de la driza colgaba debajo del montón del mástil. Y sin ella no podrían izar la vela de nuevo. No podría huir.

¿Entonces era su jugada? ¿Iba a aislarse junto con ella? No era probable. Quizá sólo tenía intenciones de dejarla en la costa, volver y bajar la driza para irse alegremente.

—Si tienes una escalera, podría subir por ella —se ofreció la joven.

Mitch sacudió la cabeza.

—Ahora no. Descarguemos las cosas. De todos modos parece que el viento sopla con más fuerza. Es probable que no volvamos esta noche.

La mirada que Lacey le lanzó fue decididamente de sospecha. Pero si Mitch lo notó, no comentó nada. Sin mirarla, bajó por la escotilla para subir las provisiones.

—Acerca la lancha —le ordenó cuando regresó a la cubierta. En cuanto Lacey lo hizo, él le indicó que la abordara—. Te pasaré las cosas.

—¿No prefieres echar un vistazo antes? Es posible que no te guste.

—Me gustará —la sonrisa de DaSilva brilló de nuevo.

—Eso espero —musitó ella, pero Mitch ya había desaparecido en busca de más provisiones. Hicieron tres viajes para llevar todo el cargamento.

—¿Dónde se encuentra la cabaña? —preguntó él, cuando terminaron. Lacey señaló un sendero que subía por la colina hasta desaparecer entre los pinos.

—Como a cuatrocientos metros, detrás de los árboles.

Mitch hizo una mueca y se puso una caja sobre el hombro.

—Supongo que tendrían alguna razón para no construirla cerca de la ensenada.

—Hay un manantial al otro lado y la tierra es menos rocosa.

El sendero era angosto y estaba cubierto de hierbas. Los Ferris iban poco a Puffin Patch, desde hacía tiempo, por lo que ya no se encontraba en tan buen estado como cuando Lacey era niña. Probablemente ella había sido la última en visitar la isla, y aquello había sido a principios de junio.

Cogió la caja más ligera, pensando que no tenía sentido trabajar para él, echó a andar por el sendero.

La cabaña era de madera y piedra. Se encontraba retirada y firme, en un claro protegido del mar por una hilera de pinos. A Lacey

siempre le gustaba permanecer despierta por la noche, oyendo el sonido del viento entre los pinos. Últimamente empezaba a filtrarse entre los troncos de la cabaña. Estaban ya un tanto viejos y apolillados.

En junio, Lacey se había dedicado a rellenar las grietas, pero era una batalla perdida. En la segunda semana de septiembre que estaban, la noche sería muy fría.

Esperaba que Mitch DaSilva se percatara de ello. Se volvió para mirarlo mientras subían por el sendero. El observaba la cabaña con curiosidad, y deslizó la mirada hacia la joven. Por primera vez parecía un tanto incómodo. ¿Era posible que le preocupara lo que había aceptado hacer? ¿Sentiría algún remordimiento por su intención de abandonarla allí?

Lacey desvió la mirada y, decidida, cruzó el claro y subió por la escalera hacia la terraza. Puso la caja en el suelo y abrió la puerta de un empellón.

—¿Por qué no tiene cerrojo? —inquirió él.

—¿Para qué? —ella se volvió para mirarlo.

—Por seguridad.

—¿Crees que necesitas un cerrojo para protegerte de los búhos y los frailecillos?

Él la miró irritado y se encogió de hombros.

—Supongo que no. Es la costumbre de vivir en grandes ciudades.

—Estarás perfectamente seguro —aseguró ella, impasible.

—No es por mí. Me preocupa... —se detuvo y torció la boca con irritación—.

Bien, gracias —sin detenerse para mirar a su alrededor, se volvió y descendió por la colina hacia la ensenada para coger más provisiones.

Tardaron más de una hora en subir todas las cosas y apilarlas junto a la puerta.

Cuando terminaron, Lacey se enderezó, se limpió las manos en los pantalones y miró el reloj.

—Será mejor que nos apresuremos. Hay que bajar la driza. El viento está arreciando.

—¿Por qué no nos vamos mañana? Será más fácil. Bajaré la driza temprano —le lanzó una sonrisa devastadora.

Lacey se negó a ceder bajo su encanto.

—¿Quieres decir que no nos iremos esta tarde? —preguntó.

Mitch se encogió de hombros, ecuánime, y con la mirada recorrió el horizonte.

—No tiene sentido —dijo—. Será más fácil mañana temprano.

—No creo que...

Él le dirigió una mirada retadora, atenuada por una sonrisa felina.

—A menos que tengas miedo de pasar la noche aquí conmigo.

Su desafío evidente la hizo enfadarse. Levantó la barbilla.

—Por supuesto que no.

Él amplió la sonrisa y Lacey supo que sólo lo había dicho para provocarla.

—Además —agregó él—, si te quedas esta noche, podrás enseñarme dónde está todo.

«Bien», pensó la joven. «Y tú puedes escabullirte durante la noche y abandonarme aquí.» Se pasó una mano entre los rizos enredados, considerando sus opciones.

Podía enfrentarlo con lo que sabía, por supuesto. Pero no tenía pruebas y él lo negaría. Podía decir que deseaba volver a casa aquella tarde, a toda costa. Pero realmente no lo deseaba. Prefería pasar una noche en la isla. Aunque no había sitio para los dos en la cabaña y Mitch lo sabía. Era un cuarto grande; sala, cocina y habitación, juntas. La instalación sanitaria consistía de una llave de agua frente a la puerta de entrada y un retrete exterior, más abajo, por la colina. Los muebles eran pocos: una mesa, dos sillas de madera, una mecedora. Y una cama matrimonial. Pero no la compartiría con Mitch DaSilva.

Ni imaginaba que él esperara que lo hiciera. Estaba segura de que, a pesar de lo que había dicho Danny, un hombre como Mitch no se interesaría en mujeres como ella.

—Me parece bien —asintió y añadió—: Dormiré en el velero.

—¿Tú… *qué*? —Mitch la miró atónito.

Lacey lo miró con candidez.

—No podemos quedarnos los dos aquí… —deslizó los ojos hacia la cama, la observó significativamente y volvió a mirarlo—. Y tú necesitas estar cómodo. Así que me quedaré en el barco.

Pensaba que Mitch iba a alegar algo, pero realmente no tenía ningún argumento lógico. Todo lo que ella había propuesto tenía sentido si él de verdad estaba allí de vacaciones.

Mitch se pasó los dedos por el cabello.

—Hmm, sí —dijo al fin y suspiró—. Está bien, pasa la noche en el velero.

En realidad *Esperanza* era un barco precioso. A Lacey casi le daba pena llevárselo. En realidad no se estaba *robando* el barco de Mitch. Simplemente lo tomaría prestado para volver a Boothbay Harbor, y lo dejaría precisamente donde lo había abordado aquella mañana.

Luego, en pocos días, le mandaría una postal al tío Warren desde San Diego. El tío Warren era tortuoso, pero no estúpido. Si Lacey se encontraba en San Diego, se preguntaría dónde estaba Mitch DaSilva. Ella estaba segura de que él ataría cabos. Y

sin duda correría a rescatar a su mercenario.

Para entonces, ambos habrían aprendido a respetar a Lacey Ferris; estaba dispuesta a apostarlo.

Mitch incluso tendría que confesar que ella había sido muy solícita con él.

Había permanecido en la cabaña hasta la hora de la cena, y hasta había encendido una fogata.

—Tendrás que adaptarte a todas las excentricidades de este lugar —le advirtió y se alegró al ver el rubor culpable que le cruzó por la cara.

«Te lo mereces», pensó ella y continuó con su explicación. Más tarde él estaría agradecido de que lo hiciera.

Él la acompañó al velero antes de que oscureciera y de nuevo insistió en que se quedara ella en la cabaña durante la noche.

—¿Estás segura de que no quieres? ¿Para recordar los viejos tiempos?

Lacey no aceptó.

—Querrás probarla —arguyó—. Si te surgen preguntas, podré respondértelas antes de irme.

—Bien —accedió él, pero miró con anhelo su barco por encima del hombro cuando ascendía por el sendero.

Lacey lo vio alejarse y cuando lo perdió de vista, bailó feliz.

Por la mañana, temprano, le había prometido él al irse.

Por la mañana, temprano, pensó Lacey con satisfacción, ella estaría a medio camino hacia Boston.

Pero antes, tendría que bajar la maldita driza de lo alto del mástil. Miró hacia arriba; estaba a cuando menos once metros.

«Idiota», insultó a Mitch. ¡Sólo un idiota la dejaría allí! Sólo el más tonto del mundo hubiera permitido que una cosa así sucediera.

O un hombre que quisiera que todo saliera como él planeaba.

Si no hubiera insistido en dormir en el barco, se recordó, sería Mitch quien estaría allí. Quizás estuviera a medio mástil, sin ningún arrepentimiento por su engaño.

—Bien —musitó. Se subió a una silla y apoyó los pies en el mástil para comenzar a subir.

Sólo había hecho aquello dos veces en su vida y nunca de noche. Las alturas no eran su fuerte. Tenía que darse prisa porque estaba bajando la marea. Estaba segura de que podría salir de la ensenada entre las piedras que pronto quedarían expuestas, pero era un desafío que no necesitaba y que podría evitar.

Lenta, pero constantemente, ascendió. Los músculos de los brazos le dolían y ya respiraba con dificultad al llegar a los travesaños donde pudo descansar un momento.

La neblina comenzó a flotar a su alrededor. Maldijo. Era justamente lo último que necesitaba. Se mordió el labio y empezó a subir de nuevo.

Más y más alto, más y más cerca. Le temblaban los brazos. Le

resbaló un pie de pronto y se golpeó con fuerza contra el mástil. Musitó una plegaria y buscó un apoyo; lo encontró y respiró de nuevo.

Ya podía ver el grillete principal. Le dolían las manos pero se concentró en el grillete. Tiró de la cuerda, acercándose más.

¡Ya! ¡Al fin!

Pero faltaba lo peor. Apretó las piernas alrededor del mástil, sin soltar la cuerda, y tuvo que extender la otra mano para alcanzar el grillete de la driza. Tensó la mandíbula, y lo logró.

Entonces descubrió el hilo de pescar, tan fino y transparente que no lo había notado durante el día, y mucho menos en la oscuridad. El hilo que, sin duda, llegaba hasta la cubierta y le permitiría a Mitch bajar el grillete en segundos, sin necesidad de subir por el mástil.

—¡Demonios!

Con el grillete entre los dientes, Lacey descendió con rapidez. ¡Al diablo con aquel hombre!

Si antes había sentido algún remordimiento, alguna culpa por abandonar a Mitch DaSilva en su suerte en la isla, ya no lo sentía. Se lo merecía. De hecho, incluso pensó en no enviarle una postal al tío Warren. ¿Quién sabía cuánto tiempo pensaba dejarla allí? El que fuera, ¡no era suficiente para un zorro como Mitchell DaSilva!

Al menos la marea estaba de su lado. Pero no lo estaría durante mucho tiempo y por eso actuó con rapidez, izó la vela principal, leyó anclas y avanzó. No era tarea fácil, y fue arduo mantener el control del velero. Nunca había navegado sola en un barco tan grande.

Lo peor pasó pronto y la embarcación se dirigió a la entrada de la ensenada.

Lacey asió el timón con fuerza y lanzó una mirada por encima del hombro.

—Adiós, tonto —dijo con suavidad, sonriente. Se preguntó si debió haber dejado también a Jethro. Pero el gato parecía ir adonde iba el barco. Y una vez en Boothbay, sería fácil conseguir que alguien lo diera de comer hasta que Mitch volviera con el tío Warren.

Una vez fuera de la ensenada, enfrentó el barco al viento para detenerlo; luego bajó para encender las luces. Pero éstas no se encendieron.

—¡Maldición! —musitó Lacey. O estaba agotada la batería, o existía algún interruptor general en algún lado. Pero no tenía tiempo para buscarlo. Escuchó el vaivén de la botavara y, tomando los mapas, subió con rapidez.

Conocía bien el curso, lo había recorrido con frecuencia. Tenía una linterna en el bolsillo y la sujetó entre los dientes para mirar la brújula.

Un cambio de diez minutos hacia estribor sería suficiente. El viento aminoró su fuerza.

De pronto, la joven estornudó y la linterna se le cayó de la boca al mar sin darle tiempo a reaccionar. Lacey hizo una mueca. Otro reto.

Al menos aún tenía el reloj. La carátula luminosa brilló en la oscuridad.

Faltaban siete minutos. Aspiró hondo y exhaló con lentitud, disfrutando de la sensación del viento contra su mejilla.

No supo exactamente cuándo descendió la niebla. Un minuto flotaban delicadas hebras junto al mástil, y al siguiente se encontró rodeada, apenas capaz de ver la carátula de su reloj.

Se aferró con fuerza al timón. Dos minutos más. Trató de ver a través de la niebla para situarse. Debía de estar aproximándose a la punta occidental de la Isla Parker. La isla Blueberry seguramente se extendía un poco más hacia estribor. Con firmeza, mantuvo su curso. Luego, cuando pasaron los diez minutos, y otro más por si acaso, viró contra el viento.

Con el tiempo normal aquel tramo no representaba ningún problema. Pero la niebla se intensificaba a cada instante y el *Esperanza* le era casi por completo desconocido.

Pero ya era demasiado tarde para cambiar de opinión y volver. De cualquiera manera, no deseaba hacerlo, pensó la joven con una sonrisa sombría. Daría la mitad de su cuantiosa herencia por ver la cara de Mitch DaSilva cuando descubriera que ella y el *Esperanza* se habían ido.

A estribor, se oyó el estrépito de una boya. Parecía lejano, más de lo que Lacey esperaba, pero sabía que la niebla distorsionaba el sonido con frecuencia. De cualquier manera, calculaba que ya había cruzado los estrechos. La boya retumbó de nuevo, más cerca. Estaba a babor. Sí, allí. A babor. Pero pensaba que era a estribor.

Suspiró aliviada. Conocía aquellas aguas, las había recorrido durante años. Podría llegar a salvo.

Fue entonces cuando chocó contra las rocas.

Capítulo 3

Se había ido.

Mitch parpadeó, sacudió la cabeza y volvió a parpadear. Furioso, recorrió con la vista la ensenada cubierta de niebla.

—No puede ser —musitó. Pero era cierto.

Bajó temprano a la ensenada, preparado para engañar a la pobre e inocente Lacey Ferris. Había planeado enviarla a la cabaña a recoger la chaqueta que había olvidado, y mientras ella obedecía, él aprovecharía para huir.

Y resultaba que era ella la que se había ido.

No podía creerlo. Miró a su alrededor, aturdido. Luego se pasó los dedos por el cabello, pateó el suelo y una horrible sospecha lo asaltó de pronto. ¿Lo habría engañado Warren Ferris?

Rechazó la idea. No había razón para que Warren lo engañara y lo abandonara allí. En los negocios y en la guerra todo era posible. Pero no tenían otro negocio aparte del Bar F, y el viejo sólo tenía que decir que no deseaba venderlo.

¿Entonces por qué...?

Pensó en Lacey Ferris, su actitud altiva, su sonrisa de pilluela, su agresivo cabello rojo. Pensó en cómo iba de una cosa a otra, siempre hablando y gesticulando para luego mirarlo intensamente con sus profundos ojos verdes.

—¿Entiendes? —le había preguntado ella—. Quiero asegurarme de que comprendes. Mañana tendrás que hacerlo solo —le había dicho. Y él se había sentido tan culpable. ¿Era posible que ella...? ¿Había sido capaz de hacerlo? *¿Lo había hecho?*

No. Por supuesto que no. Quizá lo engañaran sus ojos no dejándote ver un barco de doce metros de largo. Jamás había visto niebla tan densa.

Pasó la vista de un lado a otro de la ensenada y se volvió hacia la playa buscando a Lacey de nuevo, pensando que tal vez estuviera escondida detrás de un árbol y que aparecería en cualquier momento riéndose de él. Pero no fue así.

¿Qué sucedía? ¿Sabía lo que él había aceptado hacer?

Sintió otra breve punzada de remordimiento, pero la rechazó con firmeza.

—¡Lacey! —gritó. No hubo respuesta.

Miró las pocas hectáreas de rocas rodeadas de océano, los pinos, los abedules, la colina en que se encontraba la cabaña.

— *¡La-cey!*

La niebla apagó su voz, que se perdió entre el eterno golpeteo de las olas contra la orilla. No sólo era incapaz de hacerse oír, sino que tampoco había nadie que oyera sus gritos. Lacey había desaparecido.

Para siempre. Mitch se enfrentó a la realidad y cerró la boca de golpe. Empuñó las manos.

—¡Esa pendenciera! ¡Bruja! ¡Me ha dejado aquí!

Y además, con mayor enfado, se percató de que lo había hecho con su propio velero.

—¡Y ha robado mi barco! —siseó.

«¿Cómo se había enterado?», se preguntó. No tenía importancia. ¡Lo único que importaba que ella había invertido sus posiciones! La expresión de su rostro, mientras le enseñaba a usar la cocina volvió para provocarlo de nuevo. Y pensar que se había sentido culpable por lo que planeaba hacer con ella. ¡No sentiría ningún remordimiento en aquel momento si pudiera retorcerle el pescuezo! Entrecerró los ojos y las uñas se le enterraron en las palmas mientras observó la niebla impenetrable.

—Ya verás, Lacey Ferris —masculló. Nadie le gastaba bromas a Mitch DaSilva.

Mucho menos si sabía a lo que se arriesgaba.

Esperar pacientemente no era algo que Mitch acostumbrara hacer. Era un hombre de acción, de iniciativa, que necesitaba mantenerse ocupado. Le gustaba hacer sus propios planes y llevarlos a cabo. Estar supeditado a los planes de otra persona lo enfurecía. Y el plan de Lacey Ferris, de abandonarlo una semana en Puffin Patch, lo enfureció de una manera inimaginable.

Desahogó su ira cortando leña. Una tormenta anterior había desenterrado varios árboles viejos de la isla, uno muy cercano a la cabaña, y Mitch se dedicó a cortar trozos del tamaño de la chimenea, imaginando que era Lacey Ferris a quien hacía pedazos.

Por impulso, subió a la cima de la colina para mirar hacia la ensenada donde había estado el *Esperanza*. Pero no sabía ni rastros de velero. Y la niebla seguía cubriendo la isla.

Mitch hizo una mueca y regresó hacia el árbol que estaba destrozando y se puso a trabajar con una furia renovada, sin percibir que la neblina le pegaba la camisa a la espalda, ni que le estaban saliendo ampollas en las manos. Se apartó un mechón de cabello de los ojos y siguió cortando.

La mañana se convirtió en tarde y no llevó consigo ninguna mejora ni en el malhumor de Mitch ni en el tiempo.

Pero, para su asombro, llevó a Lacey Ferris.

En el momento en que partió el último trozo de madera, algo crujió a sus espaldas. Se volvió y se quedó perplejo.

Ella se encontraba de pie en la cuesta que daba a la cabaña. Mitch esperaba que alzara los brazos victoriosa o que se burlara de él.

No lo hizo. Permaneció quieta, con Jethro húmedo y sucio en brazos. Su piel, normalmente rosada, estaba muy pálida y sus pecas

eran visibles aun a diez metros.

Tenía el cabello húmero y enmarañado. Parecía cansada, vencida. Mitch sintió una primitiva oleada de satisfacción porque se encontraba precisamente como él había deseado.

Aquello le enseñaría a no robar veleros. Era obvio que se había arrepentido.

Esperó a que ella hablara.

Pero Lacey ni siquiera lo miró, sólo dejó al gato en el suelo y bajó por la colina corriendo y pasó junto a él para subir por los escalones y entrar en la cabaña. Cerró la puerta de golpe.

Enfadado, Mitch la vio desaparecer. ¿Ni siquiera se iba a disculpar? Encajó el hacha en el leño más próximo y la siguió. Abrió la puerta de la cabaña de par en par.

Ella se encontraba de pie al fuego, con los hombros encogidos y tiritando mientras se frotaba las manos en un esfuerzo por entrar en calor.

—¿Has tenido un buen viaje? —Mitch no intentó disimular su sarcasmo. Ella merecía bastante más que aquello.

Durante un momento, pareció que ella no respondería. Luego, con lentitud, volvió la cabeza para mirarlo por encima del hombro.

—Los he tenido mejores —dijo, y se volvió de nuevo para acercarse al fuego.

Irritado, él se le acercó.

—Al menos has sido lo bastante inteligente para volver. ¿A dónde demonios has ido? ¿Qué tipo de jugarreta pensabas hacer?

—¿Hacer una jugarreta yo? *¿Yo?* —se volvió para mirarlo con furia. No podía creer lo que oía. Había estado a punto de ahogarse por intentar escapar de las intenciones pérfidas de Mitch DaSilva, ¡y él pretendía pasar como víctima!—. ¿Y tú?

¿Y la driza? Oh, diablos —lo remedó—, parece que he soltado la driza. Creo que tendremos que permanecer aquí esta noche.

Él titubeó un instante.

—Sí, la solté. Quedó en la punta del mástil.

—Asida por un hilo de pescar.

Él hizo una mueca y metió los puños en los bolsillos.

—¿Y qué?

—No me hables de jugarretas, Mitchell DaSilva. Conozco tus planes malvados.

¡Tuyos y de mi tío Warren!

Él pareció sorprenderse.

—¿Qué sucede entre tu tío Warren y yo?

—Yo estaba allí, en la casa, aquella noche. ¡Os vi! Os oí tramar vuestro complot aquella noche en la biblioteca.

Él frunció el entrecejo, pero no lo negó.

—¿Estabas allí? ¿Dónde?

—En el pasillo —respondió Lacey, irritada—, mirando por la cerradura.

Mitch esbozó una sonrisa complacida.

—Husmeando.

—¡Protegiéndome! Sabía que el tío Warren tramaba algo; jamás pensé que se rebajaría al secuestro.

—No es un secuestro.

—¡Eso díselo a la policía!

—Oh, por Dios, no puedes llamar a la policía porque tu tío deseaba protegerte.

Lacey alzó los ojos.

—¿Protegerme abandonándome en una isla?

—Te quiere. No desea que te enredes con gentuza.

Ella se preguntó qué diría si le contaba exactamente quién era aquella gentuza.

—Y supongo que tú no eres gentuza —lo miró con desprecio y notó que apretaba las manos dentro de los bolsillos y se sonrojaba.

—Tienes mucha razón, no soy gentuza. ¡Y ni loco me casaría contigo por tu dinero!

—¿Yo no me casaría contigo aunque fueras el único hombre sobre la tierra!

—¡Jamás te lo pediría! —gritó él.

—¡Estoy encantada! —replicó ella.

Permanecieron allí, de pie, jadeando, con los ojos fulgurantes mientras se miraban enfurecidos. Lacey oyó que el fuego crepitaba a sus espaldas y se volvió, prefiriendo enfrentar cualquier otra cosa que no fuera la dura expresión de Mitch DaSilva.

—Si lo sabías —dijo él, después de un momento—, ¿por qué viniste?

—Tenía intenciones de darte una lección —respondió ella, desdeñosa.

Hubo una pausa.

—Pues lo has logrado —él sacó las manos de los bolsillos y enderezó los hombros—. Tan pronto se despeje la niebla, volveremos.

—No podemos —replicó la joven con suavidad.

Él se detuvo a medio camino hacia la puerta.

—¿Por qué no?

—El velero se ha hundido.

— *¿Qué?* ¿Has hundido… mi… barco? —las palabras estaban más allá de la angustia y de la furia. La miraba atónito, pasmado, pálido. Sus ojos brillaban con un fuego endemoniado.

—¡Ibas a secuestrarme! ¡Podía haberme muerto aquí!

—Es una lástima que no sucediera.

—Espera un minuto…
—No, espera un minuto tú. Tú robaste mi velero.
— *¿Robé?* —gritó Lacey.
—Robaste.
—Tomé prestado tu preciado barco. Por Dios, ¡iba a dejarlo en Boothbay! Lo hubieras encontrado cuando te rescatara el tío Warren.
—¿Pero en vez de eso…?
—Encalló en la Isla Parker —respondió ella en voz baja.
—Isla Parker —Mitch cerró los ojos y maldijo en silencio. Lacey, quien aún podía oír el horrible crujido de las rocas contra el casco de madera del *Esperanza*, se encogió.
—¡No quería hacerlo! —exclamó con furia—. ¡Actúas como si lo hubiera hecho a propósito! ¡No es así! Además, es culpa tuya —añadió —. Si no hubieras…
—Cállate —la voz de Mitch fue fría y dura—. Cállate. No quiero hablar contigo.
No quiero escucharte —ella abrió la boca, pero él la detuvo—. Eres una malcriada Lacey Ferris. Un bicho consentido, mal educado y odioso. Mereces cualquier desgracia que te suceda. ¡Eres tan insoportable como dijo tu tío!
Dicho aquello, abrió la puerta y salió. Cerró con tanta fuerza que toda la cabaña, junto con Lacey, se estremeció.
No regresó. Gracias al cielo.
Ella se hubiera disculpado si él le hubiese brindado la oportunidad. Con el hundimiento del *Esperanza* se había sentido muy mal. Era un velero precioso, elegante y fácil de manejar, como un pura sangre que respondía a un ligero movimiento.
Ahora era una ruina, una pérdida total. Lacey había tenido que remar en la lancha para volver a Puffin Patch.
Pero la lancha jamás los llevaría hasta tierra firme. Estaban demasiado lejos.
Ella, Jethro y Mitch tendrían que permanecer allí hasta que el tío Warren se dignara a rescatarlos. O, pensó con optimismo, al menos hasta que un pescador local encontrara los restos del naufragio y buscara supervivientes.
Pero las aguas entre la Isla Parker y la Isla Blueberry no eran una ruta regular.
Había otras más rápidas a lo largo de la costa, vías más cortas para llegar a las islas habitadas, que eran visitadas por el transbordador. Y la pesca no era lo bastante buena allí como para que pudieran contar con la ayuda de un pescador amigable.
Necesitarían un milagro para salir pronto de la isla, y Lacey lo sabía.
Lo único bueno de todo aquello, pensó, era que Mitch DaSilva le

diría algunas verdades al tío Warren, siempre y cuando su pariente sobreviviera después de que ella lo enfrentara.

Se estremeció de nuevo y se frotó las manos, consciente de que, a pesar de sus esfuerzos, el fuego no lograba hacerla entrar en calor. Temblaba, pues tenía mojados los pantalones y la chaqueta. Debió desvestirse antes. Lo hubiera hecho si Mitch le hubiera concedido más tiempo antes de irrumpir en la cabaña.

Comenzó a hurgar en el armario. Desenterró los jersey más calientes que, con el paso de los años, habían olvidado sus primos y ella. Apareció uno grueso de lana demasiado grande para ella, pero en un momento como aquel no podía ser quisquillosa.

Se quitó el sujetador mojado, se puso una camiseta y luego el suéter encima. Se quitó los pantalones y las bragas, los colgó en el respaldo de una silla, y los acercó al fuego.

Continuó buscando en el armario y finalmente optó por un raído pantalón de pana que había pertenecido a su primo Fred en los años en que era delgado. Le quedaba grande, pero al menos era caliente. Después se puso un par de calcetines de lana, pero no encontró nada para calzarse. Aunque en aquel momento los zapatos eran el menor de sus problemas.

Una mirada a la habitación le indicó cuál sería el mayor problema: la cama. La noche anterior, cuando surgió el asunto de la cama, ella se había ofrecido a dormir en el barco. Ya no podría hacerlo.

En la almohada aún era visible la huella de la cabeza de Mitch DaSilva. No quería pensar en él, ni en camas. Peor aún, en una cama. Aquella cama. Quizás él no volviera.

«Sí, por supuesto», se dijo burlona. «¿Y a dónde supones que irá?»

Pero cuando pasaron las horas y él no regresaba, Lacey empezó a preocuparse.

A mediados de septiembre anochecía como a las seis y media. Llegó esa hora y Mitch no volvió. Una hora después, la joven asomó la cabeza por la puerta para encontrarse con un muro de niebla y oscuridad.

—Sólo Mitch sería tan necio como para permanecer afuera en una noche como ésta —le dijo a Jethro y se metió.

¿Trataba de hacer que ella se sintiera culpable? Era probable.

¿Lo estaba consiguiendo? Sí.

A las ocho y media, suspiró, se calzó, se puso la chaqueta gruesa y salió buscarlo.

Una vida de escalar colinas rocosas fue lo que evitó que se lastimara. Anduvo con cautela por el sendero y trepó por las rocas. Por instinto sabía dónde pisar.

Después de caminar algunos metros, se detenía, escuchaba y gritaba su nombre. No había respuesta.

Se abrió camino por el lado norte de la isla, gritando y escuchando, y recorrió el angosto sendero que conducía a la cima rocosa para luego bajar a la cabaña, deseando que él estuviera allí. No estaba.

«Quizá bajó a la enseñada pensando que le mentí acerca del barco», pensó.

«Bien, pronto verá que no lo engañé». Pero decidió ir allí.

—¡Mitch! DaSilva, ¿dónde estás? —deseó que la voz no le temblara. Pero cuanto más caminaba, más se preocupaba. Tal vez se hubiera caído y estuviera inconsciente.

Se apresuró.

Tardó casi media hora en llegar a la ensenada. Estaba muy cerca cuando recibió una respuesta.

—Aquí. Por aquí —era Mitch. Había algo en su voz, aparte de su aspereza, que Lacey no identificó de inmediato. Sintió una oleada de alivio.

—¿Dónde?

—Aquí abajo. Cerca del maldito sendero. Se desmoronó y me caí.

—¿Estás herido?

—Por supuesto que no, estoy aquí tumbado por placer.

Lacey tendría que estar sorda para no recibir el sarcasmo que encerraba su voz.

«Al diablo con él», se dijo.

—Bien. Entonces disfrútalo —se volvió para irse.

—¡Demonios! Ferris! ¡Regresa! —no había duda acerca de la emoción que demostraba su voz en esa ocasión. Era rabia pura. Ella se detuvo.

—Bueno, dices que...

—Digo que regreses, demonios, y ayúdame.

—¿Ayudarte? —¿Mitch DaSilva pedía ayuda? ¿ *Su* ayuda?

—Me he torcido el maldito tobillo.

—¿Eso es todo?

—Con eso basta para que no logre subir al condenado sendero. No puedo apoyarlo.

—¿Te lo has roto?

—No lo sé. Creo que no. Pero no puedo ponerme de pie. No puedo apoyarme.

Además, me estoy muriendo de frío —añadió en voz tan baja que ella apenas lo oyó.

—Debiste volver cuando había luz todavía —señaló ella—. No te hubieras caído.

—No estaba aquí cuando oscureció. Remé hasta la Isla Parker para ver mi barco.

—Oh —Lacey tragó saliva.

Hubo un largo silencio. Pero la joven no tenía que oír ninguna

palabra para saber lo que Mitch pensaba acerca de las condiciones en que había quedado su barco.

Luego pensó en la distancia que había hasta la Isla Parker. Pensó en la niebla y en el desconocimiento que él tenía de las aguas locales.

—Fue una tontería ir allí —señaló cortante mientras se encaminaba en dirección de su voz—. Has podido ahogarte.

—Estoy seguro de que se te rompería el corazón.

Ella apretó los labios.

—Me hubiera sentido culpable —dijo después de un momento, mirando hacia la oscuridad.

—Tienes buenas razones para sentirte así.

—¡No habría sido sólo culpa mía! Nadie te obligó a intentar secuestrarme.

—Cállate, Ferris —ordenó él—, y dame la mano.

—Una mano no bastará.

—Tendrá que ser una mano.

—Pero...

—Olvida tus malditos argumentos, túmbate y dame tu miserable mano.

—Pero vas a tirar de mí y...

—Y moriremos juntos y será culpa del querido tío Warren —la interrumpió él sarcástico—. ¡No me importa quién es el culpable! Si no me das la mano ahora mismo lo lamentarás el resto de tu vida.

Era probable. Tragó con dificultad, se tumbó, enganchó los pies en la raíz de un pino para apoyarse y bajó la mano. Él se la cogió con fuerza de inmediato.

—Tira —ordenó Mitch.

Lacey tiró y sintió que le arrancaban el brazo. Se le tensaron los músculos del torso y se le trabó el codo. Oyó que él maldecía y trepaba, que caían piedras y se rompían las ramas.

Luego, al fin, él subió un brazo y se agarró a la chaqueta de la joven. Ella se arqueó hacia atrás y se mordió el labio. Su barbilla se hundió en la tierra.

—Tira —musitó Mitch de nuevo y ella dio un último y poderoso tirón. Fue recompensada cuando sintió el aliento tibio y la piel rasposa y pegajosa de él contra su mejilla.

Mitch gruñó y rodó sobre el sendero para tumbarse boca arriba.

Lacey apenas logró ver sus facciones bajo la tenue luz de la luna. Él se puso un brazo sobre los ojos. Respiraba con dificultad.

—Ya —dijo después de un momento—. El querido tío tiene una cosa menos que confesar en el Juicio Final. No estamos muertos.

—Aún no —murmuró ella.

Fue evidente que Mitch no bromeaba acerca de su incapacidad para apoyar el pie. Pero la joven no tenía deseos de servirle de bastón

para llegar a la cabaña.

Terminaría agotada.

Se puso de pie y le ofreció la mano para que él hiciera lo mismo. De inmediato e inesperadamente, volvió la imagen de Mitch DaSilva como pantera.

Fue debido a la oscuridad, se dijo ella, al recuerdo de su aliento cálido contra su tez fría. Pero también fue el fuerte apretón de su mano, el tono de peligro que latía en su voz y la repentina percepción de él como la persona que su tío había elegido para secuestrarla.

Pero cuando él colocó el brazo alrededor de sus hombros para apoyarse, cuando ella sintió la fuerza sólida de su cuerpo, la imagen de la pantera se esfumó y en su lugar apareció una más peligrosa; la de Mitch DaSilva como hombre.

«Es mal momento, Lacey», se dijo ella.

—Vamos —indicó con voz áspera y empezó a caminar—. Iremos despacio.

—No podemos ir de otra manera —musitó él junto a su oído. Y el tono hosco de su voz, tan cerca, hizo que otro estremecimiento descendiera a lo largo de la espalda de la joven.

Caminaron cautelosamente por el sendero, muy juntos; la barbilla de Mitch de vez en cuando le rozaba la oreja. Ella le rodeó con un brazo la cintura y tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar que sus dedos asieran el suave algodón de su polo. Ninguno habló, aparte de las imprecaciones ocasionales que Mitch murmuraban cuando por accidente se golpeaba el tobillo. Cuando llegaron a la cima, se detuvo.

—Tengo que descansar.

—Bien —Lacey también necesitaba descanso. Sentir el cuerpo de Mitch DaSilva contra el suyo despertaba en ella pensamientos y sensaciones que no deseaba en absoluto.

Durante la mayor parte de su vida había creído ser inmune a los hombres.

Otras chicas enloquecían por ellos, soñaban con ellos, inventaban fantasías que las hacían arder de deseo. Ella no.

Los hombres eran un problema innecesario.

Se había enamorado de un chico atractivo en la secundaria. Todo terminó ignominiosamente durante una fiesta, donde él no sólo rechazó su beso, ¡sino que también la tiró a la piscina! Mortificada, Lacey hubiera preferido ahogarse a salir. Por desgracia el primo Fred la rescató. Después de aquello, ella pensó: «¿Hombres?

¿Quién los necesita?»

Era una filosofía que le había funcionado hasta que Gordon apareció en escena, en su último año de preparatoria. Otro hombre atractivo, dotado con la promesa de convertirse en socio de un respetado despacho de abogados de Nueva York y con la inmediata

aprobación de sus tíos.

Cuando Gordon la besaba, Lacey sentía una tibieza agradable, pero nada más.

Era suficiente, pensó ella. Los mareos emocionales eran para adolescentes.

Sin embargo, Gordon era persistente. La cortejó como nadie lo había hecho y ella no pudo mantenerse inmune a sus cartas amorosas, sus rutinas de flores y bombones y toda la atención que le brindaba.

Insegura acerca de lo que iba a hacer después de la preparatoria, Lacey estaba preparada para cualquier sugerencia.

Así que cuando Gordon sugirió que se casaran, ella no tardó en aceptar. Era agradable sentir por primera vez que iba a hacer algo que la gente respetaba y sus tíos aprobaban. No importaba que la pasión nunca hubiera crecido entre Gordon y ella. Él la respetaba, valoraba las mismas cosas que ella. Cuando Lacey le pidió esperar a que se casaran para consumar su amor, él accedió encantado.

Dos semanas antes de la boda, ella descubrió por qué, cuando llegó inesperadamente a su apartamento y lo encontró en la cama con una de las secretarias del despacho.

—Puedo explicártelo —dijo él. Sin duda podía hacerlo. Pero ella no estaba de humor para escucharlo. Le arrojó la alianza, canceló la boda, salió de la ciudad y consiguió un empleo en CUIDADO dos semanas después, decidida a olvidar a los hombres para siempre.

No tenía razones para lamentar su decisión.

Aún no las tenía. Pero algo sucedía entre Mitch DaSilva y ella, algo fuerte, algo físico, algo que ella no había sentido desde su noviazgo con Donald Barrington.

«Muy mal momento, Lacey», se dijo y se limpió las palmas en los pantalones.

—¿Qué llevas puesto? —la voz de Mitch la sacó de su ensimismamiento.

Lacey se volvió hacia él, perpleja.

—¿Qué llevo puesto? Pantalones de pana. Un jersey.

—La ropa no. ¿Qué huele?

—¿Huele? Mortificada, se tocó el cuello con la mano.

—Na... nada.

—Hueles a flores —se quejó él, como si le resultara agradable.

—Será mi jabón —dijo ella y Mitch gruñó—. No te agrada, ¿no?

Otro gruñido. Mitch se puso de pie con torpeza.

—Vamos.

Pero aquella vez caminaron más separados y la barbilla de Mitch no le rozó el cabello. Era como si él se mantuviera alejado de ella a propósito. Probablemente porque le molestaba el olor, pensó la joven y apretó la mandíbula.

Caminó más aprisa y Mitch tropezó contra ella y maldijo.

—Lo lamento —musitó ella.

—Seguro.

—Piensa lo que quieras —dijo Lacey, aún más irritada—. No voy a discutir contigo al respecto.

—Gracias por ese pequeño favor.

Hicieron el resto del trayecto en silencio.

Al fin lograron llegar a la cabaña y ella lo ayudó a acomodarse en la silla más próxima a la puerta. Él se recostó con el tobillo lastimado extendido frente a sí, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Lo que Lacey vio con la luz de la lámpara de petróleo la aturdió.

Mitch tenía el ojo derecho amoratado y medio cerrado por la hinchazón. Tenía una protuberancia en la frente encima de una ceja y un corte en la mejilla. Su polo y su pantalón estaban cubiertos de lodo. Parecía que le costaba respirar.

«Menos mal que lo he oído antes de verlo», pensó ella, «porque hubiera creído que estaba agonizando».

—Calentaré un poco de agua.

Él abrió el ojo sano y la miró.

—No voy a dar a luz.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué…?

—Para curarte mejor —sonrió ella con dulzura.

Una sonrisa tenue apareció en sus labios.

—Esa es mi chica.

—¡No soy tu chica!

—Veremos —él sonrió.

—¡No veremos nada!

Con un esfuerzo considerable, él alzó una ceja y le sonrió. Pero sólo era la sombra de la sonrisa de la que era capaz. Empezaba a cansarse y cerró el ojo otra vez.

Un mechón de cabello oscuro y húmedo se le pegó a la frente.

Lacey reprimió el impulso de retirárselo y se ocupó en echar más leña en la chimenea. Luego vertió agua en la tetera para calentarla.

—Deberías quitarte esa ropa —le dijo al dirigirse hacia la puerta para coger más agua. Oyó una risa apagada a sus espaldas.

—Creí que jamás me lo pedirías.

Ella se ruborizó.

—Vete al infierno DaSilva —murmuró y salió.

La humedad fría de la noche brumosa le golpeó las mejillas ardientes como un trapo mojado. «Al diablo con él», pensó mientras movía la manivela de la bomba de agua. Al diablo con Mitch DaSilva, su aspecto atractivo y su aura de hombre cosmopolita. Al diablo con su capacidad para hacer que se sintiera como una niña.

Siempre había odiado a los hombres como él. Hombres que nunca dudaban, que siempre sabían qué hacer; tan seguros de su sexualidad que le echaban en cara su evidente inocencia.

No quiso reconocer que quería verlo desnudo, ¡por Dios! Pero con sólo pensarlo le ardieron las mejillas de nuevo.

—Demonios —musitó de nuevo—. Oh, demonios —y se echó agua helada en la cara. Y pensar que pasarían una semana solos en Puffin Patch. Y había sido advertida.

«Le gustan los retos», había dicho Danny. Y ella sería su reto.

—Ni en broma —murmuró la joven con las mejillas encendidas. ¿Qué más había dicho Danny? Algo acerca de cómo respondían las mujeres a su hermano.

«Como abejas a una flor. Lo rodean. Él sólo tiene que ser paciente y estarán disponibles para él.»

Y ella supo por la expresión tensa de Danny, que el talento de su hermano con las mujeres era un asunto espinoso entre ellos.

Bien, también sería asunto espinoso entre ella y Mitch, pensó Lacey, si él persistía con sus provocativos comentarios seductores.

Si había una cosa que odiaba más que a los hombres que trataban de seducirla, eran los hombres que la provocaban. Lo había sufrido toda su vida. Stuart, Karl y Fred habían hecho lo posible por hacerle la vida difícil, abusando de sus debilidades, molestándola donde sabían que le dolía. Ella se había rebelado y ellos ya sabían por experiencia que se vengaría si intentaban provocarla.

Pero Da Silva no lo sabía. Aún.

Decidió guardar la calma. Fingiría que todas sus burlas y comentarios sarcásticos no le molestaban. Se prepararía para tolerar sus palabras y pasaría por alto sus implicaciones.

Pero Lacey se conocía bastante bien. Sabía que llegaría un momento en que no podría fingir indiferencia.

—Y entonces, señor DaSilva —dijo en voz alta cuando regresaba a la cabaña—, cuidado.

Capítulo 4

En teoría, la indiferencia parecía un plan magnífico.

De hecho, cuando a los pocos minutos Lacey se enfrentó a un hombre con los pantalones a media pierna, tuvo que esforzarse mucho.

Mitch seguía en la silla, pero tenía el pecho descubierto y la camisa y el polo sucios estaban en el suelo, mientras él batallaba para quitarse el pantalón sin hacerse daño en el tobillo.

A Lacey le dio un vuelco el corazón al ver expuesto su cuerpo, pero se esforzó por concentrarse en la palidez y el sudor que mostraba el rostro de Mitch.

—Siéntate y te ayudaré —indicó, y agradeció que no le temblara la voz.

Él obedeció y alzó los pies para que ella deslizara los pantalones por sus piernas. Cuando la joven vio el tobillo hinchado, contuvo el aliento y se mordió el labio.

—Me duele bastante más que a ti —dijo Mitch, cortante.

Lacey no respondió. Estaba segura de que así era, y comprendió que buena parte de su sarcasmo era simplemente una manera de disimular su dolor. Se volvió y acercó una de las sillas de madera, puso una toalla como almohada y levantó la pierna lesionada para apoyarla allí. No alzó la mirada, evitando deliberadamente mirar sus largas piernas cubiertas de vello, al envolver el tobillo en otra toalla que había remojado en el agua limpia de manantial. Luego se dedicó a la cara.

Él no era un paciente dócil. Tenía un increíble repertorio de muecas y gestos, que ella conoció mientras le limpiaba la mejilla y la frente con cuidado. Quizá lo más inocuo fue la exclamación:

—Caracoles, Ferris, mi cara no es el suelo. No hay necesidad de que la restriegues.

—Tienes tierra en las heridas —señaló Lacey, implacable—. Hay que limpiarlas.

—No necesitas disfrutar tanto —masculló él.

—¿Por qué no? No hay otra cosa con la que disfrutar.

Él abrió su ojo sano de nuevo y la miró.

—Creí que te gustaba este sitio.

—En circunstancias apropiadas.

—¿Y éstas no son apropiadas? —Mitch esbozó una sonrisa.

—No exactamente.

—Podríamos pasarlo bien, Ferris —comentó él después de un momentos y ella vio que sus ojos brillaban burlones.

—Trataré de divertirme mañana al otro lado de la isla —respondió ella, cortante

—. Tú tendrás suerte si logras salir de la cama.

Él volvió a cerrar el ojo.

—Aguafiestas —murmuró e hizo una mueca cuando ella comenzó a limpiarle la herida de la mejilla—. Tranquila, Ferris. No me desgarres la piel.

—Ya lo has hecho tú. A decir verdad, necesitas unos puntos.

—No es cierto. Viviré. Si crees que permitiré que te acerques a mí con una aguja, estás loca —abrió el ojo sano otra vez.

Lacey sonrió y se encogió de hombros.

—Una tiene derecho a soñar.

Él sacudió la cabeza e hizo una mueca.

—Eres insoportable, Ferris, ¿lo sabes?

—También soy una consentida —le recordó ella—, mal educada. Insoportable.

¿Y qué más dijiste que era? —logró que las palabras parecieran insignificantes. Jamás permitiría que él supiera lo mucho que la habían herido.

—Odiosa —respondió Mitch con suavidad, con el ojo cerrado—. Un bicho.

Malcriada.

—Sí —asintió Lacey, cortante.

—Es posible que tengas algo bueno —comentó él, después de un minuto. Abrió el ojo con lentitud para mirarla.

Lacey tiró con rabia la toalla en la vasija de agua caliente.

—No puedo imaginar cuál puede ser —respondió con voz áspera.

Mitch sonrió.

—Lo estoy pensando. Cuando lo decida, te lo diré.

La joven exclamó irritada y le dio la espalda. Deseaba pegarlo. Hurgó en el botiquín de primeros auxilios en busca de algún antiséptico.

—Ten cuidado —le pidió él, cuando ella se acercó con un ungüento.

—No seas infantil —dijo Lacey. Él hizo una mueca, se aferró a los brazos de la silla y se tensó—. ¡Por Dios!

—Demonios, ¡me va a doler!

—Estate quieto y acabaré en un segundo.

—Según tú —gruñó él.

—Según yo —acordó Lacey—. Y tengo razón. Ya. ¿Lo ves? —dio un paso atrás para admirar su trabajo. Mitch alzó las cejas e hizo una mueca. Levantó una mano para tocarse la mejilla y ella se la alejó—. No te la toques —y antes de que él protestara, se hizo cargo del tobillo.

—Ahí no —dijo él en el instante que ella lo rozó. Ella lo ignoró, desenvolvió la toalla mojada y miró la articulación amoratada e

hinchada—. ¡Supongo que también querrás limpiarlo!

—No. Voy a vendártelo. Quisiera saber si está roto.

—No lo está —aseveró él.

—Dijiste que no estabas seguro.

—Ahora lo estoy. No me duele tanto como antes. Cuando me rompo un hueso, sufro otro tipo de dolor, ardiente, que me hace sudar.

—¿Entonces te has roto muchos huesos? —a Lacey no le sorprendió.

—Algunos —respondió Mitch—. De cualquiera manera, si tuviera el tobillo roto, no podría moverlo. Y puedo hacerlo —apretó los dientes y movió el pie. Unas gotitas de sudor aparecieron sobre su labio superior.

—¿Qué decías acerca del sudor?

Él la miró enfadado.

—No está roto, Ferris. Créeme. Lo acabo de comprobar, ¿no?

—Y te has hecho mucho más daño de lo que yo te hubiera hecho con el ungüento —señaló ella.

Hubo un breve silencio. Luego Mitch habló.

—Hay dolores y dolores. Es diferente cuando tú lo eliges y te lo provocas.

—Supongo que sí —murmuró Lacey. Pensó que comprendía lo que él quería decir. Era similar a lo que sentía cuando el tío Warren le daba sermones de «lo hago por tu propio bien». El tío Warren podía tener razón, pero hacerlo porque él lo decía era mucho más difícil que hacerlo porque ella misma se había dado cuenta de lo que era su propio bien.

Continuó envolviendo el tobillo, y le lanzó una mirada a Mitch DaSilva, sorprendida al enterarse de que él compartía uno de sus propios problemas y que se sentía igual que ella.

Él la observó pensativo. Tenía la mirada concentrada, curiosa, hubiera dicho ella, como si realmente tratara de descubrir sus «puntos buenos». También parecía examinar sus atributos femeninos. Y aquello bastó para que comenzara a temblar.

Con rapidez, la joven se inclinó para seguir con su tarea, maldiciendo su tez clara que permitía que sus sonrojos fueran tan evidentes. Esperaba que la lámpara de petróleo no ofreciera luz suficiente para que Mitch notara el rubor que se le extendió por el cuello y las mejillas. Sin duda se lo comentaría si se daba cuenta.

Él no dijo nada, sólo permaneció rígido mientras ella terminaba de vendarle el tobillo. Se relajó cuando ella se puso de pie.

—Ya. Todo listo.

—Hubiera sido más rápido si le hubieras dado un beso para que mejorara —

comentó Mitch y el sonrojo que comenzaba a desvanecerse volvió de pronto.

—Toma —Lacey le lanzó una camisa de franela y un pantalón de pijama—.

Ponte esto y te ayudaré a llegar a la cama.

—¿No me los pones? —sonrió.

Ella se volvió y recogió la ropa mojada.

—Voy a lavar esto y a colgarlo frente al fuego para que mañana esté seco. Creo que podrás prepararte tú solo para dormir.

—Supongo que sí —asintió él. Alzó la vista y le hizo un guiño—. Pero no será tan divertido.

Se puso la camisa y batalló para ponerse el pantalón mientras ella, de pie, dándole la espalda, lavó el pantalón y el polo. Luego lo ayudó a cruzar hasta la cama y casi lo tira por su prisa por alejarse de la tibieza sólida de su cuerpo.

Sólo cuando él quedó cubierto hasta la barbilla por el edredón azul oscuro de plumas, con Jethro ronroneando a su lado, Lacey recuperó el equilibrio.

—Duerme bien —le dijo.

—Imposible —Mitch hizo una mueca, cerró los ojos y se colocó de costado.

Ella sacudió la cabeza y se dirigió al otro extremo de la habitación para lavar su propia ropa. Estaba a medio camino cuando oyó la voz de Mitch, suave, cansada y sorprendente.

—¿Lacey?

—¿Qué?

—Gracias.

Ella se preguntó por qué le daba las gracias.

¿Porque lo había buscado y lo había encontrado herido y congelándose en la oscuridad? Era posible. ¿Porque había estado allí, atenta y disponible para que se burlara de ella haciéndola sonrojarse? Sí, era probable que aquella fuera la razón de la inusitada gratitud de Mitchell DaSilva.

Añadió otro leño a la chimenea y cerró la puertecilla. Cruzó la habitación y apagó la lámpara. Como la ropa que llevaba puesta también estaba llena de barro, hurgó en silencio en el armario en busca de algo apropiado para cambiarse.

La única posibilidad era un viejo camisón de franela que había usado cuando tenía doce años. No era maravilloso, pero era mejor que nada. Definitivamente mejor que nada, ¡dado que estaba destinada a pasar la noche en la misma habitación que Mitch DaSilva!

Se metió tras una mampara, que era el único sitio de la cabaña que brindaba intimidad, se quitó el pantalón, la camisa y la camiseta, para luego ponerse el camisón. Le llegaba un poco por debajo de las

rodillas y no era favorecedor en lo más mínimo, pero su aspecto no era importante en aquel momento. De hecho, sólo la idea de tratar de dar una buena impresión al provocador Mitch DaSilva era ridícula. Si Gordon no la había encontrado atractiva años atrás, no había manera de que un hombre como Mitch la mirara dos veces. De cualquier manera, tenía intenciones de envolverse en una manta, así que lo que llevara puesto no tendría importancia.

Cuando terminó de lavar su ropa, volvió a cruzar la habitación y colgó el pantalón y el suéter junto a los de Mitch frente al fuego. Luego, después de secarse las manos en el camisón, miró la cama.

Mitch no se había movido. Seguía de frente al fuego, con los ojos cerrados y la respiración constante y tranquila. Dormido parecía mucho más accesible que despierto. Había una suavidad y una sensualidad en su labio inferior, una sorprendente ternura en las finas líneas que tenía alrededor de sus ojos.

Lacey se acercó para mirarlo, fascinada por aquella otra faceta de un hombre tan exasperante. Experimentó el tenue y molesto deseo que había sentido al ver pasar a Donald Barrington en traje de baño en la piscina del club muchos años antes.

—Magnetismo animal —lo llamaba Nora—. Atracción sexual.

Decía que Danny lo tenía. Pero Lacey creía que nadie lo había tenido desde el infame Donald. Hasta Mitch.

Al tío Warren le preocupaba que ella cediera su fortuna a un hombre inapropiado. Temía que careciera del sentido común que le indicara qué era lo mejor para sí misma.

La joven tenía buenas noticias para su tío: estaba tan interesada en protegerse como cualquier otra persona.

Pero su autoprotección poco tenía que ver con Danny Araujo. Significaba que no permitiría que Mitchell DaSilva entrara en su vida.

Se alejó deprisa de la cama y pensó en su siguiente dilema: ¿Dónde pasaría la noche? Por supuesto, allí estaba la cama. Pero ni siquiera la tendría en cuenta, dados los comentarios burlones de Mitch y su evidente entusiasmo ante lo que para él sería una aventura. Tenía dos opciones: el suelo o los sillones.

En el verano, el suelo era la mejor opción. Pero para mediados de septiembre, la temperatura descendía varios grados. Se le ocurrió juntar los sillones. Con cuidado, en silencio, empujó el sillón hacia la puerta hasta ponerlo frente a frente con el que se encontraba cerca del fuego. Aquella cama iba a ser horrible y demasiado corta. Aun así, era la mejor opción. Encontró una manta áspera en el armario y se envolvió con ella; luego se acostó e intentó acomodarse.

Después de un momento, cambió de posición, golpeó los cojines, ahogó la tos que le causó el polvo que se alzó a su alrededor y se recostó de nuevo… cinco segundos. Se volvió boca abajo, de costado;

se rascó donde la manta le picaba en las piernas desnudas. Los sillones crujieron, se movieron y empezaron a separarse.

Lacey sofocó una maldición y se acurrucó en uno de ellos, luego tiró del otro para acercarlo y trató de estirarse. Imposible. Cerró los ojos e intentó dormir. De la penumbra le llegó una voz impaciente.

—Cuando termines de jugar con esas sillas, Ferris, tienes la libertad de venir a la cama. No sé lo que piensas, pero a mí sí me hace falta dormir.

No debió hacerlo, Lacey lo supo de inmediato.

Era la burla que detectó en su voz lo que incitó a hacerlo, la provocación disimulada hizo que su nido protector en los sillones apareciera como el colmo de la estupidez. Su voz la desafió.

«¿Me tienes miedo?», parecía decirle. «¿O quizá tienes miedo de ti misma?»

Lacey Ferris jamás había rechazado un desafío, así que se envolvió en la manta y se unió a Mitch en la cama.

Enseguida se arrepintió.

—Tienes que quitarte eso —indicó él, y antes de que la joven se percatara de lo que quería decir, le quitó la manta y la arrojó al suelo.

—¡Espera un minuto!

Esa maldita cosa raspa como una lija.

—¡Me mantiene caliente!

—Yo te mantendré caliente, Ferris —ronroneó él—. Confía en que yo te calentaré la sangre.

Lacey cerró la boca. Se volvió para alejarse de él y se acomodó en el borde de la cama para mirar la luz del fuego, con los brazos firmemente alrededor de los senos mientras pensaba en las cosas salvajes y feroces que le haría al tío Warren. Entonces sintió que Mitch la rodeaba con los brazos. Se retorció y pataleó, hasta que oyó un gemido apagado y una maldición ahogada.

—Caracoles, Ferris, ¿quieres matarme?

—Sería buena idea —respondió ella, batallando. Jamás lo reconocería, pero sentir sus brazos alrededor de la cintura y el pecho duro contra la espalda, la estaba matando. Jamás se había sentido tan perturbada, tan excitada. ¡Él no bromeaba acerca de su capacidad de calentarle la sangre!—. ¡Suéltame!

—Ni en broma. Si te alejas, tendrás más impulso para darme patadas otra vez.

—No voy a... —se detuvo. Sabía que era probable que lo hiciera.

Mitch también lo sabía. Su sonrisa brilló con la luz del fuego. Ella trató de soltarse, de recobrar el control, pero él la sostuvo con firmeza.

—No vas a ninguna parte, Ferris, así que será mejor que te estés quieta.

Ella comprendió que no la soltaría, por lo que suspiró y se

mantuvo inmóvil, absolutamente quieta. Rígida, de hecho.

—Relájate —le murmuró él al oído.

—¿Yo? — *¿Relajarse?* ¿En los brazos de Mitch DaSilva? La joven no movió ni un músculo.

—Estás muy tensa, Ferris —la provocó él con voz burlona—. ¿Qué sucede?

¿Temes que me aproveche de ti?

—¡Por supuesto que no! —exclamó, y escuchó la risa ahogada de él junto a la oreja. Un escalofrío la recorrió. Diablos, ¿por qué le había dado la satisfacción de una respuesta?

—¿Entonces por qué te estabas acurrucando en tu trinchera de sillones?

—No quería hacerte daño en el tobillo —mintió ella.

—¿Entonces por qué me has dado patadas?

—Una reacción. No esperaba que me aprisionaras —no mentía.

—Has debido ser más precavida —dijo él y ella percibió que sonreía. Apretó más los brazos alrededor de sus senos, inmóvil, paciente. Él alzó una mano y la colocó sobre las de ella—. Aun tensa eres muy cómoda, Ferris, ¿lo sabías? —susurró él.

—¡Detente!

—¿Detener qué?

—Ni sigas diciendo esas… ¡cosas!

—No son cosas, son halagos. ¿No te gustan los halagos, Ferris?

—¡No son halagos!

Él levantó la cabeza y la miró.

—¿No? —parecía realmente sorprendido.

—No —respondió ella, tensa.

Él la miró un momento y se encogió de hombros.

—Pensaba que lo eran —bajó la cabeza de nuevo y su aliento le cosquilleó el cuello—. Me gusta que mis mujeres sean cómodas.

— *No* soy tu mujer, DaSilva.

—Oh, bien. Perteneces a la gentuza, ¿no es así?

—Si supieras.

—Pues no lo sé —respondió él, tranquilo—. Y, de cualquier manera, la gentuza está en New Haven y yo estoy aquí. Quizá debiera haceros un favor a tu tío Warren y a ti demostrándote lo que es un hombre de verdad.

—¡No sabes absolutamente nada acerca de los hombres de verdad, DaSilva!

—¿No? —había una provocación en su tono, aunque Lacey percibió que él se estaba divirtiendo. Mitch deslizó la otra mano a lo largo de su muslo—. ¿Quieres una demostración?

—¡No! —ella se arrepintió de la vehemencia de su respuesta tan pronto la pronunció—. No quiero demostraciones —añadió con

modestia.

Él se rió.

—Qué generosa —murmuró y la soltó. Parecía que había desaparecido el peligro de que él tratara de probar su masculinidad—. Entonces deja de preocuparte y relájate. Vamos, Ferris, estamos en esto juntos.

—No es culpa mía —le recordó ella.

—Destruiste mi barco.

—Tú me secuestraste.

—Entonces estamos a la par. Víctimas de las circunstancias.

—Del tío Warren.

—Es lo mismo. De cualquier manera, estamos aquí sin salida y tenemos que sobrevivir juntos.

—Eso no significa que yo vaya a... a...

—¿A hacer el amor?

—¡No seria hacer el amor!

—Podría sorprendente.

Lacey no quería que la sorprendiera. Ya había tenido suficientes sorpresas aquel día.

—No —negó—. No. ¿Comprendes?

—Comprendo. Estás a salvo —Mitch suspiró.

¿A salvo? No se sentía así de ningún modo.

—A salvo —repitió él—. Me gustan las mujeres dispuestas.

—Yo no estoy... —se apartó.

—Jamás lo hubiera pensado —la interrumpió él, cortante—. Deja de aterrorizarte cada vez que me muevo.

—No estoy aterrorizada.

—Me agrada saberlo —dijo él. Hubo una pausa. La joven permaneció quieta, absorbiendo el calor del cuerpo masculino, pero aturdida por él. Él contuvo el aliento.

—Lo lamento —musitó ella.

—¿Estás más caliente?

—Sí —se sentía arder—. Gracias —añadió con su tono más cortante.

—De nada —su tono fue seco.

—¿Y tú? ¿Estás más caliente?

—¿Tú qué crees?

—Bien, yo...

—Cállate, Ferris.

Lacey no durmió. Al menos, no mucho. Jamás había dormido bien en circunstancias extrañas. Y pasar la noche en brazos de Mitch DaSilva era lo menos ordinario posible.

Por su parte, Mitch, o tenía el don para dormir a cualquier hora y en cualquier lugar, o estaba acostumbrado a dormir con mujeres

extrañas en sus brazos. Lacey no dudaba que fuera lo último. Danny le había dado aquella impresión.

Quizá Mitch no intentara hacerle el amor por el momento, pero aquello no significaba que hubiera desistido de seducirla en un momento dado. Era probable que no le importara que ella no le resultara atractiva. Estaba disponible. Para la mayoría de los hombres eso bastaba. Tal vez le doliera tanto el tobillo, que no pudiera concentrar su atención en ella aquella noche. O quizás se quisiera tomar su tiempo. Pero Mitch no era el tipo de hombre que esperara pacientemente y menos teniendo un pez como Lacey Ferris en el anzuelo.

Y «en el anzuelo» era justo como se sentía Lacey. Como un pez atrapado, maltratado, atormentado, burlado, hasta que él estuviera dispuesto a sacarlo del agua. Había dicho que le gustaban las mujeres «dispuestas». Era probable que pensara que con el tiempo Lacey Ferris cayera en esa categoría. Al diablo con él. ¡No era justo!

Tampoco era justo que se sintiera tan bien entre sus brazos. ¿Cuál era el viejo cuento que solía contar el tío Warren cada vez que ella quería correr un riesgo?

—No permitiré que lo hagas —le decía—. Terminarás como la rana.

Lacey conocía bien a la famosa rana del tío Warren. Era la que reposaba complaciente en una olla de agua mientras le prendían fuego, la que se cocía viva mientras disfrutaba de la tibieza.

Por primera vez pensó que el tío Warren tenía razón. ¿Cómo iba a sobrevivir aquella noche en la tibieza de los brazos de Mitch DaSilva?

Lacey huyó de la cama tan pronto como amaneció. No porque estuviera incómoda. Había dormido algunas horas, pero cuando Mitch se movió, se encontraba acurrucada en la curva de su brazo, con la cabeza apoyada sobre su pecho y una pierna extendida sobre la de él.

Con cuidado, se deslizó fuera de la cama. Él emitió una breve queja y frunció el ceño. Luego suavizó su expresión y siguió dormido.

Gracias al cielo. Los modales apropiados para una situación como aquella no los había aprendido en la academia para señoritas, hubiera sido abochornante que él se hubiese despertado primero.

Se preguntó si le habrían abandonado alguna vez. Probablemente no. Tal vez fuera él quien abandonaba. Pero a ella nunca la abandonaría, decidió Lacey, porque jamás le brindaría la oportunidad.

En silencio, se acercó la chimenea para ver si su ropa estaba seca. Lo estaba. Se vistió con rapidez, añadió otro leño al fuego para aminorar el frío de la habitación, y luego salió por la puerta.

La niebla se había disipado y el día era fresco, pero soleado. La joven se dirigió a la ensenada. Dos horas más tarde, cuando volvió con un balde lleno de almejas y un poco de orzaga, una clase de alga

marina que era un buen complemento para una dieta isleña, Mitch estaba despierto, vestido y sentado en la terraza.

—Entonces, no te has ido.

Lacey alzó las cejas, sorprendida.

—¿Esperabas que lo hiciera?

—Ayer lo hiciste.

—Ayer tenía un velero. Y tú me ibas a abandonar aquí. Además, ¿a dónde iba a ir?

Él hizo una mueca.

—Pensaba que tendrías escondido un yate en alguna cueva.

—Ojalá lo tuviera —Lacey sacudió la cabeza.

Él le lanzó una mirada curiosa, penetrante.

—No pareces estar molesta.

—Puedo pensar en peores situaciones en las que podría encontrarme —ella se encogió de hombros. No le diría que había agotado todas sus posibilidades de huida durante su paseo por la isla. Se había percatado de que, realmente, estaban atrapados allí. Y como no había remedio, había decidido que la mejor manera de sobrevivir era ser tan indiferente como fuera posible. Si le daba a entender que tenía miedo a un hombre como Mitch DaSilva, él complicaría las cosas —. No será tan terrible.

—Ya —Mitch hizo una mueca y murmuró algo acerca de un desastre.

—Piensa en esto como en unas vacaciones —le sugirió la joven—. Después de todo —le recordó—, ¿no querías unas vacaciones?

Él le lanzó una mirada amarga.

—No es exactamente lo que tenía en mente.

—¿A dónde ibas? ¿A las Bermudas? ¿A Las Vegas? ¿A Monte Carlo?

—Si quieres saberlo, iba a un monasterio en Quebec.

—¿Un *monasterio*? —a Lacey casi se le cae lo que llevaba en las manos.

Mitch hizo una mueca.

—Para un retiro. Paz. Tranquilidad. Tiempo para pensar.

—Seguro —Lacey no pudo evitar que su voz mostrara su incredulidad. ¿Mitch DaSilva en un monasterio? Imposible—. ¿Has pensado en ingresar allí? —preguntó con ligereza.

Él sacudió la cabeza.

—No. Sólo voy a recobrar la paz espiritual. Lacey sacudió la cabeza, confundida.

—¿Un monasterio? No comprendo…

—No me sorprende —dijo él con desdén, lo cual la irritó.

—¿Eso qué significa?

—Algo de lo que alguien que suelta una foca en una fiesta no

tendría ni la menor idea.

Ella lo miró enfadada.

—A veces son necesarios los escándalos —afirmó y Mitch se mostró escéptico

—. No espero que comprendas. Pero haré mi mayor esfuerzo para que tu experiencia aquí sea lo más monástica posible —sonrió satisfecha—. No quiero perturbarte.

—Ya me perturbas, Ferris —replicó él y deslizó la mirada sobre ella de tal manera que Lacey bajó la vista con rapidez, pensando de repente que quizá no se hubiera vestido.

Pero, por supuesto, estaba completamente vestida. Se sintió furiosa. Todo su esfuerzo por permanecer tranquila y controlada, se esfumó.

—¡Basta! —gritó—. ¡Déjame en paz! —pasó a su lado, subió por los escalones y entró en la cabaña; cerró la puerta con fuerza.

Casi al instante se dio cuenta de que tenía que salir de nuevo para lavar las almejas y la orzaga.

Suspirando y apretando los dientes, salió a la terraza, pasó junto a un Mitch pensativo y se dirigió a la bomba de agua. Deseaba meter la cabeza debajo del chorro. Contribuiría a enfriar sus acaloradas emociones. No sabía qué tenía Mitch DaSilva, pero sólo con abrir la boca o mirarla, le borraba su sentido común.

Escuchó un ruido y una sombra la cubrió. Giró y descubrió a Mitch, de pie, imponente.

—¿Ahora qué?

—Lo siento, Ferris —se disculpó él con suavidad, y antes de que ella pudiera pensar en una respuesta, se volvió y cojeó hasta la cabaña.

No lo volvió a ver hasta la tarde. Había abandonado la cabaña, decidida a mantenerse lo más alejada posible de él, tratando de explicarse su repentina disculpa y de decidir cómo debía reaccionar. No había tomado aún una resolución cuando, al final de su paseo, se dirigió hacia su rincón predilecto de la isla y encontró a Mitch allí, sentado sobre las rocas, contemplando el mar.

Lo miró enfadada. No debía estar de pie, caminando. Por eso lo había dejado solo en la cabaña. Se quedó de pie, indecisa, cuando él se volvió. Sus miradas se encontraron, pero él no habló. Lacey titubeó, aspiró hondo y comenzó a trepar por las rocas.

—Creí que te quedarías en la cabaña.

—Me sentía enclaustrado.

—¿Cómo… cómo está tu tobillo?

—Mejor —extendió la pierna y flexionó el tobillo Puedo apoyarlo. Ya no está tan hinchado.

—No deberías apoyarlo.

—Me aburre estar quieto. Siempre he sido así. Necesito mantenerme ocupado

—se encogió de hombros.

—No habrías estado muy ocupado en el monasterio —dijo Lacey y lamentó sus palabras en el instante que salieron de su boca. ¿Por qué tenía que referirse al tema que había sido la razón de su última discusión? Pero en vez de ofenderse, Mitch sacudió la cabeza.

—Por supuesto que sí. Me hubieran puesto a trabajar en la huerta.

—¿Hablas en serio? —ella lo miró con incredulidad.

—Por supuesto. Lo hago todos los años.

—¿Por qué?

—Paz y tranquilidad. Volver a la naturaleza. Me concentro en las cosas fundamentales.

Lacey sonrió con ironía.

—Yo diría que aquí estamos forzados a concentrarnos en lo fundamental —su mirada recorrió la isla.

—Quizá tengas razón —Mitch esbozó una sonrisa y sus ojos brillaron sugerentes. Ella tragó saliva y dio un paso atrás.

—Ese tipo de cosas fundamentales no, DaSilva —dijo con la voz ronca y sonrojada. Él sonrió, pero no era una sonrisa amenazante. Era cálida y amistosa, e invitó a Lacey a sonreír en respuesta. Ella carraspeó con torpeza—. Si realmente deseas sembrar algo, te enseñaré algunos lugares donde podrías hacerlo mañana.

Hoy no deberías estar levantado.

—Quizá tengas razón —se puso de pie.

—Por supuesto que tengo razón —replicó Lacey.

Él alzó las cejas.

—Crees que puedes darme órdenes, ¿verdad? —preguntó, pero sonrió al decirlo, y en aquella ocasión, Lacey sonrió también.

—Por ahora, si —asintió satisfecha.

Él extendió una mano y le tocó la punta de la nariz.

—Por ahora, Ferris —su tono fue áspero—. Sólo por ahora. Luego se volvió y, con cuidado, se abrió camino por el sendero rocoso, dejando a la joven allí, de pie, mirándolo, sintiéndose cálida, confundida y muy preocupada.

Capítulo 5

Si la discreción es mejor que la valentía, para Lacey la distancia era mejor que el sentido común. Si no era capaz de estar cerca de Mitch DaSilva sin reaccionar a él, era mejor alejarse.

Pensando en ello, la joven se fue al extremo más lejano de la isla y pasó el resto del día allí. Caminó y buscó moras silvestres en una pequeña pradera cercana a la ensenada. También recolectó orzaga para complementar sus raciones de comida enlatada para la cena.

Cuando oscureció, empezó a tener mucha hambre, y ya no podía evitar a Mitch más tiempo, así que regresó a la cabaña. Pero durante todo el trayecto se recordó que no debía sucumbir a su atractivo. Él no era diferente de los hombres, que van tras lo que puedan conseguir. Si no podía verlo por sí misma, Danny lo había atestiguado.

Mitch no se encontraba en la terraza. La puerta de la cabaña estaba cerrada y la joven esperó que él apareciera de pronto, decidido a asustarla. Pero los únicos ruidos que oyó fueron los cantos de las aves, el viento entre los árboles y el mar que golpeaba las rocas. Subió por los escalones y abrió la puerta con cautela. Mitch dormía en la cama.

La decisión de Lacey de mantenerse indiferente desapareció. Permaneció junto a la puerta con la atención fija en el suave subir y bajar del pecho masculino, en las largas pestañas oscuras, en el cabello despeinado sobre la frente amoratada, en el párpado hinchado y el tobillo vendado.

No era una hermosa imagen, pensó. Pero luego se percató de que no era del todo cierto. Había algo indefiniblemente bello en Mitch DaSilva, aunque no sabía qué era con exactitud.

¿Fuerza en reposo? ¿Poder controlado? ¿Masculinidad latente? ¿Todo lo anterior? Lacey suspiró para fortalecerse. Sería una larga semana.

Él se despertó cuando ella hacía un puré de patatas. Había abierto una lata de guisado, y lo estaba calentando. Las almejas estaban hervidas y la orzaga cocida.

Había dado de comer a Jethro para que dejara de molestarla, y el gato yacía satisfecho en un sillón.

—Bien, ya estás despierto —dijo la joven con ligereza cuando sintió la mirada de Mitch encima—. Puedes poner la mesa.

Él pareció confundido; luego se encogió de hombros y se levantó.

—Sí, jefa —respondió, e hizo una mueca al apoyar el pie lesionado. Lacey sintió una punzada de preocupación, que sofocó inmediatamente. Sería muy fácil consentirlo. Pero, a pesar de que quizás lo mereciera, no lo haría, porque Mitch se aprovecharía de lo que pudiera.

Él puso la mesa y ella llevó la comida.

—¿Has preparado tú todo esto?

—¡Qué crees? ¿Que lo he pedido a domicilio?

—No lo digo con sarcasmo, Ferris, sino con sorpresa.

—Sí, lo he preparado yo —se sonrojó, apenada por su reacción.

—¿Qué otras virtudes de ama de casa tienes? —preguntó él con una sonrisa brillante.

—Para ti, ninguna —gruñó Lacey.

—Oh, bien. Se me había olvidado que ya tienes a un hombre afortunado —su voz tenía un indicio de duda y de burla que la puso nerviosa, pero al menos aquella vez ella tuvo la inteligencia de no caer en la trampa.

Mitch se sentó y tocó la orzaga que le sirvió.

—¿Qué es esto? —preguntó con sospecha.

—Orzaga. Una versión local de la espinaca.

—¿Conoces las plantas locales comestibles? —parecía dudar.

—No pretendo envenenarte. Aún.

—Está bastante bueno —sonrió al probar un bocado.

—Sí, está bien —asintió ella.

Él siguió comiendo con gran apetito, probando las almejas, el guisado y el puré.

Finalmente se llenó el plato de moras. Cuando terminó se apoyó en la silla y se puso las manos sobre el estómago para sonreírle.

—Bueno, al menos el hombre afortunado no morirá de hambre.

—Gracias —sonrió Lacey, forzadamente.

—Como tú has cocinado, yo lavaré los platos —echó la silla hacia atrás.

—No lo harás —asombrada, Lacey protestó.

—¿Por qué no?

—Porque debes mantener en reposo el tobillo.

—Ha reposado la mayor parte del día.

—Y está mejor, ¿no? Entonces no lo apoyes el resto del día y quizá mañana puedas hacer algo. Quizá miércoles y jueves puedas cocinar y lavar los platos.

Veremos qué clase de ama de casa eres.

—No quiero serlo —gruñó él.

—Esposo, entonces —corrigió Lacey.

—Jamás —fue categórico—. No me voy a casar.

—No —dijo ella, después de un momento—. Supongo que no.

Luego se puso de pie y empezó a recoger la mesa. Salió de la cabaña para lavar los platos y volvió para secarlo y colocarlo todo. Mitch la observó todo el tiempo.

—¿No tienes otra cosa mejor que hacer? —se quejó Lacey. Pero él sólo sacudió la cabeza y la observó con los ojos entrecerrados.

Molesta, la joven continuó trabajando. Él sólo quería enfadarla, y

ella lo sabía.

Era peor que Donald Barrington y Gordon Leacock combinados, capaz de provocarla y desconcentrarla al mismo tiempo.

De repente, él se puso de pie y Lacey se encogió.

—¿Temes que te ataque?

—¡Por supuesto que no!

Él no dijo nada más. Después de un largo momento, durante el que ella sintió la fuerza de su mirada, él suspiró y se acercó a las estanterías que había junto a la chimenea. Revisó los libros, cogió uno y cojeó hasta el sillón.

Curiosa por saber su elección, Lacey estiró el cuello.

—Es *El Príncipe valiente* —informó Mitch con sequedad, sin levantar la mirada.

Lacey frunció el ceño ante su percepción y también por su selección.

—¿No lo has leído? Yo lo leí cuando era niña.

—Cuando yo era niño no tuve tiempo para leer —indicó él, tajante.

Lacey sintió una punzada de compasión por él. No podía imaginar una infancia sin el escape de los libros.

—Es una lástima... —empezó, pero él la interrumpió.

—Lo estoy compensando ahora —inclinó la cabeza y empezó a leer.

La joven lo miró durante un minuto antes de acercarse a las estanterías. Pero ya no había ahí ninguna sorpresa para ella. Le despertaron memorias de la infancia, por supuesto, pero aquella noche no necesitaba recordar, sino distraerse.

—Supongo que no habrás traído nada —le preguntó a Mitch después de haber comenzado a leer dos libros y haberlos dejado en su sitio, insatisfecha. El sacudió la cabeza.

—Sólo el diario de navegación del *Esperanza* —dijo.

—¿Dónde está? —Lacey se animó.

—Lo tiré cuando me caí. Está en alguna parte de la colina.

—¿Lo dejaste allí?

—No va a llover.

—Aún así... —ella se puso de pie para dirigirse al gancho del que colgaba su chaqueta.

—Déjalo. Está oscuro. Sería tonto salir a buscarlo esta noche.

—Salí a buscarte anoche.

—Y te lo agradezco —expresó él con seriedad—. Pero yo estaba en peligro. El diario no.

—No comprendo... —Lacey frunció el ceño.

—¿Qué pasaría si te cayeras?

—No creo que suceda.

—Pero si sucediera —insistió él—, no podría ir por ti. Estarías

herida, igual que yo. Y entonces qué sería de nosotros?

—Seríamos demandantes en un juicio doble contra el tío Warren —sugirió ella.

—No es mala idea —Mitch sonrió.

—Quizá podrías ganar el Bar F y yo Puffin Patch —lo miró con curiosidad—.

¿Para qué quieres el Bar F?

Aquella era otra cosa que no tenía sentido, como el asunto del monasterio.

Mitch DaSilva tenía la reputación de convertir en oro todo lo que tocaba. Pero el Bar F nunca había sido rentable, ni para sus tíos ávidos de dinero, y no podía imaginar que Mitch lograra hacerlo producir, aun con su mano de Midas. Él titubeó.

—Quiero que sea un rancho funcional.

—No te dará dinero. Nunca lo ha hecho.

—No importa.

—¿Lo quieres para reducir impuestos?

Él sacudió la cabeza y se apoyó contra el respaldo.

—Lo quiero... para unos niños.

—Creí que no pensabas casarte —Lacey ladeó la cabeza.

—No me voy a casar —aseveró él, cortante—. Y no son mis niños. Quiero hacer una especie de... campamento. Un lugar para chicos como fui yo —hizo una mueca

—. Los que nunca tuvieron tiempo para leer.

Lacey lo miró, tratando de combinar el Mitch duro que jamás contraería matrimonio, con aquel hombre que parecía tener una debilidad por los niños.

—Ellos también merecen tiempo —agregó él con frialdad—. No es sólo para chicos adinerados, ¿lo sabes?

—Por supuesto que lo sé.

—Bien, pues deseo ofrecerles tiempo y un lugar que podría cambiar su vida. Un lugar donde puedan aprender a trabajar duro y a sentirse bien consigo mismos —

prosiguió él y Lacey lo observó boquiabierta, asombrada al descubrir que era mucho más complejo de lo que había imaginado—. No espero que lo comprendas —añadió cuando ella permaneció callada.

Lacey se molestó.

—Muchas gracias. Pero da la casualidad de que comprendo muy bien.

—No creo. Una pobre chica adinerada como tú...

—Oh, basta, DaSilva. ¿Quieres hacerte merecedor del premio al hombre más autocompasivo? Si la pobreza es una virtud tan grande, ¿por qué no dejas que los chicos vivan en ella?

Mitch se ruborizó.

—No he dicho que lo fuera.

—No tenías que decirlo. Lo único que has tenido que hacer es mirarme con desprecio por encima de tu nariz corva.

—¡Nariz corva! —la miró iracundo.

Lacey se encogió de hombros.

—Supongo que puede ser atractiva para algunas mujeres...

—Pero para ti no, ¿verdad? —su tono era sedoso; la ira desapareció y dejó cierto humor travieso en su lugar. La joven deseó haber mantenido la boca cerrada. ¿Por qué diablos había hecho aquel comentario personal? Porque él la había provocado, por supuesto.

—Oh, vete al diablo, DaSilva —dijo y se encaminó hacia la puerta.

—No te atrevas a salir —la voz de Mitch sonó seca y autoritaria.

Lacey se volvió y alzó la barbilla, desafiante.

—¿Quien me va a detener?

Mitch se puso de pie, pero no se movió.

—Tú —dijo, sereno—. Por primera vez en tu vida, Lacey Ferris, vas a mostrar un poco de dominio sobre ti misma.

La furia invadió a la joven. ¿Dominio de sí misma? ¿Cómo se atrevía a darle una lección de autocontrol? ¡Conque dominio de sí misma! Gracias a eso él seguía de pie en aquel mismo momento. Si perdía el control, lo derribaría de un golpe.

—Tienes que aprender a no huir cada vez que algo no te agrada.

—No sabes nada acerca de mí, Mitchell DaSilva —replicó ella hiriente—. Así que no pretendas darme una lección. De hecho, no pretendas nada —hizo una pausa y habló de nuevo—. Ahora siéntate y lee tu libro como niño bueno. Quizás aprendas algo. Y no tengas miedo de que te deje solo. Me quedaré aquí. Me voy a la cama.

Lacey no supo cuándo se acostó él. Un día tan ajetreado, posterior a una noche de insomnio, la dominó en cuanto ella apoyó la cabeza en la almohada.

Para ser sincera, ni siquiera sabía si él se había acostado en la cama. Sólo la depresión que había en la otra almohada indicó que lo había hecho. Aquello y la vaga memoria de haber estado rodeada por los tibios brazos de alguien.

Pero cuando al fin abrió los ojos a la mañana siguiente, estaba sola. Ya era tarde, pues el sol entraba por las ventanas.

—Maravilloso —musitó Lacey y se levantó, silbando mientras se quitaba el camisón.

De pronto la puerta se abrió de par en par.

—Estás alegre esta mañana —dijo Mitch y se detuvo al mirarla.

La luz del sol convertía el cuerpo de la joven en oro, delineando sus curvas y encendiendo el halo luminoso de sus rizos. Él se quedó paralizado donde estaba.

Lacey también se paralizó un instante; luego se bajó el camisón con rapidez y brincó a la cama para cubrirse hasta la barbilla con el edredón.

—¡Vete de aquí!

Durante un momento Mitch no habló. Luego se apoyó en la puerta y sonrió.

—¿Por qué? ¿Es día «de mira, pero no toques»?

La joven buscó algo con la mano junto a la cama y encontró un zapato. Se lo arrojó.

—¡Vete!

—No puedo —él sacudió la cabeza.

—Tienes que irte.

—No lo haré.

—Lo harás, ¡demonios!

Él sacudió la cabeza de nuevo y sonrió. Lacey le lanzó el otro zapato. Él lo esquivó con facilidad, mostrando así lo recuperado que estaba su tobillo.

—Puedes hacerlo —lo acusó—. Estás bien. Anda. ¿Qué esperas?

—¿Hace falta que preguntes? —él sonrió. Ella masculló su desaprobación y permaneció donde estaba—. ¿Qué sucede, Ferris? ¿No estás acostumbrada a que los hombres aprecien tu cuerpo? —preguntó él y ella lo ignoró. Cuando Mitch comprendió que ella no respondería, se encogió de hombros con calma—. Es un striptease interesante. Creo que nunca había visto nada igual.

—¿Debo suponer que has visto muchos? —inquirió Lacey, provocándolo.

Él sonrió seductor.

—Algunos. Pero no me aburriré, si es eso lo que te preocupa.

—No me preocupa aburrirte —tronó Lacey—. Me preocupa que tenga que matarte, que me encierren el resto de mi vida porque me induzcas al homicidio.

—¿Así están las cosas? Debes de estar bastante frustrada. Pobre Ferris —dijo él y ella buscó algo más para lanzarle. No encontró nada—. ¿Qué te parece si me tiras el camisón? —sugirió Mitch, burlándose abiertamente—. Y luego las bragas. ¿O acaso no usas bragas, Ferris? No me he fijado.

Lacey desapareció debajo del edredón y juró no volver a salir jamás.

Al fin huyó cuando escuchó que él cortaba leña. Según su reloj, sólo era una hora después. Su humillación hizo que le pareciera un siglo. Saltó de la cama, se vistió corriendo y salió de la cabaña con cautela para bajar por la colina sin que él la viera. Si lograba pensar en cómo mantenerse alejada de él durante los próximos cuatro días, sin mencionar el resto de su vida, se sentiría bien.

Se encaminó hacia el bosque, sin dirección. Pero descubrió que, de manera inconsciente, seguía el sendero hacia donde él se había caído. Era como si deseara encontrar el diario de navegación del *Esperanza* cuando ya no quería saber nada de Mitch DaSilva.

De cualquier forma, se dijo, el diario tenía poco que ver con Mitch. No había sido dueño del barco mucho tiempo y el diario abarcaría muchos años. Sería interesante aprender algo acerca de los lugares que había visitado el *Esperanza* antes de su final ignominioso.

El sendero no era tan peligroso de día. No fue difícil encontrar el diario tirado entre las hojas de pino. Su portada roja de piel destacó con viveza. Lacey descendió por la pendiente desmoronada, lo limpió, se sentó y lo abrió.

El primer registro era el ocho de julio de 1947. Con una letra firme, alguien relataba el primer viaje del velero.

Cielos despejados y suaves vientos del oeste. Un día de sueño para un barco de sueño.

Quizás sea un presagio.

Lacey se preguntó qué habría pensado aquella persona del fin del *Esperanza*.

Pasó las páginas, notando los cambios de las letras, la cantidad de temas que habían escrito los varios dueños del velero. Durante cierto tiempo, descubrió Lacey, el barco había zarpado de Marblehead, luego de Mystic y Sandi Hook. En los años sesenta, había viajado con frecuencia al Caribe, y su puerto de salida había sido Palm Beach. Después, en los setenta, regresó al norte, a Portsmouth y sus alrededores.

Curiosa, agradecida por poder distraerse de su situación, Lacey se apoyó en un árbol y comenzó a leer.

Algunos de los registros eran concisos y directos; otros eran cantos al viento y al clima y discusiones prolijas acerca de quienes se encontraban a bordo, qué comían y qué pensaba el autor al respecto.

No leería los registros de Mitch. Lo había decidido.

Y hubiera cumplido su promesa si el viento no hubiese soplado, levantando las hojas de los registros posteriores. De pronto una frase le llamó la atención.

Encontré a Sarah en mi cama anoche.

Lacey cerró el diario. Luego, pensándolo bien, lo abrió de nuevo con lentitud.

Quizá no lo escribiera Mitch. Quizás fuera otra persona. Pero revisó la letra y le resultó obvio que era de él. Era la misma letra firme que le conocía. Encontró la fecha.

Era de hacía dos años, cuando Mitch DaSilva compró el *Esperanza*.

Había apuntado dónde lo compró, cuánto le había costado y el trabajo y dinero que tendría que invertir para que pudiera volver a

navegar. Luego había firmado con su nombre.

Lacey suspiró. No podía detenerse. Comenzó a leer.

Parecía que había vivido en el barco durante el tiempo que tardó en arreglarlo.

Había una crónica diaria del trabajo que había realizado: raspar, lijar, pintar, clavar.

Fascinada, Lacey continuó leyendo.

Descubrió algunos vacíos periódicos de varios días, seguidos de un comentario acerca de adónde había ido por negocios. Volaba a Los Ángeles, a Chicago, a Dallas o a Miami, y ella confirmó todo lo que Danny le había contado acerca de los extensos negocios de su hermano.

También descubrió que, sin importar a dónde fuera él ni el tiempo que tardara, la fiel Sarah estaba siempre allí, esperándolo.

El primer registro sobre ella databa de nueve meses atrás. Era un garabato que sólo decía: *Parece que Sara va a mudarse aquí.*

No parecía muy entusiasmado, pensó Lacey. Pero quizá Sarah, quienquiera que fuera, fuera insistente y estuviera empeñada en conquistarlo. Al menos, lo parecía.

Aún así, él permitió que se mudara, pensó la joven, indignada.

Y pronto fue evidente el porqué.

Unos cuantos días después de que encontrara a Sarah en su cama, escribió: *Sarah me enloquece. Esta mañana me despertó a las cinco.*

Lacey pudo imaginar por qué. ¿Sería él tan maravilloso? Aparentemente, Sarah lo creía así.

«Anoche hubiera podido averiguarlo», se dijo Lacey. Tensó la mandíbula ante aquel pensamiento, pero no cerró el diario. Siguió leyendo.

Unos días después, Mitch escribió: *Anoche no dormí. Sarah lo está haciendo de nuevo. Se está convirtiendo en una verdadera tigresa.*

Lacey sintió que le ardían las mejillas.

Mitch y Sarah, acompañados por Jethro, habían navegado por la costa de Maine en julio. En agosto permanecieron en Long Island Sound. Unas veces navegaban con amigos; otras, solos. En ocasiones, Mitch escribía extensivamente sobre los mares y el tiempo, y a veces acerca de la gente que llevaba a bordo. La joven sonrió cuando leyó que Jethro había robado el pollo que había descongelado para la cena. Luego encontró un registro que la detuvo en seco.

Habían estado en New Bedford, camino al norte y nuevamente por el cabo para navegar hasta Porstmouth, y Mitch escribió: *¡Espero que lleguemos a tiempo. Sarah va a dar a luz cualquier día de éstos!*

«¡Caracoles!» pensó Lacey. Sarah estaba encinta. «Había estado encinta», se corrigió. Era obvio que ya habría tenido a su hijo. ¿Hijo de Mitch?

«No», pensó ella de inmediato. «No te engañes, Lacey Ferris», se dijo después.

«¿De quién más podría ser? Él nunca dijo que no deseara hijos, sólo que jamás contraería matrimonio.»

Se le secó la boca pero continuó leyendo decidida.

Habían llegado a Porstmouth a tiempo. *Gracias al cielo*, escribió Mitch. *Parece que Sarah quiere irse de nuevo en cualquier momento. Esta noche la dejaré en tierra firme.*

Aquello fue todo.

En vano siguió leyendo, porque después de aquello el nombre de Sarah fue mencionado sólo una vez, cuando el siguiente viernes Mitch escribió: *Sarah se quedará con los McCabes. Es una buena solución; será feliz allí.*

El siguiente fin de semana, cuando salió a navegar, tuvo la audacia de escribir que había llevado a una rubia preciosa de Bridgeport llamada Vicky. ¿Y Sarah? ¿Qué había sucedido con ella?

Lacey revisó lo que seguía, sin éxito, hasta llegar al último registro hecho una noche antes que ella se encontrara con él en Boothbay. No más Sarah. ¿Y el bebé?

¿No le importaba?

«A Mitch le gustan los retos», las palabras de Danny hicieron eco en sus oídos.

«Pero no va a sentar la cabeza. Coge lo que desea y se va.»

Era obvio que había hecho aquello con la pobre Sarah. Y haría lo mismo con ella, pensó Lacey, si se lo permitía.

Se oprimió las mejillas con las palmas, contenta de haber huido. ¿Qué importaba que pareciera una tonta cuando huía? Al menos no había sucumbido a su encanto. Y no lo haría. Pasara lo que pasara.

Sólo deseó sentirse tan indiferente con él como con Gordon y Danny y el resto del sexo masculino. Sería mucho más fácil. Bien, se lo habían advertido. Danny lo había hecho y, de alguna manera, Mitch también.

Cerró el diario y se lo colocó debajo del brazo para ponerse de pie. No regresaría a la cabaña después de lo ocurrido por la mañana. Recordó cómo su mirada hambrienta y su sonrisa burlona la hicieron sentirse arder. Sabía lo que había sucedido entre él y Sarah; se había dado cuenta de que su huida era más urgente que antes. No contaba con ver a Mitch en la cima de la pendiente cuando subió por las rocas.

—¡Ferris! —gritó él y Lacey se volvió de inmediato y corrió hacia abajo—. ¡Oye, Ferris! ¡Espera!

Pero ella no se detuvo. Corrió tan deprisa como pudo y cruzó el bosque hasta la orilla más lejana. Era como si estuvieran jugando al escondite. Afortunadamente, ella tenía ventaja. Conocía la isla y no tenía el tobillo herido.

Mientras recolectaba fresas, lo vio acercarse y desapareció en el bosque; luego escapó hacia la punta rocosa cerca de la cueva. Él la siguió. Ella vislumbró su camisa de color esmeralda a lo lejos y se escondió detrás de las rocas para meterse en la cueva sin que él la viera.

La cueva no era visible a menos que se supiera dónde estaba. Mitch no lo sabía y pasó a unos metros de ella, cojeando, apoyado en un palo, buscando entre las rocas.

Afortunadamente, él se fue mucho antes de que subiera la marea. Cuando lo hizo, ella escapó, pero permaneció en el bosque hasta que se puso el sol, contenta de ser demasiado ágil y astuta como para que él la atrapara. Era una victoria pequeña, pero satisfactoria.

Quizá fuera eufórica por haberlo esquivado, tal vez un momento de descuido, o pura estupidez, el caso es que corrió hasta la orilla y se puso a bailar alegre encima de unas rocas y, de pronto, se cayó.

Se resbaló y se cayó hacia adelante, golpeándose las rodillas contra las rocas y lastimándose la barbilla y los labios.

—¡Auxilio!

Permaneció tendida, con el agua a sus pies, las rodillas punzantes y la cara doliente. Durante un momento no pudo moverse. Luego lo hizo, lentamente.

Alzó la cabeza y miró a su alrededor, temiendo la posibilidad de que Mitch hubiera presenciado su caída, esperando que en cualquier momento apareciera cojeando para burlarse de ella. No vio a nadie.

—Gracias al cielo —musitó, tocándose con cuidado la barbilla raspada.

Metió la mano en el agua y se lavó la cara. Le ardió y lanzó una maldición.

Luego se puso de pie y caminó con cuidado, calculando cada paso que daba al avanzar hacia el bosque. Tenía que regresar a la cabaña, y lo sabía, pero deseaba hacerlo mucho menos que antes. Por distintas razones.

Se sintió como una tonta. Quizá, pensó sombría, merecía sentirse así. Su comportamiento durante el día había sido infantil. Una mujer normal no se hubiera pasado el día jugando al escondite con un hombre herido. Pero el hombre herido la provocaba más allá de lo que podía tolerar, se recordó.

Sí, respondió una vocecita interior, ¿pero cuántas mujeres adultas se habrían avergonzado por ser vistas semidesnudas? ¿Cuántas mujeres normales habrían huido en circunstancias similares? La mayoría hubiera presumido de sus atributos femeninos. La mayoría hubiera coqueteado en vez de huir. Lo que significaba que ella, Lacey Ferris, no era normal.

—Qué sorpresa —murmuró. Era exactamente lo que le habían

dicho sus primos durante años. Era lo que Gordon le había gritado cuando ella huyó de la habitación donde lo había encontrado con su secretaria:

«¡Si hubieras cedido no me vería forzado a hacer esto!» Todavía la hería el recuerdo.

Permaneció parada en la oscuridad considerando sus opciones. Regresar a la cabaña o no. Comportarse como adulta o no. Enfrentarse a Mitch DaSilva con el dominio que él creía que no tenía, o correr para esconderse. Ya había hecho lo último y no había sido muy afortunado.

Realmente, no tenía opción. Además, ya estaba prevenida. Jamás permitiría que le sucediera lo que a Sarah.

Cuadró los hombros y caminó despacio hasta la cabaña. Titubeó cuando alcanzó el claro, pero reunió todo su coraje y lo que quedaba de sentido común para subir por los escalones y abrir la puerta.

Esperaba una burla, una carcajada, un comentario como el que la había ahuyentado por la mañana. Sin embargo, Mitch se encontraba de pie junto a la chimenea, mirando al fuego, con los hombros corvos y las manos en los bolsillos. Se volvió cuando la oyó entrar y frunció el ceño.

—¡Por Dios, Ferris! ¿Qué ha pasado? ¿Te encuentras bien?

Lacey, aturdida por su preocupación, aliviada porque no tendría que defenderse, descubrió que estaba temblando.

—Sí... —logró decir—. So... sólo me he caído.

—¿Te has caído? ¿Dónde? ¿Te has roto algo?

—Estoy bien.

—No lo creo —él le rozó la mejilla. Ella dio un paso atrás y él hizo una mueca

—. Sólo quiero saberlo —dijo con pesadumbre.

Ella se sintió como una tonta, pero se quedó de pie, rígida, cuando él volvió a tocarla, volviéndole la cara hacia la luz.

—Sólo… estaba paseando —empezó a disculparse.

—¿Por qué? ¿Tenías miedo de que desapareciera?

—Temía que te pasara algo y no pudiera encontrarte. Demonios. Tenía razón cuando decía que no tienes dominio sobre ti misma.

—Tengo el dominio necesario —Lacey trató de soltarse.

Él la sostuvo.

—Veremos —dijo sombrío—. Iré por agua para limpiarte.

—Yo puedo hacerlo.

—Yo quiero hacerlo. Quédate ahí —su tono no permitía discusión, y ella tenía pocas ganas de discutir. Sentía el labio tan grande como una manzana y el doble de rojo. Se sentó y se percató por primera vez, de que tenía mucho frío. Se frotó las manos.

Mitch, que entró con un balde de agua, murmuró una maldición.

—Estás congelada. Anda —la levantó antes de que ella protestara para acercarla a la chimenea. Luego, con la cabeza, le indicó que se sentara, y cuando ella lo hizo, él se acomodó sobre un banco y comenzó a limpiarle la boca.

Lacey empezó a protestar, pero el trapo le cubrió la boca y sofocó sus palabras.

Mitch sonrió.

—¡Por qué no habré pensado antes en amordazarte?

—Porque duele —replicó ella.

—No seas infantil, Ferris —parafraseó lo que ella le había dicho días antes.

Lacey cerró la boca y soportó sus cuidados. Pero no pudo evitar un suspiro de alivio cuando él terminó—. No está mal, Ferris —comentó Mitch entonces—. Ahora, si pudieras mostrar el mismo dominio el resto de tu vida... ¿Es todo? ¿No hay más heridas?

—No. Bueno, me... me raspé las rodillas, pero yo me las curaré —añadió con rapidez. Esperaba otra provocación, quizá seguida por la sugerencia de que debía desnudarse para que él la viera.

—Te traeré un poco de agua limpia —dijo él y se puso de pie de nuevo; se volvió y salió cojeando por la puerta.

Cuando regresó, no sólo llevaba un balde de agua limpia y una toalla, sino también la mampara para ponérsela delante.

—¿Qué haces? —preguntó Lacey.

—Querrás cambiarte —contestó él—. Esto es sólo por si necesito volver —y salió de nuevo, cerrando la puerta tras de sí.

La joven lo miró pasmada. ¿Un tipo de disculpa? Jamás lo hubiera creído. No estaba segura de creerlo aún.

Pero no perdería tiempo pensándolo en aquel momento. ¿Cuánto tiempo duraría su nueva actitud? Se quitó el pantalón e hizo una mueca al verse las rodillas raspadas. Con cuidado, se las limpió con el agua helada del balde, y luego se las secó con la toalla. Después se quitó el jersey y la blusa para ponerse el camisón; aunque la incomodaba, no tenía alternativa. Se envolvió con la manta y colocó su pantalón húmedo en el suelo junto a la chimenea. Lo lavaría por la mañana. Entonces sólo deseaba acostarse.

La cama. La cama significaba sentir los brazos de Mitch rodeándola de nuevo.

Significaba calidez y comodidad, y, al mismo tiempo, el despertar de sentimientos que no quería sentir. Sentimientos que aquella noche en particular no deseaba.

Llamaron a la puerta suavemente.

—¿Estás vestida? —inquirió Mitch y abrió la puerta un poco. Su mirada fue primero a la cama y después, como no la encontró, la buscó en el rincón de la cocina

—. Usa la cama —le dijo—. Yo usaré los sillones —agregó y ella se quedó pasmada de nuevo. Abrió la boca y la cerró de inmediato, incapaz de pensar en algo inteligente—. Dame las gracias y métete en la cama —sugirió él con sequedad.

—No necesito que me des clases de buenos modales —replicó ella y sintió una punzada de alivio. Al menos las cosas volvían a la normalidad. Pero si esperaba una respuesta tajante de Mitch, se decepcionó. Él se pasó una mano por el cabello despeinado.

—No, es cierto —asintió—. Necesitas descansar, ¿por qué no te acuestas?

Lacey permaneció donde estaba, indecisa, pero al fin se encogió de hombros.

—Creo que tienes razón —dijo, y sólo por un instante lamentó parecer tan ingrata. Cruzó la habitación y se deslizó en la cama, donde se deshizo de la manta con que estaba envuelta. La iba a tirar al suelo a su lado, pero cambió de idea y la lanzó en dirección del sillón junto al fuego.

—La necesitarás —dijo a modo de explicación; luego se volvió hacia el otro lado y cerró los ojos.

Por supuesto que no se durmió de inmediato. Permaneció acostada, inmóvil y callada, consciente de cada uno de los movimientos de Mitch. Oyó que cerraba la puerta y que cojeaba hasta donde se encontraba el otro sillón. Escuchó que lo arrastraba hasta ponerlo frente al que estaba junto a la chimenea. Cuando se sentó en uno de los sillones para quitarse los zapatos, rechinó. Oyó el susurro de la tela, el tintineo de su cinturón cuando lo desabrochó y el de las monedas en sus bolsillos cuando el pantalón cayó al suelo. Escuchó el crepitar del fuego cuando él introdujo más leños en la chimenea. Luego, unas pisadas suaves hasta la lámpara de petróleo y la oscuridad. Lacey esperó y contuvo el aliento. Las pisadas pasaron a su lado de nuevo. Los sillones protestaron con más vehemencia cuando él se acostó en ellos.

La joven sabía que no estaría cómodo. ¿Cómo iba a estarlo si medía varios centímetros más que ella? Aun así, ¿cómo iba a quejarse del único gesto caballeroso que había mostrado desde que lo conocía?

Quizá se sintiera culpable por haberla ahuyentado. Tal vez fuera su manera de decir que lo lamentaba. El problema era que, con el transcurrir de los minutos, Lacey descubrió que también se sentía culpable. La culpa no era sólo de Mitch. Ella había huido, humillada, cuando lo que debió hacer era enfrentarse a él. Se había comportado como una niña y él la trataba como tal. «¿Y Sarah?», se preguntó.

Sarah, se dijo enseguida, no tenía nada que ver en todo aquello. Era problema de Mitch. Pero saber de ella ayudaba a Lacey a lidiar con el suyo. Tenía bastante autocontrol, y podría usarlo

ventajosamente si permitía que Mitch compartiera su cama. Aquello demostraría que no corría el riesgo de convertirse en otra Sarah.

—No tienes que dormir en los sillones —dijo de pronto.

—¿Es un ofrecimiento? —Mitch se sentó.

—¡No, no lo es! Sólo quiero decir que no me lastimarías si durmieras aquí. No me preocupa —se apoyó en un codo y lo miró irritada.

—Creía que te preocupaba otra cosa —su voz fue suave, pero sus palabras contenían un desafío. Lacey tragó saliva.

—Es... esta mañana exageré. Estaba avergonzada.

Él no se movió. La joven podía verlo, delineado contra el fuego, los hombros apoyados en el respaldo del sillón, el cabello caído sobre la frente, la cabeza inclinada.

—Ya lo he notado. Aún no puedo comprender por qué. La mayoría de las mujeres...

—No soy «la mayoría de las mujeres» —objetó Lacey, molesta.

Mitch se acomodó en la silla.

—Empiezo a entenderlo.

—Entonces, ¿vas a venir a la cama?

—No lo sé.

—No cambiaré de opinión, si es eso lo que temes.

Él sacudió la cabeza lentamente.

—Ferris, no estoy seguro de a qué le temo. Pero es cierto que temo a algo que te concierne.

Capítulo 6

Cuando Lacey despertó a la mañana siguiente, tiesa y dolorida, descubrió que Mitch preparaba el desayuno. Él la oyó moverse, la miró y se dirigió hacia la puerta.

—Hay que darle la vuelta a las tostadas; estarán en un minuto. Si te encargas tú, te dejo sola —y antes de que ella pudiera responder, salió y cerró la puerta.

Lacey lo miró asombrada. Parecía que su recién adquirida circunspección perduraría otro día. Se estiró con cuidado, se tocó el labio, hizo una mueca y salió de la cama. Su noche juntos no había sido tan difícil como había temido. A pesar de sus dolores, se había dormido enseguida, y la única ocasión en que se había despertado durante la noche, esperando sentir los brazos de Mitch rodeándola, lo encontró en el otro extremo de la cama, dándole la espalda.

Buscó el pantalón de pana y el jersey y se los puso; luego dio la vuelta a las tostadas antes de que se quemaran.

Mitch ya había llenado un plato y lo había puesto encima de uno de los quemadores para mantenerlos calientes. Un minuto después, Lacey añadió al plato las tostadas que quedaban y el aroma le despertó el apetito.

Él ya había puesto la mesa. Incluso había colocado un vaso con hierbas ornamentales en el centro.

—Vaya —musitó la joven y se fue a peinar. Ver su labio hinchado y su barbilla raspada en el espejo no reforzó su confianza en sí misma. Pero, si se lo tomaba con optimismo, quizás aquello le diera un poco de seguridad. Si Gordon no la había encontrado atractiva cuando ella se sentía resplandeciente, estaba segura de que un hombre como Mitch no desearía hacer el amor con la bruja fea en que se había convertido. De cualquier manera, no sabía qué esperar cuando abrió la puerta para dejarlo entrar. Él la miró e hizo una mueca.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor.

—Tienes el labio aún hinchado.

—Pero está mejorando.

—¿Y las rodillas?

—Están bien —su escrutinio la ponía nerviosa, a pesar de su seguridad de momentos antes—. ¿Y tú?

Su ojo ya no estaba hinchado, pero el cardenal era evidente y el corte tenía una fea costra. Cualquiera que los viera, pensó Lacey, supondría que se habían peleado a golpes.

—Estoy bien —aseguró él. Pero cojeaba y Lacey vio que hacía una mueca cuando se sentó a la mesa para servir las tostadas.

La joven se sentó frente a él y cogió el plato que le ofrecía. Fuera,

las aves cantaban y la brisa agitaba las ramas de los árboles. El sol penetraba a través de la ventana y caía sobre la alfombra, donde Jethro yacía boca arriba, completamente dormido.

Era como un sueño. Cuando Lacey era niña, solía quedarse despierta en la oscuridad para pensar en las cosas más maravillosas que podía imaginar. Una de ellas era regresar a Puffin Patch, ya mayor, para compartir aquella belleza con el hombre que amara.

Salió de su ensimismamiento, confundida. Mirándola desde el otro lado de la mesa, estaba Mitch DaSilva, un hombre que no podía amar. A pesar de que era increíblemente atractivo, de que podía acelerarle el pulso y excitarle las hormonas, no tenía sentido enamorarse de él. Se concentró en Jethro. Parecía que no tenía ninguna preocupación en el mundo.

—Gato afortunado —murmuró.

Mitch lo miró y asintió.

—Protegido y bien alimentado. ¿Qué más puedes pedir?

—¿Buena compañía?

—No es culpa mía que no quieras que yo esté aquí. Tú hundiste el barco —le recordó él, sin piedad.

—¡Tú eres quien quiso venir aquí, en primer lugar!

—Pues qué tonto —cortó una tostada con excesiva fuerza—. Y pensar que en este momento podría estar disfrutando de la paz de un monasterio.

—Y pensar que yo podría estar en San Diego atendiendo mis asuntos —replicó la joven.

—¿Ibas a ver a tu amante? —preguntó él con irritación.

—No. Iba a una conferencia.

—¿Qué tipo de conferencia?

—Una reunión de trabajadores sociales para tratar el asunto de los delincuentes juveniles.

—¿En serio?

—Sí, en serio, señor DaSilva —contestó Lacey, cortante.

—Increíble —la miró como si no la hubiera visto nunca. Ella suspiró.

—Sé que no tienes una buena opinión sobre mí. Y, créeme, el sentimiento es mutuo...

—¿Tú tampoco tienes una buena opinión sobre ti? —él sonrió.

Lacey rechinó los dientes.

—Mira, aún faltan varios días para que llegue el tío Warren a sacarnos de aquí.

¿Crees que podríamos intentar llevarnos mejor?

—¿Quieres decir que si podemos hablar con cortesía y permanecer cada uno en su lado de la cama?

—Lo hicimos anoche —le recordó ella.

—Yo sí —respondió Mitch—. Pero tú estabas encima de mí.

—¡No es cierto!

—Sí —gruñó él.

—¡Cuando desperté estaba lejos de ti!

—Cuando estabas dormida fue diferente —gruñó él.

—Bien —dijo Lacey con falsa dulzura—, espero no haberte molestado.

Él hizo una pausa con el tenedor a medio camino de la boca.

—Ferris, tú siempre me molestas.

—Eso no es cierto. Los hombres no... —Lacey se ruborizó.

—¿Ibas a decir algo como «los hombres no sienten eso por mí»? —exigió Mitch.

Bajó el tenedor a su plato de golpe.

—Bueno, no puede decirse que sea encantadora —expresó ella, a la defensiva.

—¿Quieres que enumere tus atributos? —la recorrió con la vista.

—¡No!

Él se encogió de hombros y siguió comiendo.

—Tienes un complejo de inferioridad, Ferris.

—¡No es cierto!

—¿No?

—No podemos llevarnos bien —Lacey lo miró enfadada. Mitch suspiró, se pasó una mano por el cabello y se puso de pie.

—Bien. Lo lamento —hizo una reverencia burlona—. ¿No es una mañana preciosa, señorita Ferris? ¿Qué haremos este día tan soleado?

Lacey se rió de su cortesía exagerada.

—No tienes que hacer eso. Sólo pensaba que podríamos intentar pasar un día juntos sin reñir.

Mitch gruñó, dudoso, y se encogió de hombros.

—Reñir puede ser más seguro.

—¿Más seguro que qué? —exigió Lacey.

—Que la alternativa, por supuesto —Mitch sonrió enigmático.

Parecía que al fin tenían una tregua.

Después del desayuno, Lacey lavó los platos mientras Mitch hacía la cama.

Luego ella lavó su ropa sucia y se ofreció a lavar la de él.

—No tienes que hacerlo.

—Lo sé —dijo ella—. Pero como estoy lavando la mía...

Parecía ser señal de que progresaban, el que Mitch no hiciera ningún comentario crítico acerca de su habilidad para lavar ropa. Él se encogió de hombros.

—Está bien, si quieres.

Mientras Lacey lavaba, él barrió la cabaña y luego salió para coger leña. Cuando pensaba que ella no lo veía, cojeaba más. La joven sintió

una punzada de culpa al verlo avanzar lentamente por el sendero con los brazos llenos de leña, e hizo un enorme esfuerzo por no abandonar la ropa para ir tras él y decirle que ella lo haría, porque sabía que a él le molestaría. Mitch DaSilva era un hombre contradictorio: rudo y tierno, cariñoso y provocativo, sarcástico y amable. Ella esperaba que él aprovechara la lesión de su tobillo para echarle la culpa de todo a ella. Sin embargo, parecía que lo minimizaba, mostrándose más preocupado por ella que por sí mismo.

Lacey no lo comprendía en absoluto. A veces incluso sentía simpatía por él, pero luego recordaba su trato insensible con Sarah y volvía a sentir desagrado. ¡Qué hombre tan complejo era! Aun si no le gustaba, había algo en él que la hacía desear comprenderlo.

—¿Realmente ibas a irte a un monasterio después de dejarme aquí? —le preguntó cuando él regresó con la leña. Mitch depositó su carga en el suelo antes de responder.

—Sí.

—¿Para trabajar en la huerta? —Lacey sacudió la cabeza.

—Algo así.

—No pareces ser de ese tipo.

—¿Qué tipo?

Ella quería decir religioso, moralista.

—Oh, bien, tú sabes, el tipo de hombre que se vuelve a la naturaleza en busca de «una vida sencilla».

—Navego —Mitch se encogió de hombros.

—Sí, pero esa es una actividad un tanto social, ¿o no? Fiestas en el velero y esas cosas —«mujeres que te llevas a la cama», añadió mentalmente.

Mitch se apoyó en la barandilla de la terraza.

—A veces. Pero también me gusta por el silencio y el cambio de perspectiva.

Igual que me agrada el monasterio. Ambos me proporcionan serenidad, equilibrio.

Por su tono, Lacey sabía que era sincero. Pero aún no comprendía. ¿Cómo podía sentirse así, tan bien, en su opinión, y no tener ningún remordimiento por abandonar a su amante y su hijo? Quizá, se le ocurrió otra vez, no fuera su hijo.

Rápidamente reprimió la alegría que le causó aquella idea. «No conoces las circunstancias», se reprendió. Y como no iba a preguntar nada que pudiera revelárselas, no insistió.

—Eres muy diferente de como pensaba que eras.

Mitch sonrió. Luego se puso serio y concentró la mirada sobre Lacey, directa y enervante.

—Tú tampoco eres exactamente como esperaba, Ferris.

Ella supuso que debía sentirse agradecida, después de todo lo que

le había dicho los días anteriores. Se encogió de hombros con torpeza y se miró las manos.

—Creo que empiezo a entender el asunto de la foca —dijo él de pronto.

Lacey parpadeó, pasmada. Él asintió serio y ella se sintió ridículamente contenta. «¿No es una tontería?», se preguntó.

Pero no podía evitarlo. Sentía que al fin la veía como era y no como la mujer que el tío Warren y el resto de la familia le había descrito. Sintió como si sus almas se hubieran encontrado brevemente.

Cuando era niña, Lacey siempre rogaba e insistía en que alguien fuera a Puffin Patch con ella. En aquellos días sólo así podía ir. Su padre siempre estaba dispuesto.

Robert Ferris era el compañero perfecto, un espíritu afín, alegre y deseoso de aventura, un hombre que amaba la isla tanto como ella.

Cuando él murió, ella siguió rogando y tratando de persuadir a alguien. Pero jamás obtuvo el mismo éxito. Y mucho menos el mismo júbilo de compartir aquella experiencia con un alma gemela.

Siempre se veía forzada a esperar a que el tío Vincent, el tío Wilbur o alguno de sus primos se dignara a acompañarla. Pero ellos no disfrutaban como ella. Algunas veces les pidió que le permitieran ir sola.

Pero sus tíos decían que era demasiado peligroso. Era obvio que habían cambiado de opinión en algún momento. Pero desde la muerte de su padre hasta los dieciocho años, había estado a su merced.

Cuando al fin, en su cumpleaños, fue sola por primera vez, le encantó. Era su paraíso privado, su edén exclusivo, especial. Y después de aquello, no volvió a pedirle a nadie que la acompañara. Prefería tener Puffin Patch para ella sola. Pensar en compartirla durante una semana, aun a la fuerza, con Mitch DaSilva, le horrorizó, al principio. Pero había descubierto que era divertido. Contra todas sus expectativas, le agradaba tenerlo allí.

Quizás fuera porque, a diferencia de sus tíos y primos, no pareció molestarle mojarse los pies ni ensuciarse las manos cuando, aquella mañana, lo llevó a la pradera en busca de verduras para la comida. Tal vez, porque cuando le ofreció las hojas de un arbusto de aspecto desagradable, tras decirle que era comestible, él se las comió.

Quizá porque después, cuando bajaron de nuevo a la orilla del mar, se contentó con permanecer sentado en una roca, pescando en silencio durante horas y sin quejarse del viento ni del reflejo del sol. Cuando ella se lo comentó, él sólo se apoyó contra la roca para absorber el sol de la tarde.

—Se requiere paciencia, eso es todo. Y tengo toda la paciencia del mundo —vio cómo el hilo de pescar se movió dentro del agua y sonrió confiado—. Lo pescaré.

Y Lacey, observándolo, consciente de la determinación de sus palabras, sabía que lo haría.

Varias veces en el día, cuando ella se adelantaba, con las rodillas lo bastante sanas como para olvidar que debía aminorar el paso por él, de pronto se acordaba de volverse y descubría que la miraba, con una expresión penetrante, pero indescifrable.

Al principio la incomodó. Miraría así a Sarah, se preguntó la joven. Pero durante todo el día, fue la cortesía personificada. No podía culparlo de nada.

Aun así, cuando se sentaban juntos cierto tiempo, la percepción de él se intensificaba y la ponía nerviosa. Así que lo dejó pescando y se fue a coger cangrejos.

Al fin, cuando tenía suficientes para la cena, volvió y se sentó a su lado.

—¿Has tenido suerte?

Él entrecerró los ojos para protegerse del sol y la miró.

—Pesqué uno hace rato. Me sorprendió haber recordado lo que tenía que hacer.

No he pescado desde hace muchos años —la determinación se había desvanecido y parecía un chico nervioso. Su sonrisa era tan amplia que ella se contagió de su ánimo.

—¿Pescabas mucho cuando eras niño?

—De vez en cuando. Con mi padre —había un poco de nostalgia en su voz y Lacey se enderezó. Era la primera vez que hacía mención a su familia. Quería saber más.

—Dijiste algo acerca de que tu padre trabajaba en... —odiaba tener que mencionar el velero, pero como ya había empezado, prosiguió—... el *Esperanza*. ¿Era pescador?

—Durante cierto tiempo. Mi padre fue muchas cosas: pescador, cocinero en algunas cafeterías baratas, y a veces vendía aspiradoras de puerta en puerta.

—Era emprendedor.

—Era un hombre atado por demasiadas responsabilidades —replicó Mitch, cortante, y desvió la mirada hacia el horizonte.

—¿Te refieres a una esposa y una familia?

—Sí.

—¿Había muchos niños en tu familia? —Danny jamás había hablado de otros hermanos.

—Sólo yo —hizo una pausa—. Y mi hermana.

—¿Tienes una hermana?

—La tuve —corrigió—. Enfermó de leucemia y murió a los once años —pero podía haber sido ayer, por el dolor que detectó en su voz.

—Qué terrible —murmuró Lacey, consciente de que era inapropiada su compasión.

—Sí —asintió Mitch. Se tendió boca arriba, con las piernas estiradas—. Tan duro para ella como para mis padres. No podían hacer nada para ayudarla, ¿sabes?

—la miró y ella asintió—. Mi padre tenía más empleos de los que puedas imaginar.

Mi madre también. Trataron de conseguirle el mejor cuidado. ¡Cualquier cuidado!

No tenían tiempo para sí mismos, ni para nadie más —su expresión se endureció y desvió la mirada.

—Debió de ser muy difícil.

—Muy desagradable —replicó él—. Y no hizo ningún bien. Laura cada vez estaba peor y mi madre se ponía frenética. Lloraba y le gritaba a mi padre: «¡Haz algo! ¿Por qué no haces algo?». ¿Pero qué podía él hacer?

Lacey alcanzó a ver la desesperanza reflejada en su cara y deseó decir algo que lo consolara, pero sabía que nada lo lograría.

—Laura murió una semana antes de cumplir los doce años —prosiguió Mitch

—. Y mi padre jamás dejó de culparse. Siempre creyó que debió haber hecho más —

parpadeó y miró al mar—. Luego él también murió.

—Ocho. Regresé de la escuela un día y no hallé a nadie en casa. Una vecina me informó de que se lo habían llevado al hospital. Dijeron que fue el corazón —se encogió de hombros—. Es posible. Creo que lo mató el remordimiento —apretó la mandíbula.

Lacey lo miró y se sintió impotente. Nada de lo que dijera o hiciera bastaría para consolarlo. Comprendió por qué el dinero era importante para él, porqué siempre sentía que tenía que luchar. Sus padres no habían tenido dinero suficiente para aquello que realmente importaba. Quizá incluso comprendía un poco porqué había abandonado a Sarah también, porqué había dicho que jamás se casaría. Para él, el compromiso y la responsabilidad sólo significaban la promesa del dolor. ¿Y los hijos? Los hijos podían morir como su hermana. No era posible protegerlos, resguardarlos del desastre. Eran rehenes en poder del destino. Era un riesgo que Mitch no querría correr.

—No fuimos tu tipo de familia —comentó él, después de un momento.

—Adinerados no, es cierto —asintió Lacey con suavidad—. Pero cariñosos, seguro que sí. Creo que tu padre fue un hombre maravilloso.

—Un hombre tonto —corrigió Mitch—. Siempre quiso ser dueño de un barco, para dar la vuelta al mundo y acabó esclavizado por nosotros.

—Os quería.

—Por tonto —replicó él. Apretó los dedos alrededor de la caña y observó el mar.

Lacey de nuevo quiso tocarlo, consolarlo y aliviar su dolor. Pero temía ir demasiado lejos, romper su acuerdo tácito e inmiscuirse en lo que no le incumbía.

—Debió de ser muy difícil para ti perder a tus seres queridos. Yo tenía siete años cuando murió mi padre. Sé lo horrible que es, lo injusto que parece.

Injusto no era la palabra exacta, pero era lo más indicado para describir el horrible caos emocional que había vivido entonces. Su madre, fallecida al mes de darla a luz, no fue un factor determinante en su existencia. Pero aun después de tantos años, parecía injusto que Robert Ferris hubiera muerto tan joven, cuando ella lo necesitaba tanto.

Aún sufría por la pérdida de su padre, sentía el vacío en su vida donde debieron estar su sonrisa, sus abrazos y su sabiduría. Y por la expresión sombría de Mitch, supo que él conocía el mismo sentimiento.

—Sobrevives —dijo él con voz ronca, después de una pausa.

—Sí —susurró Lacey y puso su mano sobre la de él.

—Pero todavía duele —añadió la joven.

—Sí —asintió él en voz baja y vulnerable, una voz que pocos días antes no hubiera creído que pudiera pertenecer a Mitch DaSilva—. Sí.

Después de aquello, su relación mejoró con rapidez. Se sentían más cómodos cuando charlaban. Él le contó que su madre lo había llevado por todo el noroeste, metiéndolo en una y otra escuela, de Boston a Providence, de New Haven a Nueva York.

—No tenía amigos —dijo él—. Nunca me quedaba el tiempo suficiente.

Lacey sabía exactamente a qué se refería. Ella también había viajado mucho, de una escuela a otra, donde la enviaban sus tíos para mantenerla alejada de los problemas y de sus vidas.

Aunque su escuela para niñas con dinero era muy diferente de las de él, el hecho de que sus sentimientos fueran similares era algo que él parecía reconocer.

Ella también se percató de ello, y cuando lo pensó, se puso nerviosa. No quería que él le agradara; sólo deseaba comprenderlo. Pero cuanto más lo comprendía, más atraída se sentía hacia él. Y cuanto más atraída se sentía hacia él, más miedo tenía, no sólo de Mitch, sino de sí misma. «Ten cuidado, Lacey», se advirtió. «Esto puede ser peligroso».

Pero ella nunca había sido precavida. La cautela le recordaba demasiado las toneladas de consejos a los que había estado sujeta durante tantos años. Era opresiva como una mortaja.

Podría afrontar, se dijo. No corrían el peligro de irse a la cama en aquel momento. Ni siquiera estaban cerca de una cama. Habría tiempo para la cautela más tarde. Entonces tenía intenciones de disfrutar del momento. Atrevida, le apretó la mano a Mitch.

Cocinaron juntos. Mitch limpió las moras mientras ella horneaba un pastel.

Luego él frió el pescado mientras ella preparaba la ensalada y cocía los cangrejos.

Hablaron de cosas triviales mientras cocinaban. Él no dijo más acerca de su padre, y ella no preguntó. Parecía mejor no hacerlo. Si él hablaba más de su familia, existía la posibilidad de que mencionara a Danny. Y aquella noche ella no quería hablar de Danny. Este pertenecía a otro mundo, como Nora y Sarah y sus tíos. Todos formaban parte del mundo que tendría que afrontar de nuevo el sábado.

Por el momento, sólo deseaba el mundo de Puffin Patch, un mundo en el que no se sentía atacada, en el que no tenía que estar siempre a la defensiva. Un mundo donde sólo existían ella y Mitch. No se detuvo a pensar en las implicaciones de su comportamiento, ni en la rana del tío Warren.

—¿Por qué entraste a trabajar en CUIDADO? —preguntó Mitch mientras cenaban.

—Quería hacer del mundo un lugar mejor. Yo recibí demasiado y deseaba compartirlo —se encogió de hombros con torpeza—. Es simplista, ¿verdad?

—No —Mitch sonrió.

—Bueno, sé que no es mucho, pero tenía que empezar por algo. Y para una mujer no hay muchas opciones. Al menos no había opciones que me permitiera mi tío Warren.

—¿Y lo obedeciste?

—A veces hago cosas que no aprueban. Pero no es mi intención molestarlo —

sonrió—. Al menos, no siempre. Pero él es tan... tan remilgado. Sin embargo, por lo general trato de llevar a cabo mis planes sin causarle demasiados disgustos.

—¿De verdad? ¿Como la foca...? —Mitch alzó las cejas.

Lacey se rió.

—Oh, ¡esa maldita foca! Trabajaba como voluntaria para el zoo lógico. Uno de los guardianes era un fanático contra la matanza irracional de focas. Cuando me pidió hacer lo que hice, acepté. Y —añadió, alzando la barbilla—, no me arrepiento de haberlo hecho. A veces la única manera de concienciar a la gente es armando un escándalo.

Mitch sacudió la cabeza.

—Quizá —concedió—. ¿Vas a dedicarte a CUIDADO el resto de tu vida?

—No lo he decidido todavía. También tengo otras ideas —bajó la mano para coger a Jethro y ponerlo sobre su regazo—. Como convertir Puffin Patch en un campamento para niñas como yo.

—¿Niñas adineradas? —Mitch se horrorizó.

—También tienen necesidades —replicó ella y él lanzó una exclamación incrédula—. Los chicos pobres no son los únicos que se infravaloran, ¿sabes?

—Las chicas adineradas tienen muchas oportunidades.

—Algunas. Y a otras las consienten y no les permiten experimentar la vida.

—Algunos chicos pobres no crecen para experimentar la vida —respondió Mitch.

—Entonces quizá debamos juntarlos.

Mitch se quedó mirándola.

—¿Tus chicas adineradas y mis chicos pobres?

—¿Por qué no? —cuanto más lo pensaba, más le agradaba la idea—. Creo que sería fabuloso. Bueno para ambos.

—Mmm —Mitch parecía dudar.

—Como tú y yo aquí. Hemos aprendido el uno del otro, ¿no?

—Creo que podríamos aprender un poco más el uno del otro —comentó él, astuto, desviando la mirada hacia la cama.

—DaSilva —advirtió Lacey.

—No puedo culparme por intentarlo —se rió.

Pero durante la cena y mientras recogían todo, la joven pensó más y más en la cama. Observó furtivamente cómo él colgaba el trapo en el respaldo de una silla para que se secara antes de volverse hacia ella. Lacey esperó. Apretó los dedos alrededor de otro trapo y aspiró hondo para tranquilizarse. Mitch también aspiró hondo, se balanceó sobre los pies, metió las manos en los bolsillos y le ofreció una sonrisa irónica.

—¿Te apetece jugar a las damas, Ferris? —le preguntó.

Aquella noche hacía más frío. El viento soplaba con más fuerza, haciendo crujir las ventanas y agitando los árboles. Lacey dio gracias al cielo por la chimenea y el edredón, pero se despertó de madrugada al extrañar el calor de Mitch. Creyó que simplemente se había alejado al otro extremo de la cama durante la noche y rodó buscándolo, persiguiendo su tibieza esquiva, sin pensar en las implicaciones que podía tener. No estaba allí. Se sentó de golpe.

—¡Mitch!

—Aquí —la voz ronca provenía de las sombras, desde un lado de la chimenea.

Cuando ella rodó de nuevo, vio su silueta delineada contra la ventana en la oscuridad. Se bajó de la cama y sus pies tacaron el suelo

helado.

—¿Qué sucede?

—Nada.

—¿Estás seguro? ¿Te duele la cabeza? ¿El tobillo?

Hubo una pausa y luego él respondió cortante e irónico.

—No.

Ella se puso de pie y cruzó la habitación, preocupada.

—¿Entonces qué sucede?

—Te he dicho que nada —su voz fue dura y tajante.

Confundida, Lacey le puso una mano sobre el brazo, pero él se la apartó. Pero al notar su preocupación, suspiró y se pasó los dedos por el cabello despeinado.

—¡Caracoles, Ferris!

—Quiero saberlo.

—Estoy bien —afirmó molesto.

—Pero... —él se retiró.

—Estoy... loco de remate. No estoy acostumbrado a... a vivir en una isla.

Ella sintió alivio. Al menos no era nada grave.

—Lo sé —le dijo para consolarlo—. Puede ser horrible. O al menos eso decía mi padre. Yo nunca lo he sentido —añadió.

Entonces él la miró, con una expresión profunda e indescifrable. Alzó las comisuras de la boca en una mueca irónica.

—No —dijo con tono burlón—. Supongo que nunca lo has sentido.

—Pero eso no significa que no te comprenda —respondió ella—. Sólo tienes que ver las cosas con perspectiva. Piensa en el tiempo que nos queda aquí en relación con el que tienes por delante de vida. No es mucho, ¿verdad?

La expresión de él se volvió más irónica, pero sacudió la cabeza.

—No. No lo es.

—Como mucho tres días más. Menos de ochenta horas. Una gota de agua en un cubo.

—Sí.

—¿Puedes aguantar eso?

Él no contestó, pero no dejó de mirarla. Ella deseó que hiciera uno de sus comentarios sarcásticos para aliviar la tensión.

—Vamos —dijo para disimular su confusión—. Deja de preocuparte y ven a la cama. Olvidarás todos tus problemas.

—¿Lo haré? —gimió Mitch.

—Anda. Hace mucho frío. Me estoy congelando. Tienes que mantenerme calentita —lo cogió de la mano.

Lacey no quiso pensar en otras cosas que sentía cuando él la abrigaba, la confusión que la invadía cuando la tocaba o incluso cuando la miraba. Reacio, Mitch permitió que lo guiara hasta la cama,

donde se acostaron rígidos, el uno al lado del otro. De pronto, la joven se percató de lo que le había pedido a él. Y a sí misma. Trató de mostrarse impasible.

—Bien —dijo alegre—. ¿No estás mejor?

—Estupendamente —susurró Mitch.

—Ahora relájate y duérmete.

—¿Y mi cuento? —él se acomodó y suspiró.

—Bueno —respondió Lacey—, no conozco muchos. *La Cenicienta, Ricitos de oro,* ese tipo de cosas.

—¿Y *Caperucita Roja*? —sugirió Mitch después de un momento—. Y el lobo feroz —gruñó con ferocidad. Lacey se rió.

—Pórtate con seriedad.

—No —replicó él—. Oh, no.

—¿Por qué no?

—Demasiado peligroso.

—¿Qué?

—Olvídalo —su tono fue áspero—. Duérmete.

—¿Y el cuento...?

—Yo me contaré uno.

—¿Estás seguro? ¿No hay nada que pueda hacer para ayudarte?

Hubo un silencio largo. Mitch abrió la boca, pero luego la cerró. Aspiró hondo y sacudió la cabeza.

—No, Ferris. Absolutamente nada.

Capítulo 7

Lacey durmió como un tronco. Pero Mitch no. Lo comprendió ella a la mañana siguiente. Nunca lo había visto tan malhumorado y hosco. Un par de veces trató de animarlo diciéndole que no faltaba mucho tiempo, pero él sólo gruñía y se iba enfadado. Ella estuvo a punto de preguntarle si extrañaba a Sarah, aunque en realidad ella no deseaba saberlo. Tampoco quería pensar porqué le molestaba tanto pensar en Mitch y Sarah.

A la hora de la comida, la joven también se sentía un tanto molesta. Lavó sola los platos y Mitch no mostró ningún interés en ayudarla. Sólo cogió el hacha y fue a cortar más leña.

Cuando Lacey terminó de fregar, se puso una chaqueta y salió. Observó el movimiento de los músculos de Mitch debajo del algodón de la camisa y experimentó de nuevo la ya conocida oleada de deseo. Se humedeció los labios y contuvo el aliento.

—Voy a dar un paseo.

Él se volvió. Tenía el cabello empapado de sudor y la camisa húmeda. Se apartó un mechón de cabello en la frente, se apoyó sobre el hacha y la miró. Lacey siempre había soñado que un hombre la mirara así, con los ojos hambrientos, ardientes. Y se sintió audaz, atrevida. Quizá ella también estuviera loca de remate, porque de pronto deseó un poco de pasión, un pequeño bocado de la fruta prohibida.

—Podrías venir conmigo —dijo y pareció como si le hubiera sugerido que se suicidara.

—¿Ir contigo?

Molesta, Lacey reaccionó.

—¿Por qué no? O quizás —agregó con burla—, ahora me tienes miedo.

—Cuidado, Ferris —Mitch tensó la mandíbula. Ella se encogió de hombros con indolencia.

—Bueno, ¿qué esperas que piense? —se puso las manos en las caderas—.

Hablas de dar una buena batalla, DaSilva, pero yo no he visto mucha acción.

—¿Quieres acción, Ferris? —cruzó el patio de cuatro zancadas y la cogió entre sus brazos. Bajó la boca sobre la de ella, dura e hiriente, casi con desesperación, tomando todo lo que ella ofrecía y más, exigiendo una respuesta que ella ni siquiera sabía que podía dar. Y cuando al fin él se alejó, ella lo contempló aturdida—. ¿Y bien?

¿Qué te parece esa acción? —Mitch la miró con dureza, respirando con dificultad.

Lacey, con las piernas temblorosas, se limpió la boca con la mano.

—Un poco salvaje en mi opinión —dijo, disimulando su tensión. La habían besado muchas veces, pero jamás así. ¡Nunca!

—¿Quieres que lo intente de nuevo? —los ojos de Mitch brillaron.

—¡No! —involuntariamente dio un paso atrás.

—No me tientes, Lacey.

—No me había dado cuenta de que lo hacía —ella entrelazó los dedos.

—¿No lo sabías? —él levantó una ceja, escéptico.

—Creí... creí que éramos... amigos.

Sólo había habido tenues indicios de amistad entre ellos. Lo que realmente la perturbaba era más fuerte y elemental, algo mucho más peligroso.

—¿Amigos? —Mitch se mostró sorprendido. Se rió con sarcasmo y sacudió la cabeza. Luego suspiró y se encogió de hombros—. Eres increíble.

—¿Por qué? ¿Porque no deseo hacer el amor contigo?

—Lo deseas —aseguró él.

La joven se volvió, odiando su sonrisa segura. Pero Mitch la detuvo.

—Afronta los hechos, Ferris.

En silencio, Lacey los afrontó. Sí, él tenía razón, lo deseaba. Pero ella sabía que él sólo buscaba un amorío pasajero. Mitch DaSilva no hacía promesas, no se enamoraba.

—Quiero que seamos amigos, Ferris —murmuró después de un momento. Pero había algo en su voz que le advirtió a la joven que tuviera cuidado.

Ella le sonrió alegre.

—Bien... —dio un paso atrás—. Entonces, iré a dar un paseo.

—Iré contigo.

—No tienes que venir —respondió ella con rapidez.

Mitch torció la boca.

—¿Por qué no? ¿Si vamos a ser... amigos? —inquirió y Lacey tragó con dificultad—. Es lo que quieres, ¿no?

Ella titubeó.

—Por supuesto.

Él cogió un trapo que había en los escalones y limpió el filo del hacha. Luego lo colgó de un clavo sin dejar de mirarla a los ojos. Después entró en la cabaña para coger su chaqueta. Se la colgó encima del hombro con un dedo y salió con la gracia casual de un hombre muy seguro de su masculinidad.

—Vamos —dijo.

Jugaba con fuego. Era un juego peligroso, emocionante. Así se sintió Lacey el resto de la tarde.

Debió correr en el momento en que la besó. Debió recobrar la

compostura para huir tan lejos como pudiera. Pero no lo hizo. Como una tonta, caminó delante de él, guiándolo, tremendamente consciente de que Mitch estaba cerca.

Al principio no tenía un destino en mente, pero una vez que llegó al sendero, se dirigió hacia el grupo de pinos donde alguna vez había construido un fuerte con su padre.

Los árboles estaban más viejos; las primeras ramas estaban más alejadas del suelo, había madera muerta entre ellos. Pero aún proporcionaban refugio, y Lacey gateó por debajo para tenderse y mirar hacia arriba entre las ramas llenas de hojas.

Mitch titubeó, la siguió y se deslizó a su lado.

—¿Estamos escondidos? —preguntó con ironía.

—No —Lacey sacudió la cabeza—. Sólo visito mi infancia.

Se le ocurrió que Mitch no había tenido una infancia feliz y muy pocas cosas de sus primeros años lo harían sonreír. Le contó cómo habían construido el fuerte; quería compartirlo con él, quería hacerlo sonreír. Sintió una intensa satisfacción cuando él lo hizo.

—Arrastramos algunas ramas que cayeron con las tormentas —le relató—, y las apilamos. Luego trajimos mantas, y cuando oscurecía, contábamos cuentos.

—¿Qué tipo de cuentos?

—De fantasmas, de aventuras —sonrió—. De príncipes azules.

—¿Qué cuentos te gustaban más? —él ladeó la cabeza.

—Los de aventuras, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Mitch con sequedad. Y la expresión de su rostro le divirtió y, a la vez, le provocó un escalofrío a lo largo de la espalda. Ella se salió con rapidez de debajo de las ramas.

—Pero eso era durante el verano —comentó alegre, de pie y sacudiéndose las hojas de pino de la ropa—. Ahora hace demasiado frío para estar ahí. Vamos, te enseñaré dónde tenía mi columpio.

El columpio había sido otro proyecto de padre e hija. Por supuesto que ya no estaba allí, pero aquello no evitó que Lacey se colgara de la rama de donde había pendido la cuerda.

—Estaba aquí —informó, balanceándose y sonriendo. La blusa se le salió de la cintura del pantalón, exponiendo algunos centímetros de su estómago. Mitch la miró y desvió la vista de inmediato. El calor de su mirada la perturbó—. También solía trepar por este árbol. Me pregunto si todavía puedo hacerlo —mientras hablaba, comenzó a subir. Lo hizo más para disimular sus confusas emociones que para comprobar su fortaleza. «Amigos», se recordó. «Sólo amigos. Acuérdate de Sarah.»

Pero a pesar de su cautela, sentía que había una corriente eléctrica entre ellos.

Aspiró hondo para tranquilizarse y siguió trepando. Él continuó el

movimiento de sus músculos, la sensación de la fresca corteza rugosa bajo sus dedos, eran más fáciles de manejar que los cambios de humor de Mitch DaSilva y su propia confusión.

Quería... No quería... Deseaba. Temía.

Y, para escapar de todo, subió de una rama a la otra hasta que llegó a la copa del árbol, que se balanceaba un poco con el viento. Tenía la boca reseca y las manos húmedas.

—¡Por Dios, Ferris! ¡Te vas a matar! —parecía estar furioso.

Con cuidado, Lacey miró hacia abajo. Había subido mucho más de lo que pensaba. Apenas lograba ver a Mitch en el suelo. Apretó más los dedos y las rodillas alrededor del tronco.

Lacey logró hacerle un ademán.

—¡Estoy bien! De verdad —aseguró, y subió otro metro para comprobarlo. El árbol se dobló bajo su peso, inclinándose peligrosamente.

—¡Ferris! ¡Baja en este maldito momento!

—Está bien. Está bien. Ya voy.

A decir verdad, quería hacerlo. Ya no sentía la emoción que solía mentir cuando trepaba por los árboles para escapar de sus primos. Además, lejos de Mitch, comprendió que no podía escapar porque sus problemas no sólo estaban debajo de ella, sino en su interior. Tenía que afrontarlos, no huir de ellos. Con cuidado y lentitud, comenzó a descender. Estaba a pocos metros del sucio cuando la rama que pisaba se quebró.

—¡Oh! ¡Auxilio! —pataleó un instante hasta encontrar apoyo.

—¡Caracoles, Ferris! —Mitch alzó una mano y le cogió el tobillo. Cuando ella bajó el otro pie, él se lo cogió también. Y cuando ella continuó bajando, él deslizó las manos a lo largo de sus piernas, le asió de la cadera y la bajó del árbol, rodeándola con los brazos.

Ella giró para mirarlo de frente.

—Ya está —dijo con la voz trémula—. ¿Lo ves? A salvo.

Pero un instante después, cuando los labios masculinos descendieron sobre los suyos, supo que no se encontraba a salvo en absoluto.

Aquel beso fue muy diferente del anterior, que había sido duro, provocativo, furioso y exigente. Era hambriento, sí, pero tierno también. Inquisitivo. Explorador. Y

tan pasmosamente inesperado que le arrebató la capacidad de pensar, de protestar, todo menos la sensación placentera que la invadía.

Ella no debía responder, sabía que no debía hacerlo, pero no pudo evitarlo.

Recordó a Sarah, su propia seguridad, pero nada parecía importarle más en aquel momento que su caricia. Inconscientemente,

le rodeó el cuello con los brazos y enterró los dedos en su cabello. Con la lengua tocó y saboreó la de él. Tembló, lo deseó, y de repente, se alejó.

O más bien fue él. Se separaron mirándose a los ojos, respirando con dificultad, con el corazón palpitándoles frenéticamente.

—Cielos —logró decir Lacey, después de un momento. Tragó con dificultad y se tocó los labios. Mitch la miraba con una expresión indescifrable, con una pregunta en los ojos. Ella sabía cuál era, pero no se sentía capaz de responder. Le pareció que iba a estallar en llamas. Necesitaba pensar, poner en orden sus emociones. Había algo más entre ellos que pura pasión.

—Hace... hace un poco de calor —logró decir después de un momento, abanicándose con la mano, pero se detuvo al percatarse de lo tonto que era aquel movimiento.

—¿Calor? —Mitch parecía incrédulo.

—¿No lo crees?

Él la miró fijamente.

—Supongo que sí —murmuró lacónico.

—Quizá te diera alegría verme bajar de nuevo —dijo ella, alegre.

—Mucha alegría —su tono fue irónico.

Él seguía turbado, pero Lacey no sabía, ni quería saber, si era por el temor de que se hubiera caído o por el beso.

—Podemos ir a la playa; allí hará más fresco.

—¿Es todo? —Mitch le lanzó una mirada extraña, inquisitiva.

—¿Qué más? —preguntó ella.

—Está bien, Ferris —asintió él—. Por ahora.

No volvió a besarla, y apenas la tocó. Sólo cuando trepaban por unas rocas cerca de la ensenada la cogió de la mano, pero la soltó en cuanto pisaron la playa.

A Lacey no le importó. De hecho se sentía maravillosa, como si hubiera pasado una prueba. El primer beso se lo había dado con ira, el segundo no. Había tenido algo de elemental, algo que hablaba de lo mucho que un hombre podía desear a una mujer, de lo mucho que la deseaba Mitch. Le había afectado como nunca la había afectado el beso de un hombre. Era como si por fin le hubieran dicho que era atractiva.

Se sentía atractiva, deseable, pero bajo control. Después de todo, no había permitido que las cosas fueran más allá. Había sido *ella* quien había interrumpido el beso, ¿o no? Y a decir verdad, lo había disfrutado. Mitch DaSilva la había besado. Le sonrió y sacudió sus rizos resplandecientes. Se guardó para sí su deleite ante la chispa de deseo que apareció en sus ojos.

Aquella noche, Mitch se acostó antes que ella. Cuando entró después de lavarse la cara, lo encontró acostado boca arriba con

medio pecho desnudo visible por encima del edredón.

Él siempre se ponía una camiseta para dormir. Pero, claro, pensó Lacey, quizás tuviera calor. Soplaba una brisa fresca y ella tenía frío otra vez, ¿pero quién sabía cómo se sentía Mitch?

—¿Quieres que... que apague la lámpara?

—Si quieres.

—¿No quieres leer? —vio algo en su mirada que le aceleró el corazón y le humedeció las palmas.

«Basta», se dijo. «No pasará nada.» No había pasado nada durante las noches anteriores. Seguía siendo Mitch, el hombre con quien llevaba durmiendo toda la semana. Era el hombre que la había besado, le recordó una vocecita interior burlona.

Ya quien ella detuvo, se dijo Lacey de inmediato. No tenía que preocuparse. Todo estaba bajo control.

—No, Ferris —respondió él con suavidad—. No quiero leer —la miró con los ojos entrecerrados.

Ella se secó las manos en el pantalón.

—Bien —dijo y apagó la luz. Apartó el edredón y se metió en la cama con cuidado.

El fuego crepitaba en la chimenea, un leño se movió. La lluvia golpeaba el techo. Mitch se movió y la joven sintió su aliento en la nuca. Él deslizó el brazo a su alrededor, atrayéndola contra él.

—¡Mitch! —protestó ella.

—Calla —y una vez más, se quedó quieto.

Durante un momento, Lacey se mantuvo rígida, luchando contra su inclinación natural por amoldarse al cuerpo cálido de él.

Mitch le besó la oreja. Al menos, eso le pareció ella... ¿Lo había hecho? No, por supuesto que no.

Pero ocurrió de nuevo. Un mordisco suave, tibio, húmedo. Lacey tembló y trató de detener la oleada de deseo que le provocaba su caricia. Los dedos masculinos, extendidos sobre su estómago, empezaron a moverse. ¿A acariciarla? No, ¡por supuesto que no! ¿O sí?

Lacey se movió contra él, le dio un codazo y luego, segura de que el había recibido el mensaje, permaneció inmóvil otra vez.

Con un dedo le rozó el costado de un seno, sus labios le mordisquearon la oreja, seductores, provocativos.

Lacey apretó los ojos, cerró la boca y se obligó a resistir, a luchar contra sí misma. Porque su deseo florecía, se extendía, se abría. Ella *deseaba* aquello, deseaba a Mitch. ¿Y qué deseaba él? ¿A ella? ¿A Sarah? ¿Una noche de pasión sin compromisos?

—No lo hagas —pidió en voz baja.

—¿Mmm? —él seguía besándole el cuello, acariciándole con sensualidad los senos. Apretó sus muslos contra las piernas de ella y

deslizó una rodilla entre ellas.

Lacey volvió a golpearlo con el codo.

—¡Mitch!

Él le detuvo el brazo y le besó el hombro.

—¿Qué? —su voz era seductora, suave y melosa, adormecedora. Ella volvió la cabeza y lo miró. Le cogió la mano con fuerza.

—He dicho que no.

—¿No qué?

—No hagas eso.

—¿No te agrada? —frotó una rodilla contra sus piernas.

—¡No!

—Mentirosa —se burló él.

—¿No quiero! ¡No quiero que lo hagas! —ella trató de alejarse.

—Mentirosa —susurró él de nuevo.

Y lo era. Lacey lo sabía. Pero no podía ceder, no cedería. Porque no había amor, al menos por parte de él. Por la suya, no se atrevía a pensarlo. Pero fuera lo que fuera lo que sentía, sabía que no era lo que sentía Mitch. Él sólo buscaba un poco de placer, una distracción temporal. Y luego, una vez que los rescatara el tío Warren, desaparecería.

«A Mitch le gustan los desafíos», había dicho Danny. «Lo que le importa es la conquista.»

Y, por supuesto, ella sabía que era cierto. Recordó lo que Mitch había dicho acerca de los peces: «Sólo se necesita paciencia. Y tengo toda la paciencia del mundo.» Pero Lacey no iba a ser otro pez. Luchó contra él, agitando los brazos y moviéndose.

—¡Ya basta!

Con un codo lo golpeó en el pómulo; con el otro, en un lugar más doloroso. Él maldijo y la empujó.

—¿Qué diablos haces? —se sentó de golpe y la miró enfadado a la luz del fuego.

—Creo que es obvio —respondió ella, tensa, cubriéndose con el edredón—. ¡No quiero que me molestes!

—¿Molestarte?

—Sí —Lacey se mantuvo rígida.

—¿Estaba molestándote?

La incredulidad de su tono la irritó más.

—Y... ¡ *mordisqueándome*!

Mitch lanzó una carcajada que se apagó de inmediato.

—Entonces no me invites.

—¡Invitarte! —Lacey se indignó.

—¡Por supuesto! Todo el día. Todos esos comentarios acerca de la «amistad», mientras me lanzabas sonrisas seductoras, miradas de soslayo y sacudías las caderas.

—¡Jamás he sacudido mis caderas!

—No te creo —Mitch se mofó—. Y no trates de decirme otra vez que no me deseas. Sabes que es así; deja de luchar contra eso.

—Por supuesto que voy a luchar contra eso —replicó ella con firmeza—. No quiero...

—Ferris —dijo él burlón—. ¿Después de ese beso?

A Lacey le ardió la cara.

—Me has cogido por sorpresa. Me sentía sola —y, desesperada, añadió—: Extraño... extraño a mi novio.

—Pobre de tu novio —Mitch se rió—. Si es que lo tienes... cosa que dudo.

El hecho de que él descartara aquella posibilidad la enfureció más que cualquiera de las cosas que había dicho hasta entonces. Ella saltó de la cama y lo miró con furia.

—¡Sí tengo! Por eso me trajiste aquí, ¿no? Para alejarme de él. ¿No fue eso lo que te dijo mi tío Warren?

—Creo que el tío Warren no te conoce tan bien como cree —respondió Mitch, calmado, mirándola con una expresión de tolerancia. Ella deseó abofetearle.

—¿Y tú sí? —el tono de Lacey fue hiriente.

—Oh, sí —él se inclinó hacia adelante y la besó en los labios. Aturdida, la joven apartó la cabeza y se llevó los dedos a los labios.

—¡Pues no es cierto!

—Oh, Ferris...

—Supongo que esperas que lo olvide y me lance a tus brazos.

—Quizás te guste. Creo que disfrutarías. Sé que yo sí. Podría enseñarte... —

añadió sonriente.

—¡No me enseñarías nada que él no me haya enseñado ya! —respondió Lacey.

Mitch se rió—. No te aceptaría ni en un millón de años —le gritó.

—Cielos, Ferris. No puedes hablar en serio. Después de lanzarme esas insinuaciones.

—¿Insinuaciones? —ella lo miró, enfurecida—. ¿Cuándo te he hecho insinuaciones?

—¿Qué te parece la forma que tuviste de traerme a la cama contigo anoche?

—Creía que estabas enfermo. Además, tenía frío.

—Estabas acalorada —él sonrió—. Y yo también.

—¡Al diablo contigo, Mitch DaSilva! ¡Te odio!

—Me deseas —él sacudió la cabeza.

—Sólo tú interpretas una muestra de amistad como una insinuación sexual.

—¿Muestra de amistad? En absoluto. Provocación. Seducción sería

más preciso.

—¡No trataba de seducirte!

—¿Por que le eres fiel a tu novio? —la última palabra la dijo con una incredulidad hiriente.

—Sí —la palabra siseó entre sus dientes. Mitch torció la boca.

—¿Entonces para ti no significo nada?

—Nada.

—¿Ni siquiera cuando te besé?

—¡No! —al diablo con él. ¿Por qué insistía? Por orgullo, por supuesto. La pura satisfacción del poder masculino. Lacey tembló de furia. Mitch pareció disgustado, luego divertido.

—Entiendo —dijo al fin, con la voz de nuevo provocadora.

—¿Entiendes qué?

—Que estás practicando —esbozó una sonrisa sardónica—. Poniendo a prueba tus ardides femeninos.

—¡No estoy poniendo a prueba nada!

—Por supuesto que sí. Nunca has hecho nada con nadie. Eres cobarde.

—Estás frustrado —replicó ella—. Sólo porque no duermo contigo...

—Porque te da miedo.

—No es cierto. ¡Simplemente no duermo con cualquiera!

—¿Te conservas pura e intacta para tu gentuza? —alzó una ceja. Aquella fue la gota que desbordó el vaso.

—¿Gentuza? —gritó casi iracunda. ¡ *Gentuza*! El se encogió de hombros.

—Bueno, dijiste que tu tío Warren tenía razón. Y según él...

—¿Sabes quién es esa gentuza? —preguntó la joven con tranquilidad deliberada. No soportaba más.

—¿Cómo voy a saberlo? —Mitch se encogió de hombros.

—Podía ser. Estáis emparentados.

—¿Qué?

—Es tu medio hermano —Mitch la miró fijamente y ella sacudió sus rizos con insolencia—. Es cierto. Para él me conservo pura e intacta, ¡para tu medio hermano!

—¿Danny? —inquirió él con voz ronca—. ¿Te refieres a Danny?

—¿A quién más? —Lacey se burló.

Aun en la penumbra, ella creyó verlo palidecer.

—Ni siquiera conoces a Danny —musitó él.

—Trabajo con él —informó la joven—. En el centro. Compartimos una oficina

—prosiguió—. Cosa que sabrías si te dignaras a visitarlo. Aunque no espero que lo hagas. El poderoso y ocupado Mitch, hombre de negocios importante, empresario eminente...

—¡Cállate!

Aturdida por su vehemencia, ella obedeció. Él tragó saliva y empuñó las manos.

Observó el fuego, aunque ella dudaba de que lo viera realmente. Jethro brincó a la cama y frotó la cabeza contra las rodillas de Mitch. Él no lo notó. Al fin volvió la cabeza y la miró.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —dijo en voz baja y sin emoción.

—No parecía importante.

Él empezó a decir algo, pero se arrepintió. Se pasó los dedos por el cabello y sacudió la cabeza.

—Debiste decírmelo.

—¿Por qué?

Él no contestó, sólo contempló la chimenea de nuevo con la expresión sombría.

Pareció olvidar que ella se encontraba allí.

La joven debía sentirse contenta, lo sabía. Después de todo, aquello era lo que quería, detener sus avances amorosos y conservarse, como decía él con sarcasmo, pura e intacta. No deseaba ser un amorío de una noche, ni de varios días. Y aquello hubiera sido todo, se dijo. Mitch DaSilva no se comprometía. Bastaba con preguntarle a Danny. O a Sarah. O incluso a él mismo.

Mitch apartó el edredón y se levantó. Recogió su pantalón y metió las piernas en él; luego se puso una camiseta y cogió su chaqueta, camino a la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó Lacey.

—Afuera.

Y, bajo la mirada desolada de ella, se puso los zapatos, se abrochó la chaqueta y salió. No le importó que lloviera a cántaros.

Capítulo 8

Al amanecer, Lacey se despertó oyendo a Mitch hacer ruido en la cocina. Se apoyó sobre los codos, confundida e irritada, para mirarlo. Había estado despierta la mayor parte de la noche debido a su ausencia. Al fin, poco después de las cinco, había conciliado el sueño. Y dos horas más tarde, él parecía empeñado en despertarla.

—¿Qué haces? —preguntó ella, somnolienta.

—Perdóneme, su alteza —Mitch cerró de golpe la puerta de la alacena y golpeó la tabla de picar con el cuchillo—. Preparo bocadillos. Lamento interrumpir tu sueño virginal. Me voy.

—¿Qué significa eso? ¿Te vas de la isla? —se sentó, alarmada.

—Por supuesto que de la isla.

—¡Pero no puedes hacerlo! Quiero decir, ¿cómo?

—Voy a remar.

—Son muchos kilómetros.

—Entonces remaré muchos kilómetros.

—Está lloviendo. Ha llovido toda la noche.

Era claro que no le decía nada que él no supiera ya. Mitch tenía la ropa mojada, y el cabello también.

—Está amainando. Parece que ya ha pasado lo peor.

—Hay viento —podía oírlo incluso por encima de sus voces.

Mitch se encogió de hombros.

—Se dirige al noroeste. Estará a mi favor.

—Pero...

—Me voy, es definitivo. No permaneceré aquí un día más —sus ojos recorrieron la cabaña, se posaron en la cama y se encontraron con la mirada de ella, feroces. Ella tragó con dificultad.

Por supuesto que él tenía razón. No podrían sobrevivir hasta el sábado dada la situación que había entre ellos. Ella sólo quería detener las cosas cuando mencionó el nombre de Danny. No había contado con la severidad de la reacción de Mitch. No lograba comprenderla del todo.

Pero, claro, pensó sombría, ¿cuándo había comprendido las reacciones de los hombres? Suspiró y asintió.

—Está bien.

Su asentimiento no significó nada para él. Ni siquiera respondió. Sólo terminó de preparar los bocadillos y los metió en una bolsa de plástico antes de guardarlos en su mochila.

—Iré hacia el oeste después de cruzar el estrecho. De ahí no son más de tres kilómetros hasta tierra firme. Haré que alguien venga por ti.

Por su forma de decirlo, parecía era insignificante. Pero el viento sacudía las ventanas y ella se preguntó si él haría lo más indicado.

Mitch recogió la mochila y se dirigió a la puerta.

—Espera —Lacey se puso de pie—. Te acompañaré hasta la ensenada.

—No es necesario.

—Quiero hacerlo.

Él le lanzó una mirada apesadumbrada, se encogió de hombros y salió.

—Entonces date prisa.

La joven se vistió tan pronto como pudo. Luego, después de ponerse la chaqueta, se pasó los dedos por el cabello y salió. Él estaba llenando un frasco con agua de manantial. Cuando terminó, no se volvió a mirarla, sólo apretó la tapa y se encaminó sin hablar hacia la ensenada.

Lacey corrió para igualar su paso. Él aún cojeaba, pero sus largas zancadas lo llevaban a gran velocidad por el sendero.

—¿Estás seguro de que quieres...? —aventuró.

—Muy seguro —la interrumpió él.

Lacey murmuró que una vez había ido remando hasta Gibraltar.

—Está en dirección opuesta —dijo Mitch, lanzando la mochila a la lancha.

—Da lo mismo.

—En estas circunstancias —replicó él, tranquilo—, ir a cualquier sitio es mucho mejor que permanecer aquí —le dio la espalda, alzó la proba de la lancha y la empujó por la playa hasta el agua. Luego se subió y cogió los remos. Alzó la vista brevemente y la miró con una expresión oscura e indescifrable. El cardenal de su frente aún era visible.

—No te estaba provocando, Mitch —aseguró ella con la voz suave —. Jamás quise...

—Olvídalo —dijo él con sequedad—. Adiós.

Lacey apretó los labios y asintió.

—Adiós. Ten... ten cuidado.

Mitch tensó la mandíbula. Pareció que iba a decir algo, pero simplemente comenzó a remar y se alejó.

Lacey entrelazó los dedos y se mordió el labio inferior.

«No lo hagas», quería decirle. «No te vayas, ¡por favor no te vayas!» Pero no lo hizo. No podía. Él no la amaba. Ella no sabía siquiera si él era capaz de amar a alguien. Y no suplicaría, pasara lo que pasara.

Permaneció de pie, viéndolo alejarse. El viento húmedo le enredó sus rizos y ella se abrazó en un vano esfuerzo por protegerse del frío. Mitch siguió remando hacia el canal, alejándose de ella inexorablemente. Y ella continuó observándolo hasta que lo perdió de vista.

Se fue.

«Para bien», se dijo Lacey. Parpadeó para controlar las lágrimas, metió las manos en los bolsillos y regresó a la cabaña.

Era agradable estar sola, se dijo. Mucho más relajado. La cabaña parecía mil veces más grande. Rápidamente, sin detenerse a pensar, arregló la cama y lavó los platos para deshacerse de todas las huellas de la presencia de Mitch. Se volvió, satisfecha, y vio a Jethro sentado en medio de la alfombra, mirándola. Ella pensó que lo hacía con reproche.

—Él empezó —le dijo al animal. Lacey suspiró y fue a prepararse una taza de té. Puso un leño en el fuego, cogió un libro y se acomodó para leer.

El Príncipe valiente. Se levantó y lo dejó en su sitio.

Eligió una obra de Euell Gibbons, quien escribía sobre la flora y la fauna de Nueva Inglaterra. Pero apenas leyó algunas páginas del capítulo sobre la supervivencia en el campo, cuando los consejos le recordaron la orzaga que había preparado para su primera cena con Mitch. ¡Demonios! ¿No podía evitar pensar en él?

Cerró el libro, se terminó el té y se deslizó vestida dentro de la cama. Necesitaba dormir, pues había dormido poco la noche anterior.

Se había sentido demasiado furiosa, demasiado confundida. Cerró los ojos, abrazó la almohada de Mitch y se durmió.

Jethro la despertó.

Estaba maullando junto a la puerta, queriendo salir. La joven bostezó y se estiró, y luego frunció el ceño al oír el ruido de las ramas de pino que golpeaban desenfrenadas contra el techo.

Se levantó y se acercó a la puerta. La abrió y tembló ante el soplo del viento ártico. La brisa con que Mitch contaba para que lo ayudara durante su viaje, se había convertido en ventarrón. Un ventarrón, pensó Lacey, que no soplaba en la dirección en que él iba, sino hacia Puffin Patch.

Jethro pasó por debajo de sus piernas y bajó por los escalones de la terraza. Se volvió para mirarla y lanzó su maullido característico como diciendo «vamos».

Lacey se puso los zapatos y la chaqueta con rapidez y lo siguió. El gato se abrió camino hacia las rocas, pero ella, precavida, se dirigió por la colina hacia la playa.

La ensenada estaba desierta. Hasta las huellas por donde Mitch había arrastrado la lancha habían desaparecido con el movimiento de la marea. El viento soplaba con fuerza. Para llegar a su destino, Mitch tendría que luchar contra el viento y el mar. Todavía no habría llegado. A menos que lo hubiese recogido otro navío.

Pero si hubiera sido así, ¿no habrían regresado por ella? Seguía allí, en el mar, sacudido y empapado por las olas. A menos… trató de

no pensarlo, pero no pudo detenerse... a menos que se hubiera ahogado.

—No —susurró con la garganta cerrada—. Por favor, Dios, no —entrelazó los dedos y parpadeó para protegerse del sol, rogando, esperanzada—. Oh, Mitch, regresa, demonios, regresa.

Pero durante el tiempo que permaneció allí, él no regresó.

Al fin comprendió que no tenía sentido permanecer en la ensenada. No había nada que ver aparte de las olas, las nubes oscuras, una gaviota ocasional. Nada de Mitch. Absolutamente nada.

Estaba congelada. Si él había llegado a tierra firme y había enviado a alguien por ella, pensó sombría, la hallarían convertida en un témpano de hielo. Se mordió el labio y cerró los ojos. Luego, con el corazón en la garganta, regresó despacio a la cabaña. Jethro se encontraba junto a la puerta, maullando indignado porque quería entrar y protegerse del viento. Lacey abrió la puerta y él se metió antes que ella, para dirigirse a la chimenea, donde se quedó de pie con la cola en alto, las orejas hacia adelante, mirándola como dudando de su cordura por haber permanecido fuera tanto tiempo.

—¿Cómo pudiste vivir en el barco? —le preguntó ella.

Pero sabía la respuesta. Cuando hacía mal tiempo, Jethro permanecía bajo cubierta. Para él no eran los mares turbulentos ni los fuertes vientos que su dueño enfrentaba. La joven suspiró y sacudió la cabeza. Luego se quitó la chaqueta y se sentó junto al gato sobre la alfombra. El frotó la cabeza contra su brazo y ella le rascó las orejas.

—¿Qué piensas, Jeth? ¿Lo habrá logrado?

El animal ronroneó confiado. Lacey deseó poder sentirse igual. Se puso de pie y fue a preparar un poco de sopa, pensando que la tarea de pelar zanahorias y cebollas la tranquilizaría.

Pero cada ruido la sorprendía. Y a cada rato dejaba la tabla de picar para acercarse a la puerta, esperando ver señales de Mitch.

Se cerraron las nubes oscuras, apagando lo que quedaba del sol otoñal. El viento arreció y a Lacey le pareció oír que empezaba a llover. Los confirmó al asomarse por la ventana. Se estremeció.

—Oh, Mitch —musitó.

Añadió un poco de pescado a la sopa y la puso a hervir. Sería agradable para la cena, se dijo. Pero apenas era la hora de comer y no podía imaginar siquiera lo que sería comer algo.

Sin embargo, se preparó un bocadillo, más para entretenerse que por hambre.

Lo llevó al sillón junto a la chimenea, donde se sentó. Pero no pudo comérselo.

Tampoco pudo leer. A los pocos minutos de sentarse, se puso de pie y empezó a andar por la habitación. Jethro se acercó y olfateó el bocadillo, pero no le gustó y volvió a la chimenea. Su inquietud

aumentó la de Lacey, alimentó el remordimiento que sentía. No debió irse. Hacía unas horas había pensado que era lo mejor que él podía hacer, se recordó. Sabía que se había equivocado.

En su intento por protegerse, había olvidado un hecho crucial: lo amaba.

—Amo a Mitch DaSilva.

Pronunció aquellas palabras en voz baja, probándolas, saboreándolas, permitiendo que llenaran el silencio de la habitación. Pocas horas antes las hubiera negado. Amar a Mitch parecía el peor desastre que podía haber en el mundo. Quizá lo fuera. Pero lo amaba. Permaneció sentada en silencio, aceptándolo y sintiendo un miedo creciente. ¿Y si...? Oh, Dios, ¡no permitas que se ahogue!

Finalmente, no soportó más. No importaba que no lograra nada con regresar a la ensenada y mirar el horizonte, tratando en vano de divisar la lancha de Mitch. Lo amaba. Tenía que ir.

Se puso la chaqueta de nuevo, cogió a un Jethro reacio y se lo metió debajo de la prenda.

—Lo siento, pero te necesito —le dijo, y salió de inmediato. Llovía con fuerza.

El viento hacía que la lluvia la golpeara horizontalmente mientras ella se apresuraba por el sendero entre los árboles.

Tropezó una vez y Jethro le enterró las garras en el hombro. Pero, sin darse cuenta, ella lo abrazó con más fuerza y prosiguió apresurada.

En la ensenada el agua estaba gris como el acero. Olas de más de un metro de altura golpeaban las rocas. Estaba mucho peor que cuando había ido una hora antes.

El viento aulló en sus oídos. Debía volver. Era una tontería quedarse allí, era absurdo tener esperanzas. O había llegado, o no. Era imposible que siguiera en el mar con aquel tiempo. Lacey reprimió sus lágrimas y se volvió para irse.

Y fue entonces cuando vio la lancha. O al menos eso pensó.

Desesperada, se apartó el cabello mojado de los ojos, los entrecerró y estiró el cuello. Estaba allí un segundo, y al siguiente desaparecía bajo las olas crecientes.

¿Era una lancha? No, por supuesto que no. ¿Cómo podía ser? Una lancha como la de Mitch jamás sobreviviría en una tormenta como aquella.

Pero cuando la lluvia aminoró un poco, volvió a divisar la lancha entre las olas.

Corrió por la orilla del agua hacia el promontorio rocoso que había a un lado de la ensenada. Trepó por las rocas resbaladizas, tratando de mantener el equilibrio mientras buscaba la embarcación que había visto.

Jethro asomó la cabeza mientras ella corría y Lacey se detuvo para

que viera.

—¿Ves? ¡Mira! ¿Lo ves? ¿Es Mitch? —no lograba controlar su emoción intensa, sabía que debía sentir más miedo que esperanza.

Cuando alcanzó el extremo del promontorio, no pudo ver nada. Se alzó de puntillas, se limpió los ojos y se inclinó hacia adelante contra el viento, con la cabeza peluda de Jethro contra la barbilla mientras revisaba las aguas turbulentas.

—¿Dónde estás? —musitó—. ¿Dónde diablos estás?

Y lo vio.

— *¡Mitch!*

Su grito chocó contra el viento. No había posibilidad de que él la oyera. Pero tenía que ser Mitch.

Era una lancha, de eso estaba segura. Aunque, en medio de las olas enormes, parecía un corcho. Un corcho con un hombre dentro, remando hacia la orilla.

La joven asió a Jethro contra su pecho con un brazo y con el otro hizo señales, sabiendo que él no podía verla. Tenía la espalda hacia ella, inclinándose y enderezándose para remar. Desapareció de su vista detrás de otra ola, y Lacey contuvo el aliento. Cuando lo vio de nuevo, él había dejado de remar para sacar el agua del bote. Estaba todavía lejos de la protección de la ensenada, y aun con la ayuda del viento, avanzaba muy poco.

—¡Vamos, Mitch! ¡Vamos! —lo animó Lacey. Deseaba estar a su lado, ayudarlo, hacerlo por él. Observó su lento progreso hasta la entrada de la ensenada, y al fin, cuando él se encontraba como a treinta metros de la orilla se desplomó hacia adelante, sin remar, sin moverse. Lacey sintió que la invadía el terror.

Aquella vez él la oyó. Alzó la cabeza, se volvió ligeramente y la vio. Su expresión no cambió, continuó vidriosa y gris como la muerte, pero volvió a coger los remos y, con gran lentitud, comenzó a moverlos. La marea estaba en su contra. El viento arreció, sacudió la pequeña embarcación y la inundó aún más.

Lacey esperó a que estuviera a quince metros de la orilla y ya no soporto más.

Puso a Jethro sobre las rocas y se metió en el mar.

El agua estaba helada. Cuando le llegó a la cintura, contuvo el aliento, pero siguió adelante.

—¡Lánzame una cuerda, Mitch! —gritó, pero él siguió remando—. ¡Mitch! —ya casi le llevaba el agua a la barbilla. Quince metros. Faltaba poco—. ¡Mitch! Lánzame una cuerda. Tiraré de ella para ayudarte.

Él volvió la cabeza. Sus ojos mostraron una emoción aguda, sorpresa, quizá.

—Lánzame una cuerda —persistió Lacey, frenética, en medio de las

aguas turbulentas.

Mitch hurgó en el fondo de la lancha y sacó una cuerda. A Lacey le pareció que hacía un gran esfuerzo para lanzarle un extremo. Ella lo cogió agradecida y comenzó a tirar.

Fueron minutos, pero parecieron horas lo que tardó en llevar la embarcación hasta las aguas poco profundas. Temblando, ató la cuerda a una roca y corrió hacia la lancha para arrastrarla hasta la arena.

Mitch se puso de pie, tropezó y se cayó, pero ella lo sostuvo. Pensaba mucho.

Estaba empapado y se estremecía. Unas lágrimas cálidas escurrieron, mezcladas con la lluvia fría, por las mejillas de la joven.

—Oh, Mitch —musitó ella, besándolo—. Estás a salvo. Oh, gracias al cielo.

Deslizó un brazo a su alrededor y lo condujo por la playa hasta terreno seguro.

Él se desplomó sobre las rocas y se quedó inmóvil. Tenía los ojos cerrados, los labios casi azules, y estaba muy pálido. Unas hebras de cabello húmedo le cubrían la frente.

Parecía que no respiraba, ni siquiera parecía tener vida, pero Lacey alcanzó a verle el pulso de la garganta. Se sentó junto a él.

—¿Mitch? —susurró y él movió los párpados, pero no los abrió. Ella le tocó la mejilla, le sacudió el brazo. Entonces él abrió los ojos—. Vamos. No puedes quedarte aquí.

—Estoy bien —farfulló él.

Lacey sacudió la cabeza.

—No. No puedes quedarte. Te congelarías. Vamos —lo rodeó con un brazo y trató de levantarlo. Él comenzó a toser con fuerza, estremeciéndose—. ¡Mitch! ¡Anda!

¡Levántate! —tiró de él hasta que al fin logró levantarlo y comenzó a guiarlo a la cabaña.

Avanzaron despacio, en silencio. Jethro, maullando, iba delante de ellos. Una vez en la cabaña, Lacey dejó que Mitch se sumiera en un sillón y puso a calentar varios baldes de agua. Metió un barreño grande a la cabaña, la colocó frente a la chimenea, se cambió de ropa y regresó para desnudar a Mitch.

Él trató de ayudarla, pero tenía los dedos entumecidos y sólo lograba estorbar.

—Permíteme —dijo Lacey, apartándole las manos. En otra ocasión se hubiera tomado su tiempo para observar las fuertes líneas de su cuerpo. Sin embargo lo desvistió desapasionadamente, vertió mucha agua caliente en el barreño y lo animó a que se metiera. Después se deleitaría con su belleza masculina; después se daría tiempo para disfrutar de sus músculos firmes, planos y tersos. De momento tenía

que hacerlo entrar en calor—. Estaba aterrorizada. Creía que te habías ahogado. ¡Creía que te habías muerto!

Él abrió los ojos lentamente y se encontró con los de ella.

—Casi.

—Fuiste un idiota al irte.

—No.

—Sí lo fuiste, Mitch —insistió la joven—. Y fui una tonta por dejar que te fueras.

—¿Lo fuiste? —él la miró fijamente.

—Oh, sí —lo contempló y sus ojos grandes dijeron todas las cosas que no podían pasar por sus labios.

Mitch intuyó sus sentimientos. Se puso de pie, chorreando. Lacey también se levantó con torpeza.

—Ne... necesitas una toalla.

Mitch le cogió el brazo.

—Una toalla no —la miró a los ojos—. A ti.

Ella no se detuvo a hacer preguntas ni a preocuparse. Simplemente lo amaba.

Extendió los brazos para estrecharlo y lo llevó frente a la chimenea, donde lo secó mientras él permanecía de pie, temblando. Y cuando él se volvió para desabrocharle el pantalón ella lo ayudó con los dedos tan temblorosos como los de él. Lo necesitaba tanto como él a ella.

Había estado a punto de perderlo. Habría imaginado un panorama tan sombrío como el mar tormentoso cuando pensó en un futuro sin Mitch. Sabía que amarlo era un riesgo. Había dicho «te necesito», no «te amo». Pero a Lacey no le importó. Lo tenía allí en aquel momento, en sus brazos. Y ella era optimista.

Cogió las manos de Mitch entre las suyas y lo guió hasta la cama.

—Tenía tanto miedo —le dijo, rodeándolo con los brazos y recordando el mar desolado, las olas turbulentas y su convicción de que él había muerto. Se le quebró la voz y Mitch detuvo sus palabras con un beso.

—Calla —susurró—. Está bien. Estás bien.

—Yo no —respondió ella—. Tú. Yo... —ni podía explicarlo. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo sé —musitó él, saboreando sus lágrimas, cubriéndole el rostro con besos.

Deslizó las manos a lo largo de su cuerpo como tratando de demostrarse a sí mismo que ella realmente se encontraba allí—. Oh, lo sé.

Había dormido con él antes, lo había abrazado, pensaba que sabía lo que significaba ser consciente de un hombre, de aquel hombre. Pero aquello no se podía comparar con el amor, la intensidad, la sensación

exquisita que le provocaba el contado de su piel desnuda. Deseaba más, lo deseaba todo. Y cuando Mitch deslizó una rodilla entre las de ella, cuando su mano buscó la humedad cálida que lo esperaba, ella susurró:

—Por favor, Mitch. Ahora.

Lo atrajo hacia sí y él la invadió, hambriento, necesitado, casi desesperado, fundiéndose con ella en una unión perfecta.

Al principio Mitch se movió con lentitud, tratando de ser suave. Pero la necesidad y Lacey pronto fueron demasiado para él. Aceleró su ritmo, y la joven respondió con una urgencia creciente. Al fin ella estalló con una dicha que jamás había imaginado, y sus lágrimas fueron de júbilo, no de dolor, cuando Mitch la siguió. Le besó la mejilla, el hombro, la línea de la mandíbula. Aspiró profundamente, exhaló con lentitud y supo que ni Donald ni Gordon ni ningún otro hombre hubiera sido capaz de provocarle aquella sensación de éxtasis a la que Mitch DaSilva la había llevado. Permaneció tendida, abrazándolo, maravillándose ante el milagro que había vivido.

Amar a Mitch significaba tanto que ella no lo esperaba. Sólo podía disfrutar, aceptar, dar gracias y llorar unas cuantas lágrimas de gratitud por el hombre que había estado a punto de perder, pero que se había convertido en el mejor regalo de toda su vida. Cielos, cómo lo amaba. Inclinó la cabeza para mirarle la cara, quería verlo cuando se lo confesara. Él estaba profundamente dormido.

Lacey sonrió. No tenía importancia. Por la mañana se lo diría. Le explicaría también lo referente a Danny. Él se alegraría, lo sabía, de que su medio hermano estuviera enamorado de Nora.

«Es increíble», pensó. «Quizá no hubiera conocido a Mitch si Danny no se hubiese enamorado de Nora, si no hubiera requerido mi ayuda, si yo no hubiera engañado al tío Warren.»

—Querido Danny —musitó, somnolienta—. Querido tío Warren —luego sonrió y se acurrucó junto al hombre que amaba.

La puerta se abrió con un golpe ruidoso.

—¿Lacey?

Lacey, que tenía el sueño más maravilloso de su vida, en el que Mitch y ella hacían el amor con más pasión que la noche anterior, se sentó de un salto y tiró del edredón para cubrirse el pecho.

—¿Mi… Mitch? —tenía la voz ronca y la mente confusa. Aún sentía las piernas de Mitch entrelazadas con las suyas, su brazo rodeándolo. Parpadeó y miró hacia la puerta.

Vio a Stuart, al tío Warren, a Danny.

—Gracias al cielo que te encuentras bien —dijo este último—. ¡No podía creerlo cuando me lo dijeron! —le lanzó una mirada furiosa al tío Warren, quien se mostró avergonzado—. ¡Los obligué a que me trajeran de inmediato! Yo… —se detuvo en medio de la habitación al

percatarse de que Lacey no se encontraba sola, de que había otra persona en la habitación, un hombre que sólo llevaba puesta una toalla alrededor de la cintura y estaba de pie frente al espejo, afeitándose, un hombre que, evidentemente, no esperaba ver—. ¿Mitch?

Mitch, que estaba tan poco preparado para el encuentro como Danny, pareció perturbado, atónito al ver el aturdimiento de su medio hermano. Su rostro palideció tanto como la espuma que tenía en la barbilla.

—¿DaSilva? ¿Eres tú? —el tío Warren parecía igualmente pasmado cuando llevó la mirada de Mitch a Lacey—. ¡Cielos! ¿Qué sucede aquí?

Ninguno de los dos tuvo oportunidad de responder antes de que el hombre mayor caminara hasta la cama para sacar a la joven, cubrirla con una bata y envolverla con el edredón, murmurando todo el tiempo.

—¡Oh cielos! ¡Querida! No quería… lo lamento... oh, jamás creí... —le lanzó a Mitch una mirada fulminante.

Lacey, que volvió a sus cabales con lentitud, se alejó de él, sólo para caer en los brazos de Danny. Éste la abrazó y la miró de un modo penetrante.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió, perturbada y mareada todavía.

—Sí. Yo... —se volvió hacia Mitch, quien parecía pasmado, casi paralizado.

Danny lo miró con furia.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —le preguntó con tono hosco, con una ira más evidente que la del tío Warren.

Mitch no respondió. Su expresión se tomó más dura, más remota.

—¿Mitch? —susurró la joven, preocupada—. ¿Mitch?

—No significó nada —dijo él—. Ni entonces —hizo una pausa—, ni ahora —

concluyó y cruzó la habitación hasta el armario para sacar su ropa seca. Luego se dirigió hacia la puerta y salió sin volverse a mirar atrás.

Capítulo 9

Lacey no volvió a verlo.

Él estaba a bordo del yate del tío Warren cuando ella llegó. En la proa, le informó Stuart, vomitando. Luego se rió y añadió:

—No me sorprende, después de acostarse contigo.

Lacey se le abalanzó furiosa, arañándolo hasta que Danny la detuvo y la apretó contra su pecho.

—Se está burlando de ti —le dijo con tranquilidad, como si hablara con un animal huraño. La sostuvo contra sí, acariciándole el cabello, mientras el yate se aproximaba a la bahía—. Cálmate. Sólo bromea, Lacey.

—Pero... —ella forcejeó.

—Está bien. Respira. Y tú —atravesó a Stuart con la mirada—, vete al diablo.

Stuart hizo una mueca, empezó a protestar, se arrepintió y se encogió de hombros.

—Siempre ha sido muy susceptible —comentó; luego se retiró. Danny miró a la joven con arrepentimiento.

—Lo lamento —musitó—. Lo lamento mucho.

Lacey se enjugó los ojos.

—Está bien.

—No lo está —Danny maldijo y cerró los ojos—. Debí imaginar que sucedería.

Ese bastardo —añadió y Lacey frunció el ceño—. Mitch —escupió el nombre—. Debí adivinar que si te quedabas a solas con él sucedería algo así...

—Pero...

—Lo ha hecho otras veces —añadió él, iracundo—. Maldito sea.

Lacey sacudió la cabeza, aturdida. No sabía de qué hablaba Danny. Él suspiró y se apoyó contra una de las literas.

—Le hablaste de... de ti y de mí, ¿no?

Reacia, ella asintió. Él hizo una mueca.

—¿Por qué?

—No me agrada hablar de ello. No me gusta recordarlo. Pero... —se encogió de hombros—, te lo debo —se interrumpió. Parecía luchar con un demonio interior.

—Dime, Danny.

Él se pasó los dedos por el cabello.

—Sucedió mientras trabajaba para él. En ese tiempo estaba encantado, era mi héroe, ¿sabes? Creía que él tenía el mundo a sus pies, su filosofía de ir tras lo que desea era lo más indicado, lo mejor. Pensaba que era incapaz de hacer algún mal.

Luego conocí a una chica llamada Sarah...

Lacey se sobresaltó y Danny la miró.

—¿Sabes lo de Sarah?

—Yo... leí algo... en el diario de navegación. No sé... si es la misma... —titubeó.

—¿En el diario de navegación de quién? —Danny frunció el ceño.

—De Mitch. Mencionó a una chica llamada Sarah. Estuvo en la *Esperanza* un par de veces.

No añadió nada más de lo que había leído. Sintiera lo que sintiera Danny por Sarah, dudaba de que él quisiera enterarse de que Mitch la consideraba una tigresa o que se había quedado embarazada, un hecho que obviamente Danny desconocía.

Este frunció el ceño.

—¿La menciona en el diario? Pensé que no la había vuelto a ver después... —se interrumpió y torció la boca con amargura.

—¿Después de qué?

Él tensó la mandíbula.

—Después de seducirla —dijo con la voz dura—. Después de quitármela.

Lacey sacudió la cabeza, incrédula.

—Contigo ha hecho lo mismo, ¿verdad? —le preguntó Danny con suavidad.

—No —negó ella con rapidez.

—¿No te ha hecho el amor?

La joven desvió la vista, se humedeció los labios, trató de no pensar en los maravillosos momentos que había compartido con Mitch.

—No fue así —dijo al fin.

Danny murmuró una maldición.

—¿No? —era evidente que no le creía.

—No. Yo... yo lo amo.

—No es cierto. No puedes —Danny cerró los ojos.

—Sí puedo. Y él... él me ama —aseguró ella. Quizás él no lo supiera aún, pero la amaba. Estaba segura de ello.

Danny no respondió, sólo la miró con tristeza y compasión.

—¿Mitch? ¿Amar a alguien? —preguntó al fin con suavidad. Le tocó la mejilla

—. No lo creo, Lacey.

Después de dos largas y miserables semanas, Lacey tampoco lo creía.

Al principio mantuvo la esperanza. Revivió cada momento de sus días en la isla, examinó cada movimiento, cada matiz, cada frase. Se había dicho que Mitch la amaba, que le había dolido descubrir su relación con Danny y que se sentía culpable por haber hecho el amor con la novia de su medio hermano.

Pero, según Danny, lo había hecho otras veces. Con Sarah. El amor no tenía nada que ver. Mitch tomaba lo que quería y se iba. Y los hechos lo comprobaban. No una vez, pensó la joven, sino dos. La primera vez había abandonado a Sarah cuando estaba encinta. ¿Quién le aseguraba que, dado el caso, no hubiera hecho lo mismo con ella?

Pasaron los días, una semana y luego dos sin noticias de él. Era como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra. Ella le preguntó al tío Warren, pero éste se mostró reacio a hablar de Mitchell DaSilva.

—Ese bastardo —murmuraba cada vez que se mencionaba su nombre—.

Sinvergüenza. Se aprovechó de ti…

—No fue así —protestaba Lacey sin convicción. Pero con el tiempo se preguntó si quizás, al menos para Mitch, no había sido así.

Pensó en llamarlo, pero siempre se arrepentía en el último momento. ¿Y si de verdad no le importaba? Nada le impedía llamarla si lo deseaba. Evidentemente, no era así.

Ella no podía ni quería suplicarle. ¿Deseaba convertirse en otra Sarah? No, por supuesto que no, pensó enfadada, controlando sus lágrimas furiosas. Pero tampoco podía volver a sentirse la segura e intacta Lacey Ferris que había sido antes de conocer a Mitch. Para bien o para mal, él había irrumpido en su vida y ella había aprendido a amarlo, lo cual la había cambiado irrevocablemente.

El tío Warren se mostró muy preocupado por ella, la vigilaba de forma constante. Era un ángel guardián excedido de peso, con alas de ante fino y calva reluciente en vez de aureola. En vano trataba de restaurar a la Lacey que durante tantos años había querido cambiar.

—Quizá necesites unas vacaciones —sugirió—. ¿Una semana en Hawaii? ¿O

París?

Pero la joven no quería ir a ningún lado ni hacer nada.

—¿Sabes algo de él? —le preguntó a Danny en una ocasión. Habían trabajado hasta tarde y él estaba deseando irse. Nora lo esperaba, y no importaba que faltara menos de una semana para la boda, porque querían pasar cada momentos juntos, especialmente ahora que sus padres conocían y aceptaban la verdad, si no con entusiasmo, al menos con cortesía.

—¿Por qué? —Danny no había perdonado a Mitch por lo de Sarah, y menos por lo de Lacey.

—Pensé que te pondrías en contacto con él para invitarlo a la boda o algo así.

Danny lanzó una exclamación.

—Cielos, no —hizo una mueca—. ¿Crees que lo querría cerca de Nora? Trataría de seducirla también.

—No lo haría.

—No voy a arriesgarme —Danny fue inflexible.

—Sólo creo...

—¿Todavía crees que lo amas? —interrumpió él.

Lacey se sonrojó y desvió la mirada.

—Por supuesto que no. Yo... —pero no logró concluir la oración, no podía mentir.

—Sí —dijo Danny con pesar.

Lacey alzó la barbilla con un gesto desafiante.

—¡No puedo evitarlo! Pero eso no me convierte en una mala persona.

—No —acordó Danny con tristeza.

—Pero sí en una tonta —añadió ella.

Lo olvidaría. Con el tiempo, quizá cien años, y con mil distracciones, estaba segura de que olvidaría a Mitch DaSilva.

Y participar en la boda de Danny y Nora era una distracción.

—¿No puedes pedirle a otra persona que sea tu dama de honor? —le preguntó a Nora con desaliento.

—Lacey, sólo falta media hora para la ceremonia. Acordamos que serías mi dama de honor cuando Danny me propuso matrimonio.

—Sí, pero...

—Sin peros —la interrumpió Nora, lanzándole una sonrisa animada—. Te sentirás mejor si lo haces.

Pero Lacey sabía que no sería así. Sólo pensaría en lo que habría ocurrido si ella y Mitch hubieran llegado a casarse, en lo que habría significado prometerle fidelidad eterna. Apretó los labios e inclinó la cabeza.

—Sonríe —le pidió su amiga—. Necesito que lo hagas. Danny también. Ambos nos sentimos muy mal.

—Se supone que debéis sentiros felices.

Nora se encogió de hombros.

—¿Pero cómo podemos hacerlo cuando tú... tú...?

—Lo lamento —suspiró Lacey.

—No es culpa tuya. Es mía y de Danny. Si no hubiéramos sido tan cobardes...

—No fuisteis sólo vosotros —protestó Lacey—. Si el tío Warren no le hubiera pedido a Mitch que me secuestrara...

«Y si yo no lo hubiera engañado... Si no hubiera hecho el amor con él... si no me hubiera enamorado de él... si él no estuviera tan obsesionado con su soltería... si... si...

si...»

Lo cierto era que no había futuro para ella y Mitch. Jamás lo hubo, jamás lo habría.

Nora se mostró sombría mientras jugueteaba con su ramo; luego se humedeció los labios y sonrió para animarla.

—Quizá cambie de opinión.

—Y quizá el tío Warren se case con la Bella Durmiente —respondió Lacey.

Suspiró y esbozó su mejor sonrisa social para abrazar a su amiga.

La boda de Nora y Danny no sería un suntuoso acontecimiento social. A pesar de la angustia de su madre y de la oposición de su padre, Nora se había salido con la suya.

Lacey sería su única acompañante. Llevaba un vestido de seda azul pálido que le caía hasta los tobillos y un sombrero de ala ancha; a pesar de sus pecas, por primera vez estaba muy elegante.

La ceremonia se llevaría a cabo en una pequeña iglesia de ladrillo rojo cerca de donde trabajaban Lacey y Danny. Nora invitó sólo a aquellos amigos de la familia que sabía que no criticarían las circunstancias sencillas de su boda ni al hombre con quien se casaba.

Asistiría el tío Warren, así como los demás tíos y primos de Lacey. Esta pensaba que la mayoría iba por curiosidad. Pero sospechaba que el tío Warren sentía la necesidad de redimirse. No pasaba un día sin que él preguntara por ella, solícito. En ocasiones la miraba, suspiraba y sacudía la cabeza. Incluso llegó al extremo de comentar que Danny parecía un joven agradable.

—A diferencia de su hermano sinvergüenza —añadió en voz baja.

Su hermano sinvergüenza. La joven aún no pensaba en Mitch así. No se sentía traicionada, sino perdida en un mar de emociones confusas. Se sentía tan incapaz de controlar su destino como se había sentido la noche en que el *Esperanza* se estrelló contra las rocas.

Su amor por Mitch era un hecho, y tendría que aprender a vivir con ello. Se dijo que él no tenía la culpa de no amarla. Su incapacidad de amar tenía su origen en su pasado, en los recuerdos de su padre y de su hermana, en las necesidades que jamás había satisfecho. Lo terrible era que Lacey creyó que podría satisfacerlas, si él le brindaba la oportunidad. Pero conforme pasó el tiempo sin saber nada de él, comprendió que sus esperanzas eran vanas.

—Es hora —murmuró Nora con la voz trémula.

Lacey sostuvo el ramo y siguió a su amiga por la escalera hacia la parte trasera de la iglesia. No sería tan desagradable, se dijo. Sólo era la boda de Nora. «Imagina lo mal que te sentirías si fuera la tuya», se dijo.

Pero la broma fracasó enseguida. Una boda con el hombre indicado no sería desagradable. Y entonces la invadió el dolor de la pérdida.

La iglesia estaba llena, y el organista comenzó a tocar. Danny estaba frente al altar, nervioso y pálido, vestido con traje oscuro. Los ojos de Lacey se detuvieron sobre el hombre que estaba junto a él, más alto y también moreno.

«¡Mitch!» gritó su corazón. Pero cuando el hombre se volvió, ella reconoció a Philip Martínez, un profesor de preparatoria que en ocasiones enviaba estudiantes para que trabajaran con Danny.

No debió sorprenderse tanto, pues Danny había dicho que no había avisado a Mitch. Se volvió hacia Nora, quien señaló el pasillo con la cabeza. Lacey aspiró hondo y avanzó.

Reconoció entre los invitados a Stuart, a Karl, a una de las compañeras de Nora, a un tío Warren visiblemente incómodo. «Se lo merece», pensó la joven. Pero, a pesar de todo, no le tenía el resentimiento que él creía que le tenía. Gracias a él había conocido a Mitch, para bien o para mal. Quizás fuera doloroso; no, sí era doloroso, y también imposible. Pero no estaba arrepentida. Si jamás tenía otra cosa, si jamás conocía a otro hombre que hiciera que lo olvidara, al menos había tenido aquellos días, y la noche que se amaron. Le sonrió al tío Warren con debilidad, desvió la mirada y miró hacia delante.

El nerviosismo de Nora desapareció poco a poco. Para cuando llegó frente al altar radiante, miró a Danny y le cogió la mano. Él sonrió.

Lacey los observó, vio el amor que compartían y sintió un nudo en la garganta.

De nuevo pensó en Mitch y volvió a lamentar su pérdida. Luego, con decisión, se esforzó por prestarle atención al sacerdote, mirándolo con intensidad, escuchando cada una de sus palabras.

—Y así —dijo el ministro—, si alguno de los presentes conoce algún impedimento para la celebración de este matrimonio, que hable ahora o calle para siempre.

Danny miró a Nora con amor y de pronto hubo un sonido de pisadas al fondo de la iglesia; luego se oyó una voz masculina entrecortada.

—No puede casarse con Danny. ¡Es a mí a quien ama!

Mitchell DaSilva, con las manos empuñadas, estaba de pie en medio del pasillo y era el centro de atención de todos los presentes. De repente palideció con asombro cuando descubrió quiénes eran los novios.

—¿Quién diablos eres tú? —preguntó, dirigiéndose a Nora.

Pero antes de que ésta pudiera responder, él miró a Lacey. Observó su vestido de seda azul y su sombrero de ala ancha durante un largo momento, antes de volver a mirar a su hermano.

—Lo lamento —musitó—. Es la mujer equivocada —y se volvió para irse por donde había llegado, pero al fin Lacey se recuperó de la impresión.

—¡Espera! —corrió tras él por el pasillo, sin percatarse de los murmullos y comentarios que había suscitado. Lo cogió de la mano—. ¿Hay una mujer apropiada?

—le preguntó, sin aliento.
La iglesia se evaporó, los murmullos y comentarios se desvanecieron. Nora y Danny, Warren, Wilbur y Vincent, los Chalmers y el resto de New Haven estaban en otro mundo. Ella esperó, expectante.
Mitch cerró los ojos, inclinó la cabeza y luego la levantó para mirarla a los ojos.
—Oh, sí la hay.
En todos los sentidos, fue una boda memorable.
Pero Lacey Ferris no se dio cuenta, ni entonces, ni después. No fue consciente de nada ni de nadie más que de Mitch. No le importó el protocolo ni que la gente durante años hablara acerca de la boda de los Chalmers, donde una dama de honor había encadenado a un hombre a su lado durante la ceremonia. Pero por supuesto, primero tendrían que asistir a la recepción, proponer brindis, cortar la tarta, bailar.
Todo el tiempo, a su lado, callado y vigilante, estuvo Mitch.
Se disculpó con Danny cuando se disipó la muchedumbre y pudo, durante un momento, hablar a solas con él. Lacey notó su incomodidad al hablar. Ella esperó conteniendo el aliento, sin saber cómo reaccionaria Danny. Sintió un gran alivio cuando éste sonrió, estrechó la mano de su medio hermano y le dio una palmada en el hombro antes de darle la vuelta y empujarlo hacia ella. Mitch se le acercó serio y, de pronto, inseguro.
—Dice que ya podemos irnos —movió la cabeza señalando a su hermano.
—Creí que debíamos despedirlos.
Mitch esbozó una sonrisa.
—Esta vez no. Quieren despedirnos a nosotros. Creo que temen que hagamos otra atrocidad.
—Yo no he hecho nada atroz —arqueó las cejas.
—Todavía no.
Ella se ruborizó.
—¿Tienes algo en mente?
Él la cogió del brazo y la condujo hacia la puerta.
—Charlaremos. Sólo charlaremos.
—Hablaréis en serio, espero —dijo el tío Warren, acercándose a ellos—. ¿No es así, muchacho?
Mitch se volvió y le sostuvo la mirada.
—¿No se ha entrometido demasiado ya?
El tío Warren se alejó con la cara encendida.
Mitch cogió a Lacey del brazo de nuevo y la llevó fuera. La noche era fría y húmeda.
—¿A dónde vamos? —preguntó ella.

—A mi hotel.

—Creí que has dicho que íbamos a hablar.

—Lo haremos —le lanzó una mirada acerada. Ella se rió.

—No te rías. Entre nosotros no hay nada resuelto.

Ella se puso seria.

—Hemos resuelto dos cosas —replicó.

Él la hizo entrar en su Mercedes y dio la vuelta para sentarse en el asiento del conductor.

—¿Qué?

—Que no me casaré con Danny. Y que te amo.

Él le lanzó una mirada tan cargada de significado que le arrebató el aliento.

Luego giró la llave, encendió el motor y aceleró.

El hotel en que él se hospedaba no era elegante. De hecho, más bien era vetusto y estaba en una zona alejada. No era el tipo de hotel que uno asociaría con el hombre que dirigía DaSilva Enterprises y un número creciente de empresas.

—Lo busqué a propósito —indicó él casi con timidez cuando llegaron a su habitación. Ella ladeó la cabeza, inquisitiva y él se encogió de hombros—. Creía que tendría que raptarte, y no quería que nos encontraran.

Lacey se sentó en la cama.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto —se pasó los dedos por el cabello, se paseó por la habitación y se volvió para enfrentarla—. ¿Por qué demonios me mentiste acerca de Danny?

—No lo hice. Bueno, un poco —contestó Lacey—. Era lo que todos pensaban.

Lo que Danny y Nora querían que pensaran. El tío Warren creía que yo estaba enredada con él.

—¿Pero por qué?

La joven le habló de Danny y de Nora, de la oposición de la familia.

—Entonces les ofrecí mi ayuda.

—Ferris al rescate —dijo Mitch con sequedad. Lacey se encogió de hombros, incómoda.

—Algo así.

—¡Eso no explica por qué tenías que contarme la misma maldita historia!

—Lo hice para... protegerme —se ruborizó.

—¿Qué quieres decir?

—Me deseabas. No me amabas.

—¿Cómo diablos sabes eso? —sus ojos echaban chispas.

—Dijiste que no querías comprometerte con nadie, ¡que jamás te

casarías!

Cuando me hablaste de tu padre, dijiste que él estaba loco porque había tenido que sentar la cabeza, aceptar obligaciones, y tú… tú…

—Dije muchas idioteces que no debí decir.

Lacey se apoyó contra la cabecera y lo miró.

—¿No eran ciertas?

Él cruzó la habitación.

—Sí. O más bien, eran ciertas desde la perspectiva de un hombre que, en términos emocionales, nunca ha mirado más allá de sus propias narices —torció la boca con ironía. Lacey lo miró cautelosa, deseando oír lo que quería que él dijera—.

Estaba equivocado —añadió Mitch con suavidad—. No comprendía. Tenía miedo.

Cuando lo pensé, y después de haberte conocido lo pensé mucho, cambié de opinión.

Creo que al fin y al cabo él tenía razón.

—¿Aunque pueda ser doloroso?

—Aunque sea doloroso.

Dio otra vuelta por la habitación, agitado, mordiéndose el labio; luego se volvió y la miró con expresión irónica.

—Pero aunque lo pensé, lo pasé por alto.

—¿A qué te refieres? —Lacey parpadeó.

—Cuando apareció Warren para rescatamos, me dijo: «¡Al fin salí de esto! Fue divertido mientras duró. La olvidaré» —advirtió que la hería e hizo una mueca—.

Sabía que me estaba engañando; admitirlo no me ayudó. Cuando lo hice, sabía cuál era la solución. Tenía que permitir que te casaras con Danny —movió la cabeza—.

Puedes percatarte de lo bueno que soy para los actos nobles.

—¿Querías ser… noble?

—Lo intenté —corrigió él—. Pero no podía olvidarte. Al fin llamé a Warren y le pregunté cuándo sería la boda.

—¿Y no te dijo que no me iba a casar con Danny?

—No.

—Ese viejo intrigante —se sorprendió Lacey.

—Quería que yo sufriera —señaló Mitch—. Incluso me invitó a asistir a la boda y me dijo dónde tendría lugar. Quizá quería que hiciera el ridículo.

—No sabía que ibas a irrumpir en la ceremonia como lo hiciste.

—Yo tampoco lo sabía. No iba a ir, pero decidí hacerlo en el último minuto.

Llegué cuando el sacerdote hablaba acerca de la irrevocabilidad del matrimonio y la unión eterna que convierte a dos personas en una. Luego, cuando mencionó el asunto del impedimento… demonios, sabía

que jamás serías uno con Danny.

—Me salvaste de mí misma, ¿no? —preguntó Lacey, medio burlona y medio provocativa.

Mitch sacudió la cabeza con lentitud.

—Te salvaba para mí. Siempre y cuando... —titubeó, inseguro—, tú me aceptes

—sus ojos oscuros se encontraron con los de ella—. Te amo, Lacey. ¿Te casarás conmigo?

Allí estaba lo que ella quería oír de boca de Mitch. Pero la aceptación se le atoró en la garganta. No era que no lo amara, ni que no lo adoraría siempre. Era el recuerdo de Sarah lo que la hizo dudar. Era posible que él no la hubiera amado cuando tuvieron su amorío, pero aquello no significaba que no pudiera aprender a hacerlo después de aceptar que el amor era una posibilidad real. ¿Tenía derecho a él, cuando otra mujer lo necesitaba más? ¿Se iría Sarah si ella se negaba a casarse con él?

—¿Ferris? —parecía angustiado.

—Sarah —dijo ella con rapidez—. ¿Y Sarah?

Él frunció el ceño.

—¿Sarah? ¿Te refieres a la Sara de Danny? —hizo una mueca—. ¿Te ha hablado de ella?

Lacey asintió, sorprendida de que se hubiera referido a Sara como perteneciente a Danny. Era obvio que él tenía más derechos a ella. Mitch se rascó la nuca.

—Fue un error. Salí con ella sin saber que él ya lo hacía. Nos conocimos a través de un amigo común. Ella... —su tez cubrió un oscuro tono rojo— se me ofreció. Era atractiva y yo receptivo. Tenía intenciones de seducirme. Se me ofreció y yo acepté.

Entonces Danny nos encontró. No fue agradable. Le dije que se fuera y ella lo hizo.

Es todo. Pero él creyó que se la quité con toda intención; no fue así —se encogió de hombros—. Pero lamento que sucediera. Nos dolió a ambos. Sólo espero que me perdone ahora que tiene a una buena mujer que lo ama.

Lacey esperó a que continuara, pero él no lo hizo y ella lo miró a la expectativa.

Él la miró a su vez, preocupado.

Ella se mordió el labio.

—¿Entonces por qué permitiste que se fuera a vivir contigo?

—¿Vivir conmigo? ¿Sarah? —la miró pasmado.

—No mientas, Mitch. Sé que lo hizo. En el barco.

— *¿Qué?*

Ella levantó la barbilla.

—Lo leí en el diario de navegación. Escribiste: «Sara se mudará».

¡Y eso no es todo! Después mencionaste que era… una tigresa… —le ardieron las mejillas al repetir las palabras exactas, pero tenía que hacerlo—. ¿Y el bebé? ¿Niegas que hubo un bebé?

—lo miró retándolo a que lo negara, rogando en silencio que lo hiciera. Pero él rompió a reír.

—¡Tuvo cuatro!

—¿Cuatro? —inquirió Lacey. ¿Amaba a un desalmado?

—Ferris —dijo él con suavidad—, Sarah, esa Sarah, es una gata.

Ella lo miró con la boca abierta. Él se sentó a su lado y se la cerró con un dedo; luego, con los labios sonrientes, rozó los de ella.

—Una gata callejera, como Jethro. Eran sus hijos, no los míos. La dejé con unos amigos hasta que se recuperara lo suficiente para navegar.

A Lacey le dio vueltas la cabeza. ¿Sarah? ¿Una gata? ¿Y había estado celosa de una gata? ¿Preocupada de quitarle a Mitch una gata?

—Quizá no debí llamarla así —comentó Mitch, acariciándole el cabello—. Pero abandonó a otro gato para seguir a Jethro, y el nombre de Sarah me pareció buena idea en aquel momento. Creí que serviría para recordarme la inconstancia de las mujeres —suspiró, sonriendo, pero de pronto se apagó la luz de sus ojos—. Por poco destruye mi vida.

—Sí —asintió ella, y sonrió.

Él se apartó con expresión aturdida, seria.

—No ha sido así, ¿verdad, Ferris?

Ella consideró sus opciones, su futuro. Luego volvió la mirada hacia el hombre con quien pensaba compartirlo y le lanzó una sonrisa radiante.

—No —dijo con suavidad—. No.

—¿Ves? —le preguntó Lacey a su marido—. Te lo dije.

—¿Estás segura de que lo soportarás? Sólo hace tres semanas que diste a luz —

Mitch parecía dudoso.

—Estoy segura —respondió ella, recostándose para saborear la sensación del viento en su cabello—. Y Esperanza también —le sonrió a su hija y alzó los ojos para encontrarse con los de su esposo—. ¿Qué esperas cuando nombras a un bebé con el nombre de un barco? —inquirió y él sonrió—. Vamos, entonces. Sólo pasaremos la noche en Puffin Patch, pero quiero volver allí para celebrar. Hace un año que me secuestraste.

El suave bamboleo del barco detuvo el llanto del bebé, quien luego se chupó un dedo y se hundió en un sueño profundo.

—Encallaste —corrigió él, sonriendo.

—Nos enamoramos —replicó Lacey y le sonrió a su vez.

Mitch inclinó la cabeza y la besó.

—Oh, sí —se volvió para izar la vela—. Está bien. Si estás segura.

Lacey asintió y estrechó a su hija entre sus brazos.

—Necesitamos esto, los tres. No hemos tenido más que solícitos tíos y primos desde que nació la niña. Además, el barco está preparado para zarpar, ¿no?

Mitch pasó una mano por encima del recién pintado puente y revisó el casco restaurado.

—Todo en orden.

Los dos habían dedicado casi todo el año de su matrimonio a restaurar el *Esperanza*. Empezaron el proyecto del Bar F de Mitch, y disfrutaron cada momento, pero gran parte de sus energías habían estado concentradas en el barco. Todos les aconsejaban que lo olvidaran, que compraran otro, pero ellos habían encontrado el amor gracias a aquel velero, así que estaban comprometidos y decididos a salvar a *Esperanza*.

Mitch la besó una vez más y luego levé el ancla.

—Vamos —le dijo a los dos gatos, Jethro y Sarah que estaban sentados a sus pies—. Invocad al viento.

Jethro alzó la cabeza y lanzó un maullido. Un segundo después, una fuerte brisa hinchó la vela y los gatos corrieron asustados. Lace y Mitch estallaron de risa.

Fin